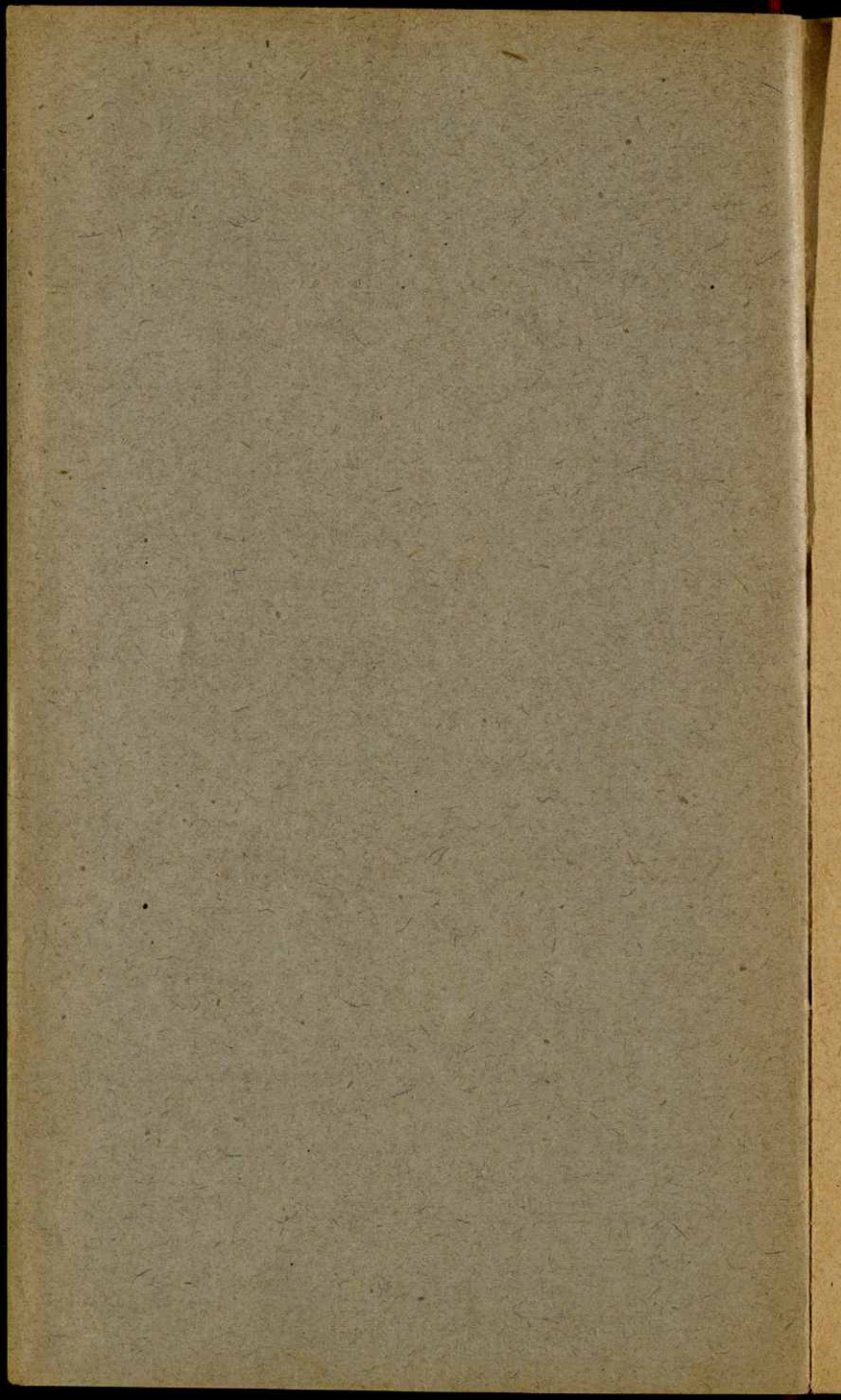


BONACIO

R.00004

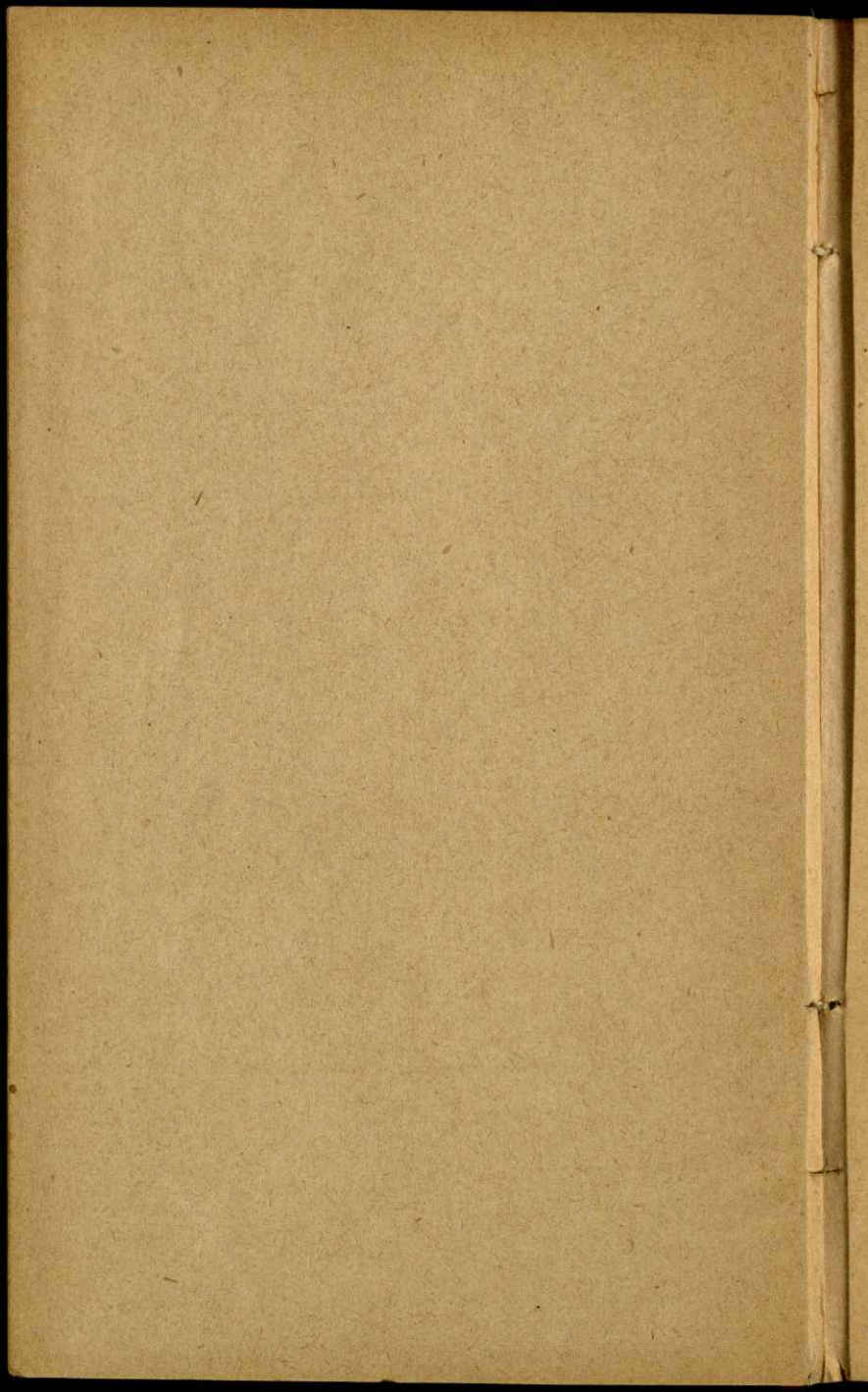
N-7/12

MFN433



PRELUDIOS DE LA LUCHA

—
(BALADAS)



PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

PRELUDIOS DE LA LUCHA

(BALADAS)

POR

Francisco Pi y Arsuaga

CON PRÓLOGO Y NOTAS EDITORIALES



BARCELONA

Calle de Bailén, número 56

1906

ES PROPIEDAD

Imp. Atlas Geográfico, Consejo de Ciento, 140.—Barcelona

Prólogo editorial

Hasta hace poco, la parte del proletariado que no se confundía con la masa inconsciente de los neutros, si no había entrado á participar en la lucha de clases por el ideal emancipador, se detenía en la idea de la federación política, sustentada por el insigne Pi y Margall.

En la actualidad, muchos de esos mismos proletarios que con esperanzas emancipadoras aun no bien definidas no han llegado á penetrarse bien de la necesidad de mantenerse fijos en el terreno propio, faltos de fe y confianza en sí mismos para reconocer que su emancipación social ha de ser su propia obra, no teniendo ya la figura venerable y prestigiosa de aquel gran hombre, que dirigía tremendas censuras á los poderosos y saludables consejos á los humildes y oprimidos, han dado oídos al radicalismo jacobino y prestan atención á los que les hablan de crítica social y aun de bellísimos ideales realizables en generaciones futuras, tomando á cuenta del porvenir para ir gozando del presente.

A cuantos se hallan en ese caso puede ser útil este libro. En él verán la sociedad presente desde diferentes puntos de vista, con todos sus horrores, por haberse supeditado la idea racional de asociación de productores á la de

corporación jurídico-política de gobernantes y gobernados.

Muchas de las iniquidades sociales encubiertas bajo la rutina, la indiferencia y el convencionalismo aparecen aquí en toda su repugnante realidad, quedando reducida á pura charlatanería de encubridores cuanto en su apoyo han podido escribir y predicar teólogos, moralistas, jurisconsultos y políticos.

Signos de descomposición, no «preludios de la lucha», hallará aquí el lector: la lucha está entablada y, recogiendo los gritos de los que sufren, el autor lo reconoce en su dedicatoria á los estudiantes de su tiempo, á quienes invita á que trabajen para hacerla inútil.

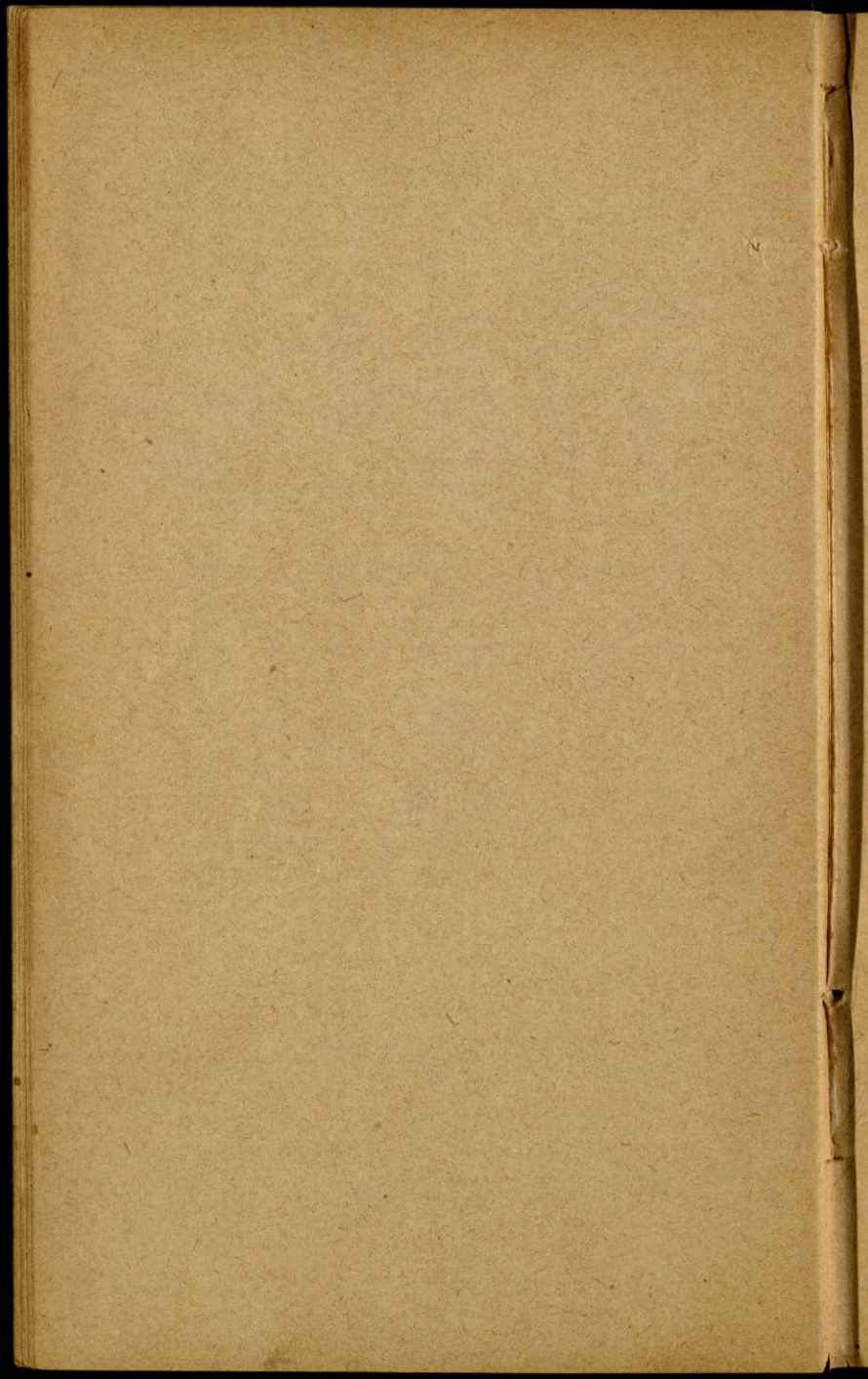
Mas el que desee hacer frente á tanta iniquidad no busque aquí el remedio. No puede darle quien, como el autor, representa al Progreso llorando de desesperación tras un viaje en que recorre el mundo y ve su obra monopolizada por los poderosos y desconocida por los infelices, exclamando al fin: «¡Ay, el camino más largo es el que conduce al corazón del hombre!»

Hay en esa exclamación un grave error psicológico: no es el más largo, ni siquiera es largo el camino que conduce á la fibra delicada del sentimiento; lo que impide la confraternidad necesaria entre los hombres es el antagonismo de los intereses, fundado en el falso concepto y en la práctica irracional, sancionados en todos los códigos, de la apropiación de lo que no puede ni debe ser poseído individualmente. Deshágase ese error, destrúyanse las instituciones que lo conservan y lo santifican, y se verá el mundo disfrutando de aquella edad de oro soñada por los poetas, prometida por los sociólogos, y confirmada por la espontaneidad de la simpatía, del amor, del

sacrificio, de la piedad con que en todos los tiempos han sabido relacionarse los hombres sin distinción de clases ni razas cuando á la manifestación pura del sentimiento no se han opuesto las artificiosas ideas creadas por la mentira interesada.

Considerando que lo que aquí falta otros autores lo tratan clara y extensamente, y que lo que aquí se expone puede servir de fuerza impulsiva para dar mayor efecto á aquellas salvadoras ideas, hemos emprendido esta publicación, considerando que del concierto de los pensadores puede sacarse el fruto á que aspiramos con la creación de esta biblioteca.





A vosotros

Ideando una de las baladas que forman este libro, me hallé impensadamente, hace algún tiempo, junto á las puertas de la Universidad central.

Once años hace que me aparté de ellas con alegría. ¿Por qué las miro hoy con tristeza?...

Era por la mañana, y, respondiendo al impulso de un capricho irresistible, entré en la Universidad. Subí la ancha escalera y gané los claustros.

Me pareció, un momento, que no había pasado un solo día.

Muchachos de la edad que yo tenía entonces los llenaban; y de aquellas aulas, que me son tan conocidas, unos salían en pelotón y bulliciosamente y otros en ellas bulliciosamente y en pelotón entraban. El mismo cuadro de hace once, doce, quince años.

¡Once, doce, quince años! ¡Qué poco tiempo y cuánto tiempo!

Entré en una de las clases. El mismo cuadro: todo era allí igual, menos yo.

Me acordé entonces de todos mis compañeros: de mis íntimos, de los simplemente conocidos, de aquellos á quienes sólo alguna vez hablé, de los que solamente ví, de mí mismo y de mis ambiciones y de mis sueños.

Aquella generación empieza ahora á apode-

rarse de todo, empieza á dejar de ser el ayer para constituir el hoy.

De los viejos que entonces conocí quedan ya pocos.

Ya estamos, ya el mundo va á ser nuestro. ¡Cuántos, sin embargo, habrán quedado en el camino!

¿Qué ha sido, qué es, de aquella ola humana? De los que la formamos ¿cuántos seguimos avanzando, empujados por las olas que vienen detrás, hacia la playa eterna?

De algunos sé que han muerto; sé de algunos que viven: unos desgraciados, otros felices en apariencia. Sé que los hay en altas jerarquías sociales; sé que los hay confundidos en la miseria de las clases más ínfimas. Algunos ni acabaron sus estudios; algunos cambiaron de profesión. He visto algunos de modestos dependientes de comercio, alguno de simple racionista de un teatro; alguno sentó plaza de soldado y fué á buscar la muerte á lejanas tierras.

¿Y todos los que pasaron á mi lado sin que yo reparase en ellos?

En las luchas en que todos los que vivimos hemos de tomar parte, ¿quiénes me vencerán ó á quienes venceré? ¿Con quiénes volverá el destino á juntarme y á quiénes no veré ya más?

Los que aun vivimos hemos sentido ya los efectos de las injusticias sociales ó hemos pasado á su lado. Algunos las sentirán todavía.

¡Qué libro tan hermoso el que me descubriese el destino de aquel medio millar de compañeros!

A la memoria de los que fueron, á los que viven aún, á aquellos condiscípulos cuya mayoría desconozco, á los que compartieron conmigo las tareas y gozaron las ilusiones de la primera juventud, al que me consoló suspenso

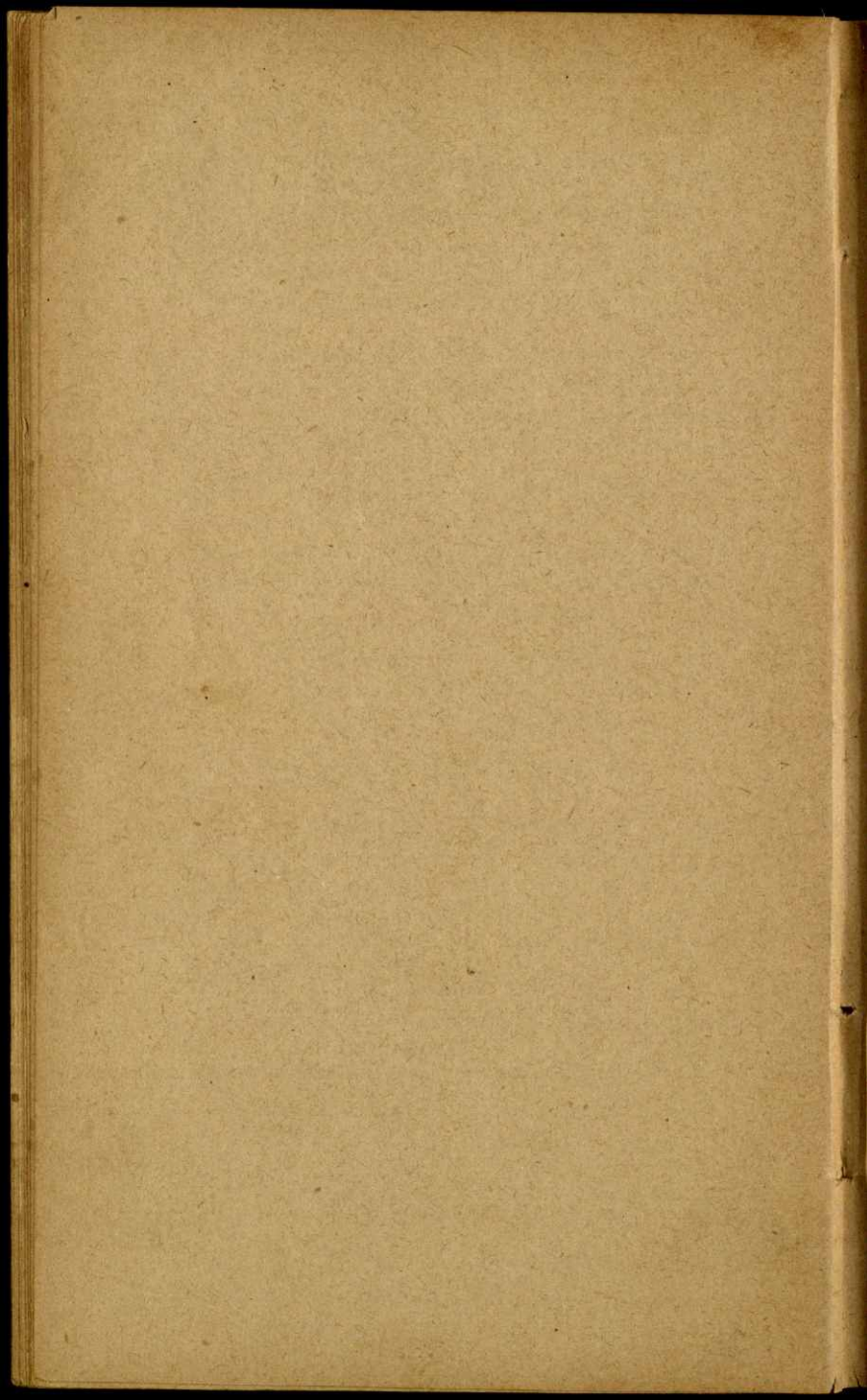
ó me animó aprobado, al que gritó conmigo en escolares motines, al que regañó conmigo en los mismos claustros, al que me adelantó en la clase y al que se atrasó más que yo: á vosotros, en fin, rientes sombras de una época de mi vida que no ha de volver, á vosotros dedico esta obra.

Es una colección de gritos recogidos en el taller, en el campo, en el arroyo, en la vida.

Son los gritos de los que sufren.

Los que aun podáis, leedlo. Leedlo, mis desconocidos amigos; y en nombre de nuestra alegría pasada, de nuestra juventud que se va, preocupaos y trabajad desde donde estéis por hacer inútil la lucha y realizar sin sangre la obra de emancipación que ha de hacer felices á los que nos sucedan.





Los Amos

¿Por qué afláis el cuchillo que ha de atravesaros? ¿Por qué fabricáis la pólvora que os ha de matar?

A vosotros que holgáis, la riqueza y la felicidad; la miseria y el dolor ¡ay! á mí que trabajo,—dijo cantando el obrero.

Un capitalista, un sacerdote y un general llegaron á un campo.

Labrábanlo hombres y bestias á un tiempo.

Unos trabajadores guiaban allá el arado; otros cortaban aquí la mies ya formada; otros aventaban la paja, y otros cargaban el trigo en acémilas. Sudaban todos, ennegrecidos por el sol, rendidos por la fatiga.

—¡Qué trigo más hermoso!—dijo el sacerdote tomando en la mano un puñado.—¿Para quién será este trigo? ¿Para quién el blanco pan que se hará con su harina?

—¡Ay! Para vosotros,—dijo cantando el obrero.

*
**

El sacerdote, el capitalista y el general siguieron su camino. Cerca de la ciudad vieron á unos trabajadores que entraban en una bodega. Los siguieron. En el lagar pisaban la

uva hombres medio desnudos que bailaban sobre los racimos como diablos mal humorados. Sus gotas de sudor se mezclaban con el rico zumo de la vid. Estaban flacos y tristes, pero bailaban.

—¿Para quién será,—volvió á preguntar el sacerdote,—el delicioso licor que extraen esos desdichados?

—¡Ay! Para vosotros,—dijo cantando el obrero.

*
**

El sacerdote, el capitalista y el general llegaron á las puertas de la ciudad. Cerca de ellos se levantaba un gran edificio. Entraron en él. Era una gran fábrica en que se hacía de todo. Desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche trabajaban en ella por un escaso jornal miles de obreros de ambos sexos.

Era ya por la tarde y estaban cansados; pero seguían unos tejiendo riquísimas telas, otros puliendo finísimo oro, otros sacando en sus cañas el cristal de los hornos, otros labrando piedra, otros haciendo encajes... Se fabricaba allí de todo lo que el gusto y el lujo puedan apetecer.

—¿Para quién serán,—exclamó el capitalista,—tantas riquezas?

—¡Ay! Para vosotros,—dijo cantando el obrero.

*
**

El sacerdote, el capitalista y el general siguieron su camino; pero todavía antes de entrar en la ciudad hicieron otra parada.

Entraron en una hermosa fábrica de armas.

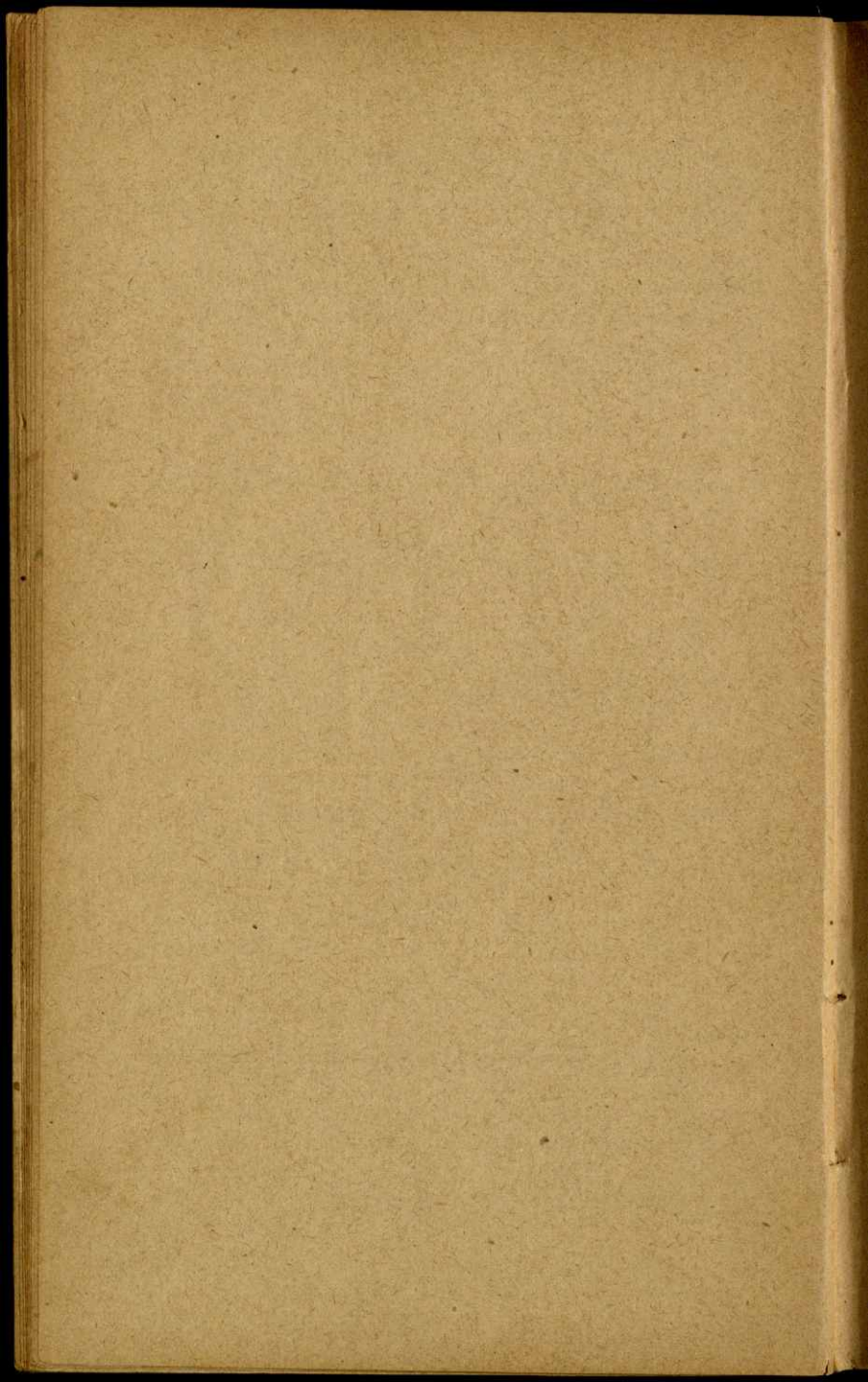
Los jornaleros trabajaban y trabajaban. Unos recogían en palas el bronce fundido que forma los cañones; otros pulían las hojas brillantes

de las espadas; otros afilaban las puntas de las bayonetas; otros mezclaban los ingredientes con que se hace la irritada pólvora.

—Hermosas bayonetas,—dijo el general cogiendo una;—magnífica pólvora,—agregó tomando un puñado.—¿A quién atravesarán primero esas bayonetas el corazón ó le hará esta pólvora pedazos?

—¡Ay! A mí,—dijo cantando el obrero.





El Cuervo

Detuvo su vuelo el cuervo, y dijo al ver sobre el terruño á un hombre que lo trabajaba:

—¡Miren cómo labra Juan sus tierras!

—No soy Juan,—exclamó el hombre, levantando la cabeza;—soy el hijo de Juan, que trabaja para vivir miserablemente y pagar por segunda vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo, y más allá vió, jinete en un caballo, á un caballero.

—Vaya con Dios, D. Gil,—le dijo.

—No soy D. Gil,—contestó el caballero; soy el hijo de D. Gil, que viene á cobrar del hijo de Juan el valor de sus tierras por segunda vez.

*
**

Pasó mucho tiempo.

El cuervo detuvo su vuelo, y dijo al ver á un hombre que sudaba sobre el terruño:

—¡Miren como trabaja el hijo de Juan sus tierras!

—No soy el hijo de Juan,—respondió el hombre, limpiándose el sudor de la frente,—sino uno de sus nietos que trabaja para vivir miserablemente y pagar por cuarta vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo, y encontró más allá, jinete en un caballo, á un caballero.

—Vaya con Dios el hijo de D. Gil,—le dijo.

—No soy el hijo de D. Gil,—contestó el caballero,—sino su nieto, que viene á cobrar del nieto de Juan el valor de sus tierras por cuarta vez.

*
**

Pasó mucho tiempo.

El cuervo detuvo su vuelo y dijo, viendo á un hombre que trabajaba sobre el terruño:

—¡Miren el nieto de Juan cómo labra sus tierras!

—No soy el nieto de Juan,—respondió el hombre,—sino uno de sus biznietos que trabaja para vivir miserable y pagar por sexta vez al señor el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo, y encontró más allá, jinete en un caballo, á un caballero.

—Vaya con Dios el nieto de D. Gil,—le dijo.

—No soy el nieto de D. Gil,—contestó el caballero,—sino su biznieto, que viene á cobrar del biznieto de Juan el valor de sus tierras por sexta vez.

*
**

Pasó un siglo más.

El cuervo detuvo su vuelo, y dijo viendo á un hombre que, rota la azada, lloraba cerca del terruño:

—¿Por qué llora el biznieto de Juan?

—No soy el biznieto de Juan,—repuso el hombre;—soy uno de los nietos del biznieto de Juan, y el señor me ha arrojado del terruño que labraron mis antepasados porque no he podido pagarle por la centésima vez el valor de sus tierras.

Siguió volando el cuervo, y encontró más allá, jinete en un caballo, á un caballero.

—¿Dónde va tan de prisa el biznieto de don Gil?—le dijo.

—No soy el biznieto de D. Gil,—contestó el caballero;—soy un nieto del biznieto de don Gil, que viene á buscar otro Juan que pague con su descendencia, á mí, y á los míos otras cien veces el valor de las tierras de mis antepasados.

El cuervo se alejó, y dijo graznando:

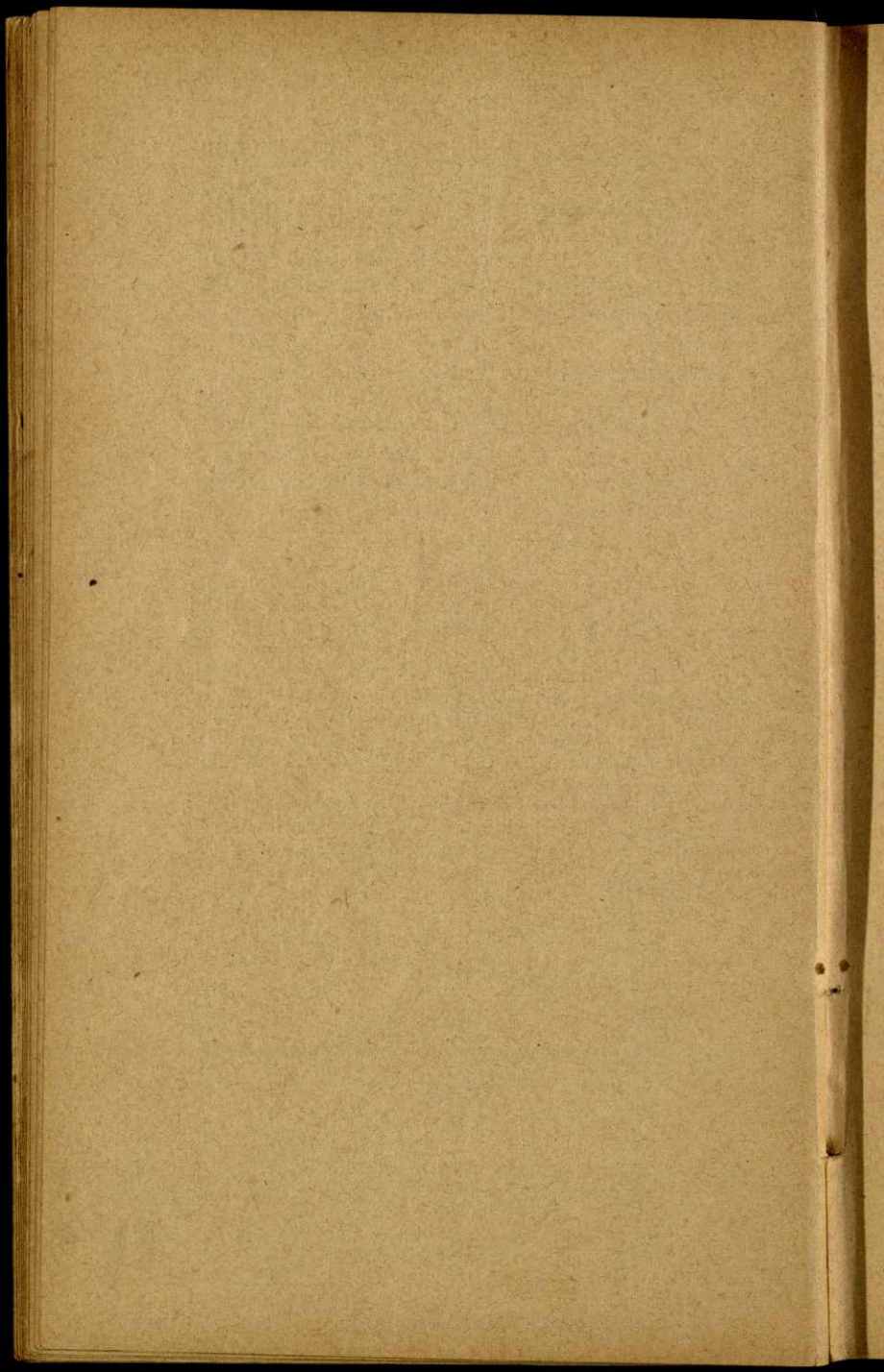
—Soy más feliz que los Juanes, porque puedo posarme libremente en la rama que se me antoja. Soy más noble que los Giles, porque no arranco los ojos de los hombres hasta que están ya muertos.

Conviene saber que hay Juanes que trabajan y Giles que cobran porque el Código civil concede al propietario el derecho de gozar y disponer de la superficie de la tierra, de lo que está debajo de ella, de lo que produce ó se le une é incorpora natural y artificialmente, suponiendo que todas las obras, siembras y plantaciones son hechas por él; mientras los no propietarios, sujetos á la esclavitud ó á la servidumbre en tiempos pasados y á la accesión en el día, trabajan por un salario para la producción, recolección y conservación de los productos para el propietario.

Esta iniquidad legal antiquísima, piedra angular de la sociedad presente, que subsiste lo mismo en monarquías absolutas que en repúblicas democráticas, hace esos Juanes y esos Giles, que no son hombres, sino esclavos y amos, plebeyos y patricios en la Antigüedad; siervos y señores en la Edad Media; proletarios y capitalistas, trabajadores y holgazanes en la Edad Moderna; desheredados y privilegiados siempre, aunque con repugnante hipocresía, religiosa y política, se llamen hermanos y conciudadanos.

(Nota editorial)





El Abismo

Prodigioso palacio rodeado de huertas y jardines! ¡Qué frutos tan hermosos penden de los árboles! ¡Qué delicadas flores visten el campo y embalsaman el ambiente!

Cuéntame, poderoso, la historia de tantas maravillas.

*
**

—Cuando ya nos habíamos repartido el mundo, no quedaba sin poblar, por inaccesible, más que un abismo muy hondo.

La piedra arrojada en él tardaba en llegar al fondo años enteros.

La cabra retozona que allí caía dejaba triturados piel y huesos en los salientes de las rocas que formaban las paredes de la sima.

Nadie se asomaba al abismo que no se sintiese arrastrado por el vértigo.

*
**

Como llovido del cielo, un hombre más llegó á la tierra.

—Quiero vivir,—decía el insensato.

Y entró en la ciudad y trató de acomodarse en la primera casa que encontró.

Echáronle de ella porque la casa tenía su dueño y él nada podía ni quería pagar por el hospedaje.

—Quiero vivir,—repetía el loco. E intentó,

una por una, entrar en todas las viviendas, y de todas le despidieron.

—Quiero vivir.—Y trató de levantarse una choza con piedras que trajo de la montaña sobre sus hombros, y maderas que arrancó de los árboles del bosque. Pero como tenía el monte dueño y el bosque era del rey, y la tierra en que pretendía levantar su choza era del concejo, quitáronle piedras y madera y arrojáronle de la ciudad.

—Quiero vivir,—repetía el desdichado. Y recorriendo carreteras y campos, sin hallar acomodo en parte alguna porque todo estaba ya dado, atravesó el mundo.

*
**

Compadecida una mujer de su extraña locura, le detuvo á la sombra de un árbol y le hizo conocer el amor.

Fué el primer consuelo que recibió aquel hombre en su vida.

—Si me amas,—le dijo un día la mujer,—obedéceme.

El hombre la amaba tiernamente, porque había tenido de ella muchos hijos, y le prometió obedecerla.

—Mira,—le dijo la mujer;—unos nacen ricos y otros pobres. Los pobres deben servir á los ricos. Si quieres que seamos felices, vayamos á ofrecer nuestros brazos y nuestras fuerzas al señor de aquel palacio que ves á lo lejos. Nos dará de comer todos los días y nos dejará vivir bajo techado.

Lleno de admiración, respondió el loco:

—Míos son mis brazos y mías mis fuerzas. No me las ha dado el señor de ese palacio. Brazos y fuerzas me bastan para proporcionarme lo que él se proporcione. Mira ese pá-

jaro que vuela, mira aquella corza qué corre: ¡quieren vivir y viven! ¿Por qué no hemos de conseguir lo mismo nosotros? No hemos logrado aún poner el pie sobre tierra que no sea de alguien. ¿Quién ha podido condenarnos antes de nacer á no detenernos nunca? ¿Dónde está el trozo de tierra que ha de sustentarnos? ¿Por qué somos menos que la corza que corre y el pájaro que vuela? Los que nos dicen que todo es suyo son enemigos míos á quienes no he hecho más agravio que venir al mundo. ¡Ah! Tú me has engañado, tú me has dado tu amor para esclavizarme, tú eres con ellos mi enemiga.

Y en un acceso de furor mató el loco á la pobre mujer.

*
* *

Pero, repuesto luego, comenzó á llorar sobre el cadáver de su amiga.

—¡Pobre amada mía!—dijo regándola de amargas lágrimas.—Tú no tratabas de engañarme. No hacías sino transmitirme el engaño de que la maldad de los hombres te hizo víctima. Quiero morir contigo llorando sobre tu tumba. Escogeré un paraje hermoso al borde de un camino y allí cavaré tu sepulcro. Los hombres, seguramente más piadosos con los muertos que con los vivos, se encargarán cuando yo muera de sepultarme á tu lado.

*
* *

Cargó en sus hombros el cadáver, y al borde de un camino, bajo la sombra de un álamo, se puso á cavar la fosa.

Vióle un trabajador, y le dijo que aquella tierra tenía dueño y no estaba permitido enterrar en ella á nadie.

Fué más allá, más allá y más allá, y en todas partes donde comenzó á cavar la fosa, en todas le dijeron lo mismo.

—¿Qué hacéis,—preguntó entonces el infeliz,—con los que mueren?

—¿No sabes,—le respondieron,—que hay un lugar santo donde, bajo cruces, flores y símbolos, descansan los muertos?

Encamináronle, y fué con el cadáver á un cementerio.

Recibióle un sacerdote, que le preguntó mil cosas que no entendió el loco, y, sólo á título de tal, le dejó pasar con su carga.

En el lugar que le pareció más hermoso se puso el desdichado á cavar la sepultura.

Pero de nuevo le detuvieron en su tarea. Un sepulturero le enseñó una fosa muy grande, donde unos hombres vaciaban un carro lleno de descuartizados restos humanos.

—Arroja ahí tu carga,—le dijo.—Ese es el sepulcro de los pobres.

Lleno de terror, escapó de aquel lugar el hombre, siempre llevando consigo el cadáver de su amada.

Y corrió, y corrió desesperado hasta llegar al borde del abismo.

—¿De quién es ese abismo?—preguntó á un aldeano que pasaba.

—Como para nada sirve, de nadie es,—contestó el aldeano.

—Hé ahí lo único que puede ser mío,—gritó satisfecho el loco.—Corramos, pobre amada mía, al lugar que los que llegaron antes nos han reservado.

Y de un salto se arrojó con su carga al abismo.

El eco repitió el ruido que hicieron al romperse rodando al fondo los dos cuerpos, y, llegada la noche, sólo la luna pudo llegar á ellos con sus rayos de plata.

*
**

Miles de generaciones, hijas de la desgraciada pareja, fueron luego imitando su conducta y llenando con sus cuerpos el abismo.

De suicidas y desesperados se colmó al fin, y el tiempo y las lluvias desmenuzaron los huesos y convirtieron en limo las carnes. El lodo volvió al lodo.

*
**

Desaparecido aquel abismo, como antes desaparecieron otros, y otros desaparecerán después, quedó un lugar más por habitar. Sobre él he construído mi palacio. De aquella sangre y de aquella carne están formados esos frutos hermosos que penden de los árboles, esas delicadas flores que visten el campo y embalsaman el ambiente.

*
**

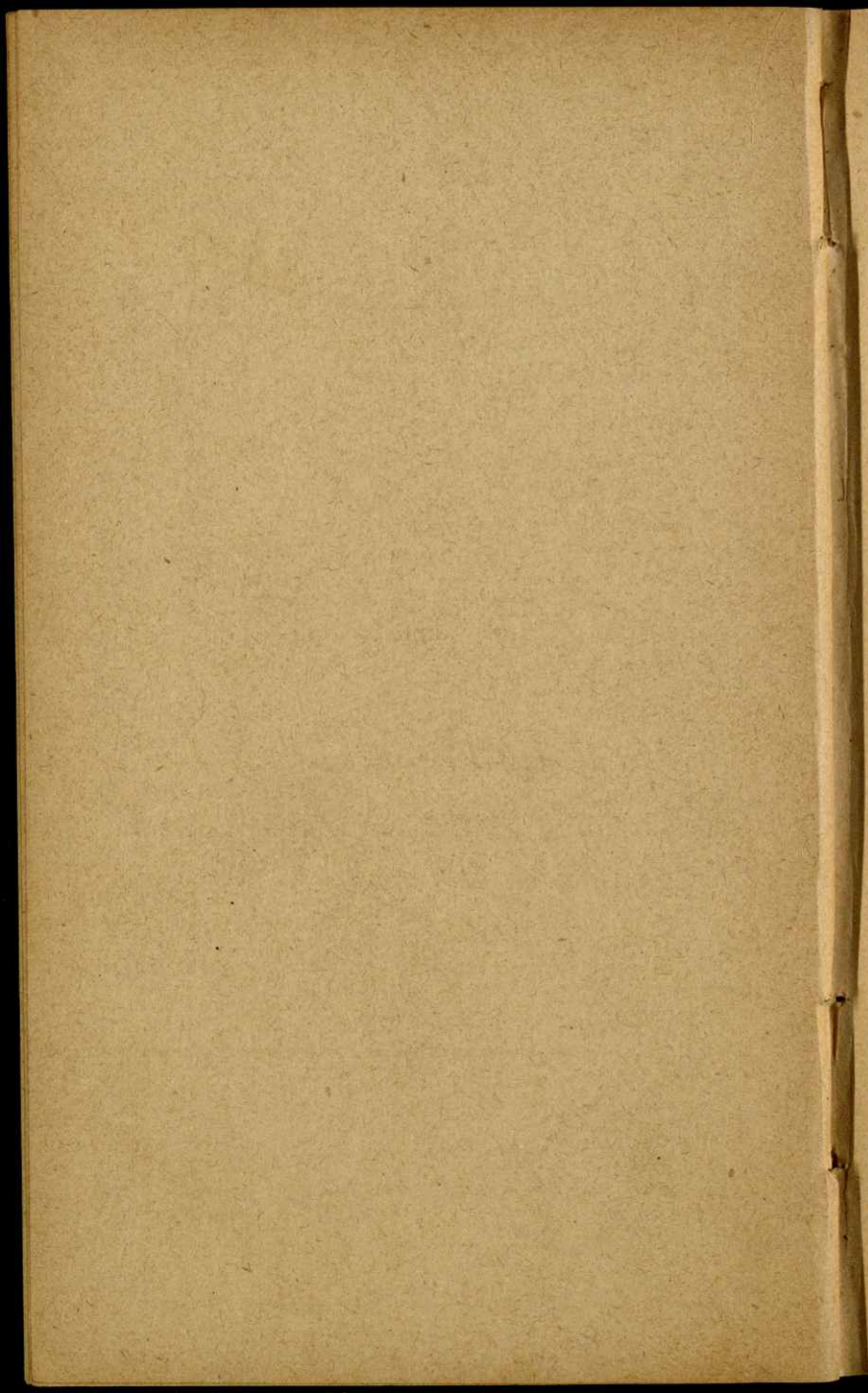
—¿Dónde van, poderoso, los que, como aquel hombre, no hallan suelo donde poner la planta, ni palmo de tierra en que dormir el sueño eterno?

—Van á llenar otros y otros abismos tan hondos como aquél.

*
**

¡Prodigioso palacio, rodeado de huertas y jardines! ¡Qué frutos tan hermosos penden de los árboles! ¡Qué delicadas flores visten el campo y embalsaman el ambiente!

No cuentes á nadie, poderoso, la negra historia de tantas maravillas.



Los Ancianos

—Soy poderoso, he acumulado en mis arcas tesoros inmensos; he estudiado profundamente la manera de acrecentar mi fortuna; un tiempo á la luz del candil de aceite, otro á la del gas, otro á la de la brillante lámpara eléctrica, he quemado mis pestañas haciendo cálculos y más cálculos y contando en la soledad de la noche mis monedas de oro. Mi dinero, yendo y viniendo, ha recorrido el mundo y tornado con aumento á mis cajas.

Soy viejo, pero puedo esperar la muerte tranquilo y descansado. Vivo colmado de honores: soy senador, magistrado, ministro.

¡Bendito sea Dios, que así ha premiado mis esfuerzos!

Apártate, mendigo, y déjame libre el paso.

*
* *

—He reñido cien batallas y regado de sangre el orbe. El ruido de mis armas ha llenado de pavor á los pueblos. He pasado á cuchillo á miles de adversarios y obscurecido la luz del sol con el humo de mis cañones.

Soy viejo, pero puedo esperar tranquilo la muerte. La patria, agradecida, me ha colmado de cruces y de riquezas; soy general, rey, emperador.

¡Bendito sea Dios, que así ha premiado mis esfuerzos!

Apártate, mendigo, y déjame libre el paso.

*
* *

—He descifrado los libros santos y dedicado al Señor, á todas horas, rezos y plegarias. Mi casa es la casa de Dios. Elevo mis cantos al solemne son del órgano sonoro, entre imágenes primorosamente talladas y ricamente vestidas, y mi voz resuena bajo las altas bóvedas de inmensas catedrales.

Soy viejo, pero puedo esperar tranquilo la muerte. Los fieles, agradecidos á mis rezos, me han regalado casullas cuajadas de brillantes, cálices de oro, palacios de mármol, tesoros sin fin. Vivo rodeado de honores: soy obispo, cardenal, papa.

¡Bendito sea Dios, que así ha premiado mis esfuerzos!

Apártate, mendigo, y déjame libre el paso.

*
* *

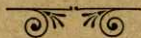
—He bajado á las profundidades de la tierra para arrancarle los tesoros que tú has atraído con tus cálculos y hecho rodar por todo el mundo; he exprimido en el molino las olivas del huerto para sacarles el aceite con que han lucido tus candiles, y extraído de la mina el carbón de que se ha formado luego el gas; con carbón se ha calentado el agua que ha llenado de vapor las calderas de las máquinas que han arrastrado los trenes y movido las hélices de los barcos que hacían posibles tus extensas relaciones; he horadado unos montes y allanado otros, y construído puentes y puertos; he robado á los saltos de agua su fuerza y he acumulado en dinamos la electricidad brillante y poderosa; he fundido el bronce de los caño-

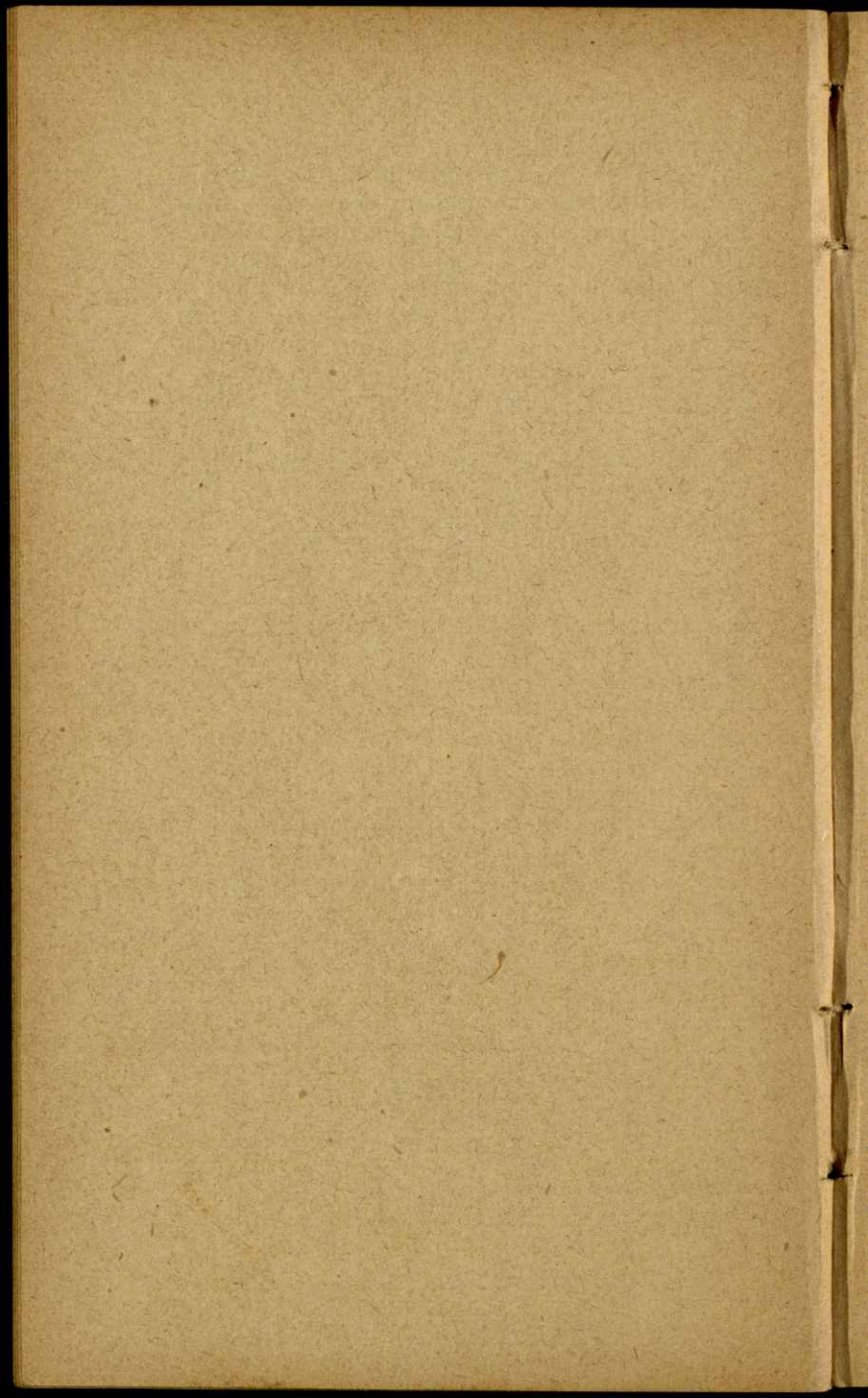
nes y templado el acero de las espadas que á tí te han dado la victoria; los arneses de tus caballos los he fabricado yo; he sacado desnudo, de inmensos arenales, los diamantes que adornan tu cáliz; del seno del mar las perlas y los corales que adornan tus vestiduras; he cortado con mi hacha los árboles en cuya madera ha tallado el artífice tus santos; he arrancado de la cantera la piedra que forma tus catedrales, y he subido en mis hombros el último adorno y lo he colocado en la punta de las agujas de tus templos góticos. Minero, labrador, fogonero, leñador, jornalero he sido. Sin mí ¿qué fuera de tus onzas? El bocado de tu corcel, la herradura con que ha podido caminar, la espuela con que le has agujoneado, te los he dado yo. Sin mí tus santos de madera dormirían en el fondo de los bosques, los arcos de tus catedrales en el corazón de las montañas, tus cálices de oro en las entrañas de la tierra; hasta tus libros santos no existirían sin mí, ayer por falta de cera en que esculpírselos, hoy por falta de papel en que estampárselos. Yo os lo he dado todo y nada tengo.

Soy viejo y no puedo trabajar: por eso soy mendigo. ¿Hallará mi cadáver tumba?

Nada debo á vuestro Dios, pues que así me premia.

Apartaos, poderosos, y dejad al mendigo libre el paso.





El Pueblo

¿Dónde irá el buey que no are, dónde el pobre que no padezca?

Vió el rey con espanto que se acercaba á su reino el enemigo. Velados sólo por el polvo que levantaban los corceles hiriendo con sus cascos la tierra, veía el rey claramente los escuadrones llegar á las puertas de su capital. Venían á arrebatársela.

Y lo peor es que tenía sus tropas lejos acallando á tiros el descontento de apartadas provincias.

—Mandad,—dijo el rey á sus ministros,— que se levante el pueblo en masa para rechazar á los que vienen á arrebatarme mi reino.

—El pueblo, señor,—respondieron,— ha visto acercarse al enemigo, pero no se ha inquietado.

—Que se reuna en la plaza,—ordenó el rey.

El pueblo se reunió, y el rey, lleno de angustia, le arengó para que defendiese la patria. Pero el pueblo le contestó:

—No tengo patria: ni un palmo de tierra es mío, ni uno solo de los frutos que penden de los árboles es mío. Defiendan la patria los que la gozan.

Cruzó por la frente del rey, exasperado, la idea de un tremendo castigo; pero, al sentir

el peligro cada vez más cerca, contuvo su indignación y dijo al pueblo:

—Defiende tu hogar.

—No tengo hogar,—respondió el pueblo.

—Se lo alquilé á un usurero, que me arrojará de él en cuanto no le satisfaga la mesada.

—Defiende á tus esposas y á tus hermanas,—gritó el rey.

—Son demasiado ignorantes para ser fuertes, son demasiado pobres para no ser frágiles. ¿Acaso no serían más tuyas que mías si quisieras comprarlas con tu oro?

—Defiende á tus hijos.—dijo el rey fuera de sí.

—¿Acaso son míos? ¿No me los arrebatas en cuanto los tengo criados y los he hecho fuertes?

—Los enemigos vienen,—replicó el rey lleno de sobresalto.—Defiende los restos de tus antepasados: sus tumbas serán profanadas; defiende tu religión, que es la de tus mayores: la escarnecerán nuestros enemigos; defiende tu libertad: te harán su esclavo.

—En tu nombre ó el de los tuyos,—repuso el pueblo,—se profanó á mis antepasados vivos: ¿qué me importa que se profane su tumba si nadie los despertará del único sueño tranquilo que han disfrutado? ¡Mi religión! ¿Acaso la siento en otra cosa que en lo que aumenta mi carga? Tiene para ti todos sus consuelos, para mí toda su pesadumbre. ¿Me recibió, cuando nací, como á ti te recibió, entonando el coro de querubines y estremeciendo de júbilo las campanas de sus catedrales? ¿Me acompañará, cuando me muera, como á ti, con sus cánticos y sus plegarias hasta el borde del sepulcro? ¿Rezará sin cesar por mí, como por ti, al Altísimo para que olvide mis pecados y me abra las puertas de su cielo? ¡Mi libertad! Pero ¿la tengo? ¿Qué vejación podrían impo-

nerme tus enemigos que no me impongas tú?
Mis brazos y los de los míos para ti se mueven.
De mi flaqueza vives. ¿Podrán hacer ellos más?

*
**

El estruendo de la invasión apagó la voz del pueblo y ahogó las imprecaciones del rey.

*
**

¡Qué desolación! La ciudad ha sido tomada sin combate, el rey hecho prisionero. Aquella tierra ha cambiado de nombre, y la luz de un nuevo día ha alumbrado otra bandera en lo alto de las torres del palacio real.

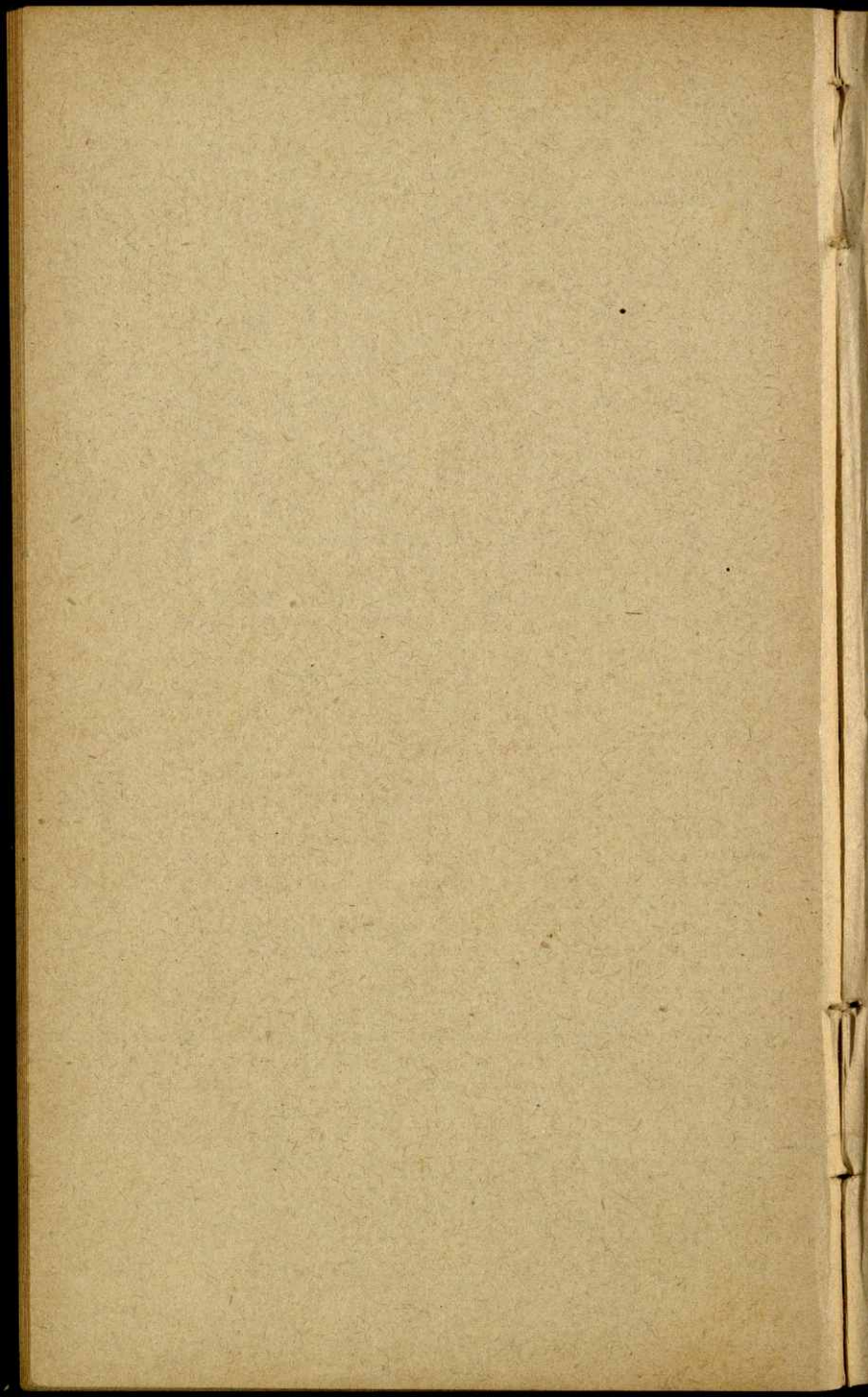
Pero el pueblo parece no haberse enterado del cambio. Como antes, en nombre del rey, de la religión y de la libertad, sigue arrastrando su penosa vida y cantando: «¿A dónde irá el buey que no are, á dónde el pobre que no padezca?»

El hombre, ora forme parte de la masa popular ó de una agrupación de privilegiados, si tiene ideas en concordancia con el medio en que vive, no es esencialmente pesimista; el pesimismo no puede existir cuando el conocimiento, determinando naturalmente á la voluntad y ésta á la energía, abre franca vía á la esperanza

Por esto parécenos infundada la moraleja de esta balada. Pueblo que responde á su rey como acaba de leerse, no dirá nunca: «¿Dónde irá el buey que no are, dónde irá el pobre que no padezca?» sino que será un rebelde.

Claro es que siempre padecerá el pobre frente al rico, pero la rebeldía dignifica y está llamada á triunfar disolviendo las actuales clases sociales, sin que queden pobres que padezcan, aunque digan lo contrario el Evangelio y el autor.

Nota editorial.



El Anillo

¿Por qué hacer á precio insuficiente y en provecho del poderoso lo que el poderoso mismo no haría por todo el oro del mundo?

*
**

Besaba el rey el anillo que su amada le había regalado, y para acariciarlo mejor se lo quitó del dedo.

El anillo cayó de su mano, y rodando, rodando, llegó al borde del abismo y desapareció en él.

Corrió el rey tras el anillo, y poco faltó para que tras él no cayese.

Pero, al asomarse á la boca del abismo y verlo tan negro y tan hondo, tuvo miedo.

—Cuando sepa mi amada que he perdido su regalo, creará que la desprecio y dejará de amarme. Si no encuentro el anillo y pierdo su amor, calmaré en la guerra mis odios. Contra el orbe entero llevaré mis armas. La intranquilidad y la muerte se cernerán sobre mi pueblo y no habrá en él nadie que no sea por lo menos tan infeliz como yo mismo.

*
**

Llamó el rey á su primer secretario, y, después de contarle su desgracia, le rogó que bajase hasta el fondo del abismo y buscase el regalo de su amada.

—Todas mis riquezas serán para ti si me devuelves con esa prenda el amor de la que adoro. De que la encuentre depende la paz del mundo entero. Palacios, oro, piedras preciosas, ricas telas, carrozas y corceles, todo te lo daré.

Pero el primer secretario le repuso:

—¿Para qué quiero, señor, todo eso sin la vida? El abismo es hondo y oscuro; rocas informes, tajos y quebraduras, que son abismos nuevos, impiden llegar á su fondo. Buscad otro más humilde, y acaso lograréis que se arriesgue.

*
**

Llamó el rey á su administrador general, y, después de contarle su desgracia, le rogó que bajase al fondo del abismo y buscase el regalo de su amada.

—Diez millones de monedas de oro serán para ti si me devuelves con esa prenda el amor de la que adoro. De que la encuentre depende la paz del mundo entero.

Pero el administrador general le repuso:

—¿Para qué quiero, señor, todo eso sin la vida? El abismo es hondo y oscuro; rocas informes, tajos y quebraduras, que son abismos nuevos, impiden llegar á su fondo. Buscad otro más humilde, y acaso lograréis que se arriesgue.

*
**

Llamó el rey sucesivamente á su general, á su sacerdote y á su magistrado, y ofreció, por el mismo servicio, al uno una espuerta llena de brillantes, al otro dos millones de monedas de oro, al otro un millón de monedas de plata.

Pero todos le respondieron:

—¿Para qué quiero, señor, todo eso sin la

vida? El abismo es hondo y obscuro; rocas informes, tajos y quebraduras, que son abismos nuevos, impiden llegar á su fondo. Buscad otro más humilde, y acaso lograréis que se arriesgue.

*
**

El rey se acordó entonces de que había en su reino muchos hombres hambrientos y cargados de hijos, y los llamó. Después de explicarles su desgracia, les rogó que bajasen hasta el fondo del abismo y buscasen el regalo de su amada.

—Un saco de monedas de cobre daré al que me devuelva con esa prenda el amor de la que adoro. De que la encuentre depende la paz del mundo entero. Dará pan á sus hijos medio año el que gane el saco de monedas.

*
**

Los hambrientos aceptaron, y todos desaparecieron en las negruras del abismo.

Pasó mucho tiempo.

Uno solo volvió á subir con el anillo del rey; y el rey, viendo la alhaja, lloró de placer porque recuperaba con ella el amor de la mujer querida y aseguraba la paz de su reino.

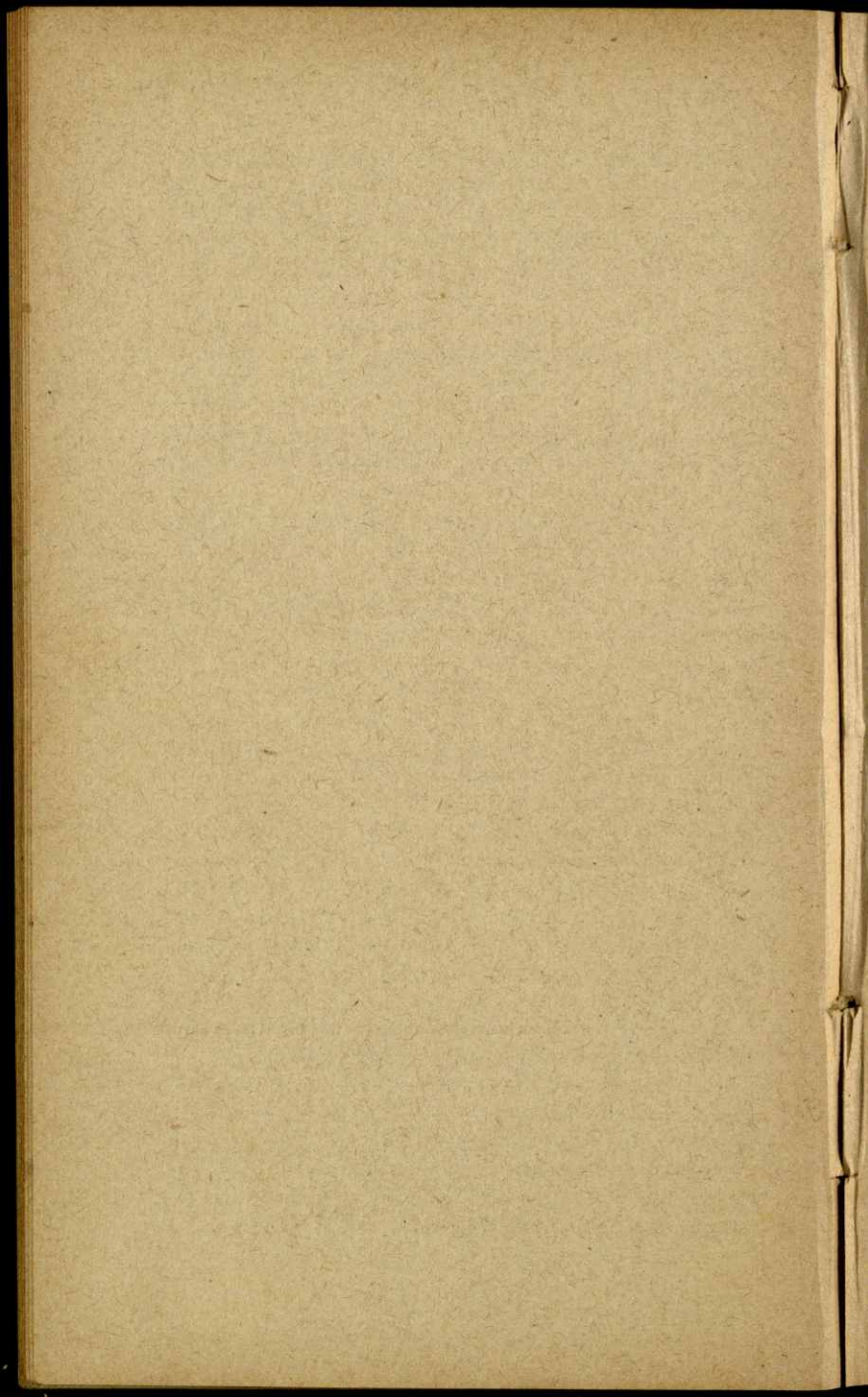
—Dale,—dijo á su administrador,—á ese miserable el saco de monedas de cobre que le prometí, que bien se lo merece.

El hambriento dió pan á sus hijos durante medio año, y bendijo la bondad del rey.

Las viudas de los que en el abismo quedaron los lloran todavía.

Y todavía cantan como locas:

—¿Por qué hacer, á precio insuficiente y en provecho del poderoso, lo que el poderoso mismo no haría por todo el oro del mundo?



Virtus post nummum

¡Tin... ton..., tin... tan...!

—¿Qué anuncia esa campana?

—Anuncia la hora de la justicia.

*
**

El rey era bondadoso, y se dispuso á medir por sí mismo la maldad de su pueblo.

La cárcel estaba llena de criminales.

Todos se decían inocentes.

El rey iba á saber los que lo eran.

Atravesó los rastrillos, y las enormes compuertas de hierro se fueron cerrando tras él.

—¡Justicia! ¡Justicia!—le gritaban por todas partes. Y el eco repetía, en los inmensos corredores, mezclado con esos gritos, el ruido de cien cadenas.

En un patio estaban los ladrones, y el rey los invitó á que hablasen.

—No somos malos,—le dijeron;—unos teníamos hambre y robamos, y el acto del robo nos impuso otras maldades; pero sin hambre no hubiera habido por qué juzgarnos; otros vimos las joyas de nuestros ministros, las queridas de nuestros magistrados, los buenos vinos y los regalados manjares de los príncipes, las lindas vestiduras de los nobles, y, hombres como ellos, nos parecieron como á ellos hermosas las joyas y las mujeres, como á ellos deliciosos los vinos y los manjares,

como á ellos soberbios y embellecedores los ricos trajes. Pues hombres como ellos somos, ¿por qué ha de ser para nosotros el derecho al trabajo mal retribuído y para ellos el derecho al placer sin límites gozado? Quisimos disfrutar y robamos, y el robo nos impuso otras maldades. Sin esos modelos, y sin su insolencia, no habría habido por qué juzgarnos.

El rey dejó á los ladrones, y pasó cabizbajo al patio de los que tenían las manos y el traje manchados de sangre.

—Hablad,—les dijo.

—No somos malos,—le contestaron;—unos matamos porque el hambre ó la envidia nos llevó más lejos de lo que quisimos; otros matamos cediendo á la obcecación producida por ideas que forman parte de nuestro ser, tanto las han arraigado en nuestro espíritu tus propios maestros y tus propios sacerdotes: matamos, como matarías tú al que te abofetease, ó al que deshonrase á tu hija ó á tu hermana, ó entrase en tu propio lecho; otros, por extravío de nuestra razón, mal atendida desde la infancia, acaso desarrollada en malsano ambiente. Sin nuestra enfermedad ó nuestra miseria, sin nuestros prejuicios y nuestro abandono moral, no habría habido por qué juzgarnos.

—Basta,—exclamó el rey;—sois una colección de perdidos, y todos sostenéis vuestra inocencia, sin negar vuestros crímenes. Acabaría por enternecerme y por creer que la virtud no es en la vida sino un accidente. Seguid en vuestras mazmorras. Me rodean miles de nobles y magnates, de generales y de sacerdotes: son hombres como vosotros, y jamás han robado ni matado como vosotros: tenéis cara de lo que sois. Está retratado el crimen en vuestras frentes. ¡Atrás los malditos de la justicia! Renuncio á la compasión.

Pero un reo que esperaba con la hoga vestida á que el verdugo le condujese al suplicio, dijo al rey:

—Un hombre que va á morir no miente. Buenos son todos los que te lo dicen, y haz si no una prueba. Despoja á tus nobles, á tus magnates, á tus generales, á tus magistrados y á tus sacerdotes de todos sus bienes y de todas sus rentas, y reparte sus dignidades, honores y tesoros entre los que habitan esta lóbrega cárcel. En cuanto á los poderosos de hoy, déjalos que se arreglen como puedan. No tardarán en venir á cubrirse con estos harapos que tan mal aspecto dan á los que aquí ves: el odio secará sus corazones, y la inquietud arrugará sus frentes. Te parecerán tan espontáneos criminales como los que acaban de hablarte.

El rey meditó un momento y exclamó:

—Hágase. Estoy seguro de la virtud de los que me rodean.

*
**

¡Tin... ton..., tin... tan...!

—¿Qué anuncia esa campana?

—Anuncia la hora de la justicia.

*
**

Los servicios del reino, á pesar del cambio de personal, en nada se resintieron.

Los antiguos criminales vistieron la toga, ciñeron la espada y empuñaron el báculo.

Y llenaron sus funciones con la misma gravedad y la misma exactitud que sus antecesores.

Los joyeros vendieron sus alhajas á los nuevos sacerdotes, generales y magistrados. Las mujeres livianas les dieron sus placeres.

Y las cárceles se siguieron llenando de ladrones y homicidas que proporcionaban con la abundancia de todos los tiempos los nuevos desheredados. El hambre, la envidia, la pasión y la locura siguieron forzando cajas, escalando palacios, esgrimiendo el puñal y vertiendo sangre.

El código era el mismo y se aplicaba con el mismo rigor.

Las mismas quejas de otros días hirieron los oídos del rey.

El rey comprendió que había tenido razón el condenado á muerte.

Pero, no acertando con el remedio, dejó pasar años y siglos estudiando y pidiendo consejos.

Y un día, los desheredados, en el paroxismo del furor, asesinaron á los magnates, y á los generales, y á los sacerdotes, y á los magistrados, y al mismo rey; y volaron palacios, y cometieron toda clase de crímenes; y á quien al oír ¡Tin... ton..., tin... tan! preguntaba:

—¿Qué anuncia esa campana?

Le respondían también:

—Anuncia la hora de la justicia.



La Caridad

Yo soy el ángel de la caridad.

—¿Tú, ángel? Ve á esconderte donde no se descubra que quieres ocultar con apariencias de virtud los remordimientos de tu alma.

*
* *

—Porque nací y nacieron los míos en humilde cuna, viví humillada, y el trabajo rudo fué mi solo auxiliar.

No llegan á esta miserable choza los rumores del bullicioso mundo.

En ella muero, sin que mis ayes de dolor perturben su marcha.

¿Qué será de mí? ¿Qué será, sobre todo, ¡ay! de ese pobre abuelo, un vencido del trabajo, que para nada sirve?

¿Qué será de esos pequeños que sólo con el sueño olvidan el hambre? ¿Qué de este niño, apenas llegado á la vida, que encuentra seco y amargo el seno de su madre, herido por la muerte?

Pero ¿quién entra?

*
* *

—Mujer, cese tu dolor: vengo á remediar todos tus males. Ven conmigo á donde curarán tus heridas: el Hospital está cerca.

—Y ¿no me moriré junto á los míos, sin-

tiendo los besos de sus labios en mis manos heladas?

—No: allí, entre otros muchos dolientes, procurarán curarte. Si mueres, sólo oirás antes, en tu agonía, los ayes de los que aun sufren.

—Y ¿qué será de ese pobre abuelo?

—Lo llevaré á una casa de incurables.

—Y ¿lo apartarán también de los suyos? ¿No sentirá, como aquí, á su lado, el latido de corazones jóvenes? ¿No retozarán á sus pies heraldos del porvenir que le recuerden á cada momento que la vida no se acaba, que la vida es eterna?

—No: achacosos ancianos renovarán en su alma la herida de su vejez. No tendrá por compañeros sino á los que acaban como él su camino. Cabezas, como la suya, calvas; bocas, como la suya, vacías; manos, como las suyas, trémulas, le dirán á todas horas que la juventud se fué y que el sepulcro está abierto para recibirle.

—Pero ¿y mis hijos?

—Llevaré al Hospicio al niño, á la niña á un asilo religioso, á la Inclusa al más pequeño.

—Y en el Hospicio, y en el Asilo, y en la Inclusa, ¡les darán de comer! Pero ¿quién los amará? Se olvidarán los unos á los otros, se endurecerá su corazón. ¿Quién cuidará de su porvenir?

—Los niños serán soldados; la niña, monja ó sirvienta.

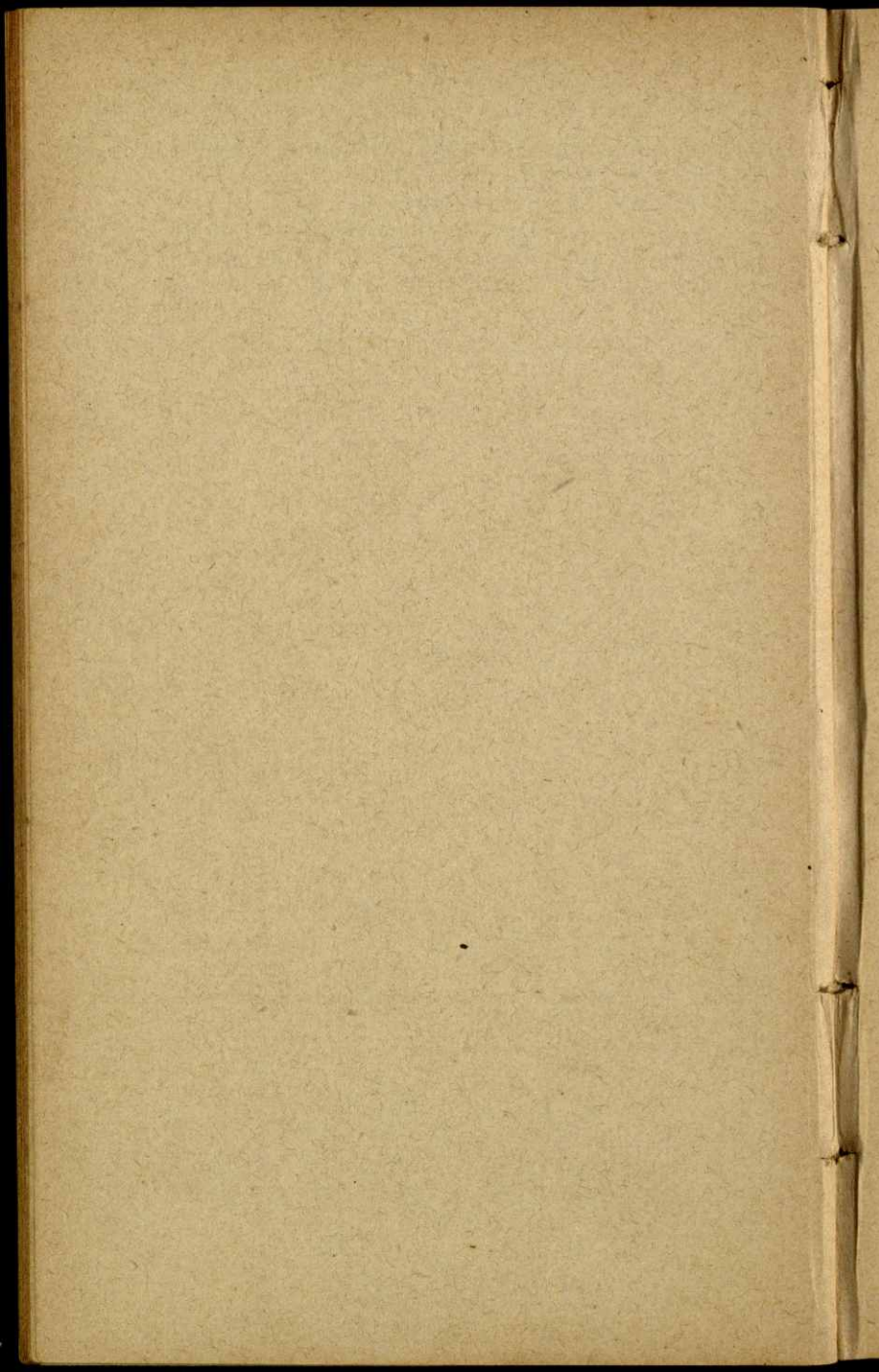
—¡Todos desperdigados! ¿Y el lazo aquel indisoluble que había de perpetuarse en los hijos, y aquella base firme de toda sociedad, y aquella familia sagrada en los códigos de los hombres, sagrada en los libros de los santos? ¿Quién, quién eres tú, que por todo consuelo

ofreces al desgraciado las amarguras del hospital y las humillaciones del asilo?

—Soy el ángel de la caridad.

—¿Tú, ángel? Ve á esconderte donde no se descubra que quieres ocultar con apariencias de virtud los remordimientos de tu alma.





La Ramera

Por qué maldecirnos, si, sobre habernos creado con vuestra maldad, somos útiles á vuestro Estado?

*
* *

—¡Malditas mil veces las procaces rameras!
—gritó el César.

—Su presencia me ofende, su contacto me mancha,—agregó la matrona.

—El fuego eterno las consumirá,—cantó el sacerdote.

Y una voz triste como el sonido de cien arpas rotas llenó el aire.

—¡Ay de mí!—dijo la voz.—¡Ramera soy! En mi cuerpo enfermo y magullado vendo á los hombres los placeres del amor. Amen todos menos yo, que á nadie puedo amar. Sobre mi seno siento el peso del ebrio y el del sobrio: apago la sed de goces del malvado y del inocente. En mi lecho sólo mi lugar está frío como la nieve. Soy como la muerte, para todos igual. Abrazo al pobre, envuelto en sus harapos, como al rico, envuelto en sus sedas. Beben en mis labios como fuego de amor mi fiebre de enferma los hombres de condiciones más distintas. Igual á la copa en que se vierte el vino con que procuro en las orgías alejar mi sueño, mi fatiga y mis penas, todos acercan á mí sus labios, sin que jamás los rechace. La fealdad misma me tiene á su disposición como

la suma belleza, el vigor y la salud como la debilidad y el mal. A todos sonrío mi desgracia, y para todos menos para mí soy alegre.

César, no me maldigas. ¿Dónde está el dedo que señala á los hombres como tú, que apuraron los perfumes de mi pureza y luego me abandonaron? Mi caída fué la suya, pero sólo mi virtud la empañada.

César, soy la salud de tus soldados, á quienes no permites otra compañera. Mientras duermen en mi regazo, dejan tranquilas en sus lechos de vírgenes á tus hijas y á tus hermanas. Ahogan conmigo instintos poderosos que tu ley no ha sabido guiar mejor. Por eso tu ley me alcanza y no para condenarme. Sé consecuente con tu propia ley.

—Matrona, no te ofenda mi presencia ni te manche mi contacto. ¿Quiénes me prostituyeron sino tus padres, tus hermanos y tus hijos? Tú misma, ¿no sientes celos de que tu hijo escoja pronto compañera? ¿No prefieres que olviden en los goces de una hora el fuego de juventud que te arrabataría su corazón para siempre? Soy la víctima de tu egoísmo. Te has convertido en esclava, y tu cara esclavitud á todos esclaviza: á tus hijos, porque habrán de escoger para sí una tan cara esclava como tú; á mí, porque soy la obra de su naturaleza protestando violentamente de la ley que trata de encadenarla.

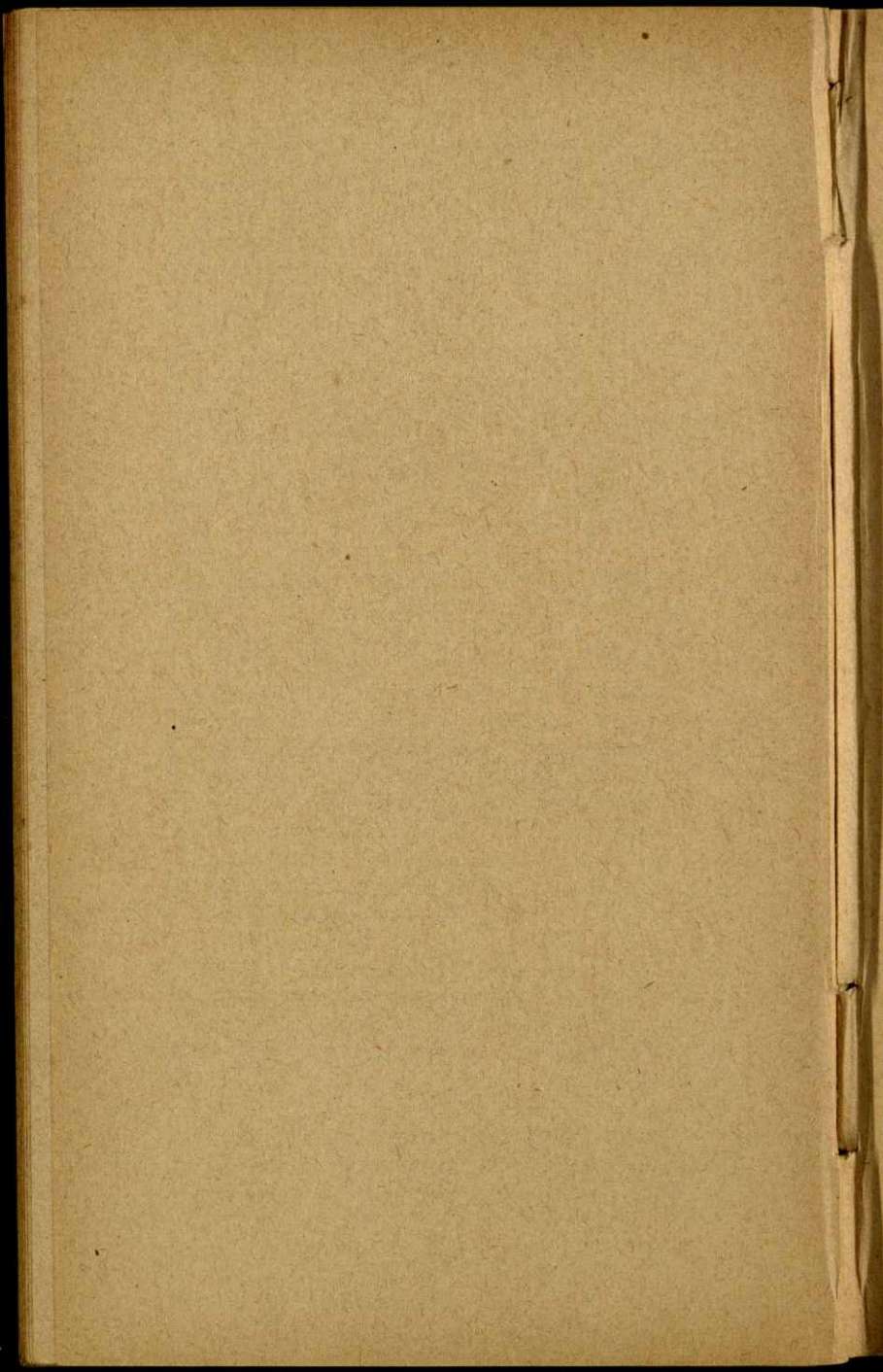
—Sacerdote, no me condenes al fuego eterno: que una eterna desesperación no atribule mi espíritu. ¿Cierras acaso las puertas de tu cielo á los que han macerado mis carnes y exigido á mi alma mayor maldad de la que contiene? ¿Has negado tu bendición al que, después de hundirme en mi abismo, te ha presentado en el altar otra compañera? Ellos y sus hijos benditos están por ti.

César, matrona, sacerdote: entre mis compañeras no hay una sola hija de príncipe; ninguna acaudalada abrazó mi triste oficio. Hace la incontinencia viciosas, sólo la miseria hace ramera. Las viciosas pueden merecer vuestras maldiciones, porque hallan, en lo que gozan, una compensación. ¿Por qué maldecir á los que sufren?

.....
Y la voz se extinguió repitiendo:

¿Por qué maldecirnos, si, sobre habernos creado con vuestra maldad, somos útiles á vuestro Estado?





La Disciplina

Soberano, guerrero ilustre, ¿qué pongo sobre esta tumba: «Un héroe yace aquí» ó «Aquí yace un asesino»?

—Detente: hasta que yo muera y mi raza se extinga, no podrá ponerse la verdad sobre esa tumba.

*
**

Avanza el ejército asolándolo todo: va á sorprender al enemigo. Por donde pasa siembra la muerte para evitar que por algún desconocido atajo no vaya algún espía á descubrirle.

A su llegada á una aldea; todo el mermado pueblo, es decir, las mujeres, los niños y los ancianos, se guarecen en un viejo caserón.

El emperador no hará más que atravesar la aldea, pero no quiere que en ella quede un solo testigo de su paso. Algunas avanzadas han tomado por orden suya todas las salidas de la aldea.

—Degollad,—dice á sus tropas,—á los que se han guarecido en ese caserón. Ni se defenderán, porque son débiles.

Los soldados vacilan.

La orden brutal les horroriza.

En medio del silencio, un soldado se adelanta:

—Majestad,—dice al emperador;—ahórranos la pena de verter con nuestras manos tanta

sangre. Tenemos pólvora de sobra: recarga nuestro bagaje y dificulta nuestra marcha. Acercaremos algunos barriles á ese caserón, y volará con cuantos están en él.

El emperador, después de meditar un momento, aprueba la proposición del soldado.

Cuando la casa está rodeada de los barriles, unos en comunicación con otros por regueros de la inflamable substancia, el emperador llama al soldado que hizo la proposición.

—Obra tuya es lo que acaba de hacerse. No quería sacrificar aquí una sola de las vidas de mis soldados. Una víctima es, sin duda, precisa para inflamar la pólvora. Si pusiéramos una mecha la apagarían los sitiados.

Vuele en mi presencia el caserón. Quiero estar seguro de que esta parada no ha sido estéril. Ve tú y enciende uno de los regueros de pólvora. Con mi lente de campaña podré admirar el espectáculo de esa formidable explosión.

—Iré, majestad,—contesta el soldado.—Este es mi pueblo. En ese caserón están mis padres y mis hermanos pequeños. Quiero ahorrarles los horrores de un degüello. Gozaré á su lado de una muerte pronta.

Y el soldado parte hacia el caserón con una tea en la mano.

El ejército está consternado. El sacrificio es horrendo.

Pero el emperador quiere dilatar sus dominios y aumentar con ellos sus riquezas y sus súbditos, y es indispensable la guerra.

*
**

Cuando el soldado llega cerca del caserón, de entre sus consternados moradores se eleva una voz de mujer que rebotando júbilo grita:

—¡Es mi Pedro, es mi hijo! ¡Viene á salvarnos!

La madre del soldado le ha reconocido.

También le han reconocido sus hermanitos, porque también gritan:

—¡Pedro, Pedro! Sube, y te contaremos lo que querían hacer con nosotros esos hombres malos.

El soldado, que va llorando, se limpia con el dorso de la mano las lágrimas, contiene sus sollozos, levanta la mirada hacia su madre y sus hermanitos, sonrío amargamente, y acerca la tea encendida á uno de los regueros de pólvora.

*
**

El estallido de la inmensa explosión ahoga un grito espantoso; una nube de polvo y de humo obscurece el sol. Vuelan mil escombros, y entre ellos los despedazados cadáveres de mil infelices.

El emperador, á la cabeza de su ejército, contempla la terrible escena.

Cerca de su caballo ha caído un cuerpo. Es el del soldado. La fuerza de la explosión ha llevado el cadáver hasta allí.

Lo reconoce el emperador.

—Colocad,—dice,—sobre ese cadáver la más honrosa condecoración de mi imperio. Atruene los aires el más hermoso de los himnos. Y dejad sobre la tumba de ese soldado una señal para que se eleve encima un magnífico mausoleo.

*
**

Ya está construído el sepulcro. No falta sino la inscripción de la lápida.

—Soberano, guerrero ilustre,—pregunta al

emperador el artista;—¿qué pongo sobre esta tumba: «Yace aquí un héroe», ó «Aquí yace un asesino»?

Detente,—contesta el emperador.—Hasta que yo muera y mi raza se extinga, no podrá ponerse la verdad sobre esa tumba.



El Suicida

Arbitro puedo llegar á ser de la vida de todos, ¿y no he de serlo de la mía? Donde la vida no es un derecho puede llegarlo á parecer el suicidio.

*
* *

—Joven, conozco tus intenciones. Tira el arma que empuñas. ¡Vas á suicidarte!... Dios te dió la vida, y sólo Dios puede quitártela. ¿Te abruman contrariedades sin fin? Luchar contra ellas es tu deber. Lucha y vive. Al hoy sucede el mañana, como el hoy ha sucedido al ayer. Vive: yo te lo mando.

—¡Cómo! ¿Tú me hablas de luchar, y me cortas todos los caminos? ¿Tú me hablas de luchar, y me tienes atado para que no pueda defender mi vida? Desátame, asegura mi derecho á vivir, ó rompe en cien pedazos tus códigos. ¡Luchar! ¡No es pequeño sarcasmo! Pones mi vida en manos de todos, y quieres arrebatársela sólo de las mías. Dios me dió la vida. Sea; pero ¿por qué, tirano, tú no me la respetas? Tus jueces juzgan y matan según el criterio de los tiempos. Por lo que ayer matabas, no matas ya hoy; pero ¿quién devuelve la vida á los que la perdieron? No sólo cuando faltó al capricho de tus legisladores la pones á merced de tus verdugos: tus soldados pueden arrebatármela impunemente, ya en época de guerra, ya de insurrecciones. ¿Quién les pide

cuenta de la bala que á ciegas disparan? Matan, en las épocas de revueltas, á quien les acomoda; en las normales, pueden matar hasta al desgraciado sordo á quien no llega su voz de ¡alto!

Castigas en tus códigos al que me mata, hasta al que me hiere; pero para que le castigues ha de matarme ó herirme valiéndose del puñal ó del veneno, de la pólvora ó de los puños. Y tus privilegiados ¡ay! me matan de otros modos distintos á que tu código no alcanza. ¡Como que eres su cómplice!

He visto que tus favorecidos, cuando eligen alguna, eligen la clase de trabajo que más les acomoda. Menos feliz que ellos, he probado diversos trabajos, algunos contrarios á mis inclinaciones y mis aptitudes, y con ninguno he logrado ver seguro mi pan. Ni el recurso de llamarme holgazán ó tonto te queda. Si lo soy, ¿es culpa mía? Y, además, ¿acaso, entre los que viven á tu lado llenos de riquezas y de honores, no los hay tan holgazanes y tan tontos como pueda yo serlo?

Hasta el derecho de vivir me habéis negado tú y tus favorecidos.

No pueden tus favorecidos matarme como tus códigos, pero me cierran sus puertas. Con la humillación matan mi espíritu, con el abandono mi cuerpo. No soy, en verdad, sino una sombra. No hay en su mesa un puesto para mí: tienen el pan que les sobra encerrado en alacenas, en arcas de hierro el dinero que no necesitan; ¡y dicen que ejercitan la virtud del ahorro y son honrados! Comen satisfechos mientras roban, matan ó mueren al dintel de sus palacios los miserables. ¿Para qué han de recurrir al puñal ó al veneno, á la pólvora ó á los puños?

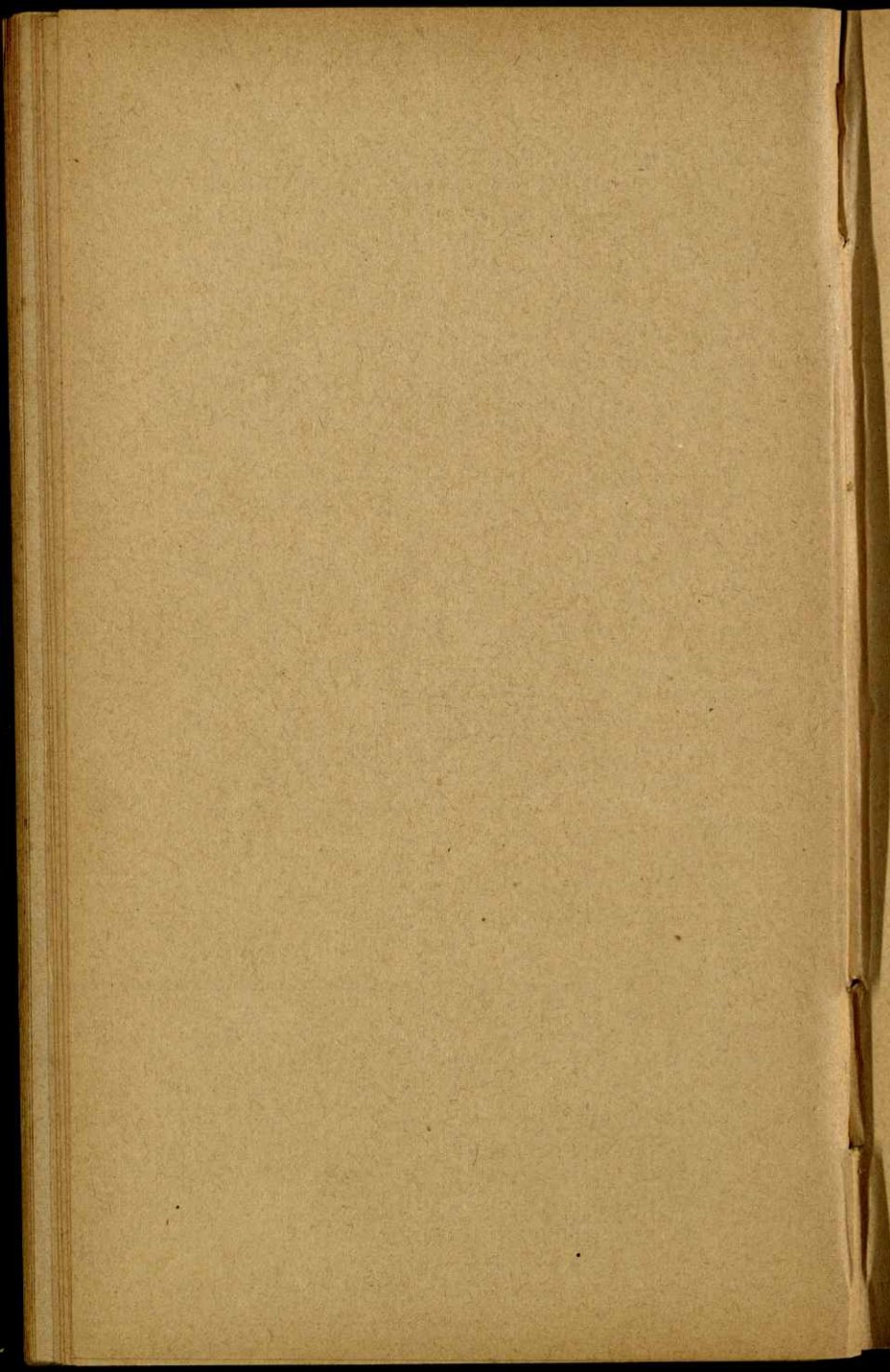
Arbitro puedo, por capricho de la suerte,

llegar á ser yo mismo de la vida de todos, ¿y no he de serlo de la mía? Donde la vida no es un derecho puede llegarlo á parecer el suicidio. Perdono las horas de alegría por las de amargura que me queden.

*
* *

Contestó así el joven, y con el cuchillo que llevaba se partió el corazón.





La Violencia y el Poder

No me trates de irreverente: dame el brazo: soy tu inseparable compañero.

*
**

Un hombre manchado de lágrimas y de sangre, armado de un hacha, entró en la sala del palacio, clavó el hacha en una de las gradas del trono y se sentó junto al rey.

—¡Villano!—gritó el monarca.—¿Cómo te atreves á cometer irreverencia tal? ¿No sabes quién soy? Manchado de sangre vienes. Has cometido algún crimen.

—Sé quién eres,—contestó el villano,—y sé también que me lo debes á mí. Sin ti podría yo vivir: tú, sin mí, no. Mis crímenes son los tuyos. La sangre que me mancha te ha manchado á ti antes.

—¿Quién eres?

—Soy la violencia, soy el verdugo.

—No te quiero á mi lado. Cumple tu misión donde no hiera mi olfato el olor de la sangre de tus víctimas.

—Tu trono es tan tuyo como mío: no me voy.

—Suprimiré en mis estados la pena de muerte.

—No importa. Me verás junto á tus soldados. ¿Vas á dejar acaso de ordenarles que disparen contra el pueblo cuando entre en tu palacio y te deponga?

—Mandaré que prendan á los revoltosos, pero que respeten su vida.

—¿Y qué? No dejaré de ser el mismo. Seré quien les ponga los grillos y les ate las cadenas; seré quien les encierre en los calabozos y les vigile desde la reja; seré quien les sirva el rancho y les vea morir lentamente, maldiciéndonos á ti y á mí, lo mismo que mueren hoy un poco más de prisa.

—Suprimiré las cárceles con tal de no verte.

—No desvaríes. Mira desde tu balcón al pueblo amotinado: te llama déspota y pide tu cabeza.

—Tienes razón, amigo mío. Aunque vas manchado de lágrimas y de sangre, dame el brazo.

—¿No te lo decía yo? No puedes tratarme de irreverente. Soy tu inseparable compañero.



El Testamento

Hombre, amas tanto el más inicuo de los derechos, que cuando no puedes protegerlo con realidades, pretendes ampararlo con la sombra de tu sombra. ¿Para qué soñar con el cumplimiento de una voluntad que ya no te pertenece? Voluntad que fué y voluntad que ya no es, ¿no son una cosa misma?

*
**

Dictaba un anciano trabajosamente su voluntad postrera, tendido en su lecho, y repartía, entre hijos y amigos, bienes que ya no eran suyos, porque le privaba de su disfrute una ley ineludible y suprema. Dictaba su voluntad, y ya ni la voluntad era suya. Cedía á la violencia de un hecho fatal, y sobre privarle de libertad los prejuicios de una larga vida, le privaba aún más la muerte. Hablando con propiedad no podía decir *doy*, sino *abandono*.

Viuda, hijos y deudos, oían ansiosos la palabra tarda del anciano, y la codicia amortiguaba en ellos la pena: Iban á *adquirir*, y la ficción legal sería el título de su nuevo derecho.

A cada nuevo nombre, á cada nueva cosa, un estremecimiento de placer sacudía al designado. Siempre el adquirir gratuito es agradable, porque el adquirir gratuito es violencia y la violencia se ha hecho grata á los hombres.

Si en aquel momento hubiese el anciano tornado á la plenitud de la vida ;qué contrariedad

tan inesperada! Hubiera sido su salud heraldo de mil recónditas tristezas.

Disimulado el estremecimiento, cada cual se tornaba sombrío. No era el fin, cada vez más próximo, del anciano lo que turbaba ya las almas: era que cada cual pesaba y comparaba la cuantía del don recibido.

Llamaradas de odio y de envidia se cruzaban sobre el mismo lecho del moribundo.

El hermano recordaba los favores hechos al hermano, la madre la donación hecha á la hija, el hijo la falta de dote de la madre. El amigo medía con los del amigo sus servicios, y el criado contaba en un rincón por los dedos los meses que venía tolerando las impertinencias del doliente.

Mil preocupaciones se apoderaron del pensamiento de los favorecidos, y muchos acariciaban con los ojos el mueble que se les había adjudicado, temerosos de que desde entonces hasta su entrega pudiese desmerecer.

Allí sobraba uno: el agonizante.

Y en esa hora suprema en que los que se van no ven ni oyen sino la luz de las almas y los gritos de las conciencias, sintió el moribundo cómo en el interior de los que le lloraban se formaba la tempestad, y vió los rayos y oyó los truenos del odio y de la codicia.

Y allá, en el último borde de la vida, cuando se hundía en la sima de la muerte, escuchó como una maldición una voz que le gritaba:

—Hombre, amas tanto el más inicuo de los derechos, que cuando no puedes protegerlo con realidades, pretendes ampararlo con la sombra de tu sombra. ¿Para qué soñar con el cumplimiento de una voluntad que ya no te pertenece? Voluntad que fué y voluntad que ya no es, ¿no son una cosa misma?

El Talento

No puede ser el talento un don concedido al hombre contra el hombre, sino una gracia con que la naturaleza hace á unos hombres más útiles que otros. ¿Dónde está el derecho del que lo posee para negar sus beneficios á nadie? ¿Quién es el malvado que se ha atrevido á ponerle precio.

*
**

Junto á la camita de la niña enferma vierte la madre un raudal de lágrimas.

La niña duerme: duerme el sueño pesado de la calentura, de una calentura que por momentos la consume. Un ronquido siniestro brota de aquella garganta, de que en días más felices brotaban risas y cantos.

La niña duerme, pero su sueño es de aquellos de que no se despierta, es un sueño que recuerda menos que otros el de la tranquila muerte, acaso por ser de los que más se le aproximan.

Enloquecida por la desesperación, no repara la madre en los que la rodean: amigos, deudos, vecinos piadosos.

Están agotados todos los recursos.

El modesto doctor del barrio se ha despedido, como se despiden los que no piensan volver: ni siquiera se ha acordado de recomendar que se renueve la última medicina ó de prescribir otra nueva.

Sobre la garganta de la niña ha puesto la muerte sus manos. Sólo falta que dé el último apretón.

*
**

De pronto suena un nombre. ¿Ha acudido espontáneamente al pensamiento de la madre angustiada? ¿Lo ha pronunciado á su oído alguno de los presentes?...

Es el nombre del famoso sabio, del talento sin par, del doctor sin rival que cuenta por éxitos sus curas, que salvó ayer mismo la vida de un príncipe, amenazado en su cuna de oro por la muerte implacable.

La madre llora más que antes. El sabio es caro. Ni alhajas, ni dinero, ni casi muebles quedan ya en aquel rincón humilde. ¿Qué importa? La vida es antes que todo. A nadie es más lícito robarle que á un médico sabio.

La madre ordena á todos imperiosamente que vayan en busca del doctor ilustre, que lo traigan ante aquella cama, ante aquella niña que se muere.

El más atrevido obedece, y corre al palacio del doctor; pero al llegar le detienen los criados.

El doctor no recibe á aquella hora. El enviado de la madre ruega, disputa, amenaza. Pero ¿hay alguna hora en que es lícito dejar morir á otro pudiendo salvarle, poseyendo el secreto de la vida?

Los criados se preguntan de parte de qué soberano viene aquel hombre que así grita y exige, y cuando se enteran de que es habitante de una guardilla le miran con desdén, y se enfurecen. El doctor presta servicios en un hospital. Allí, sobre el cuerpo de los enfermos pobres, hace sus pruebas para aprender á salvar á los enfermos ricos. ¡Hubiera llevado allí

á la niña! El eminente sabio, solicitado á todas horas por regios y generosos clientes, no puede entretenerse en subir á las guardillas.

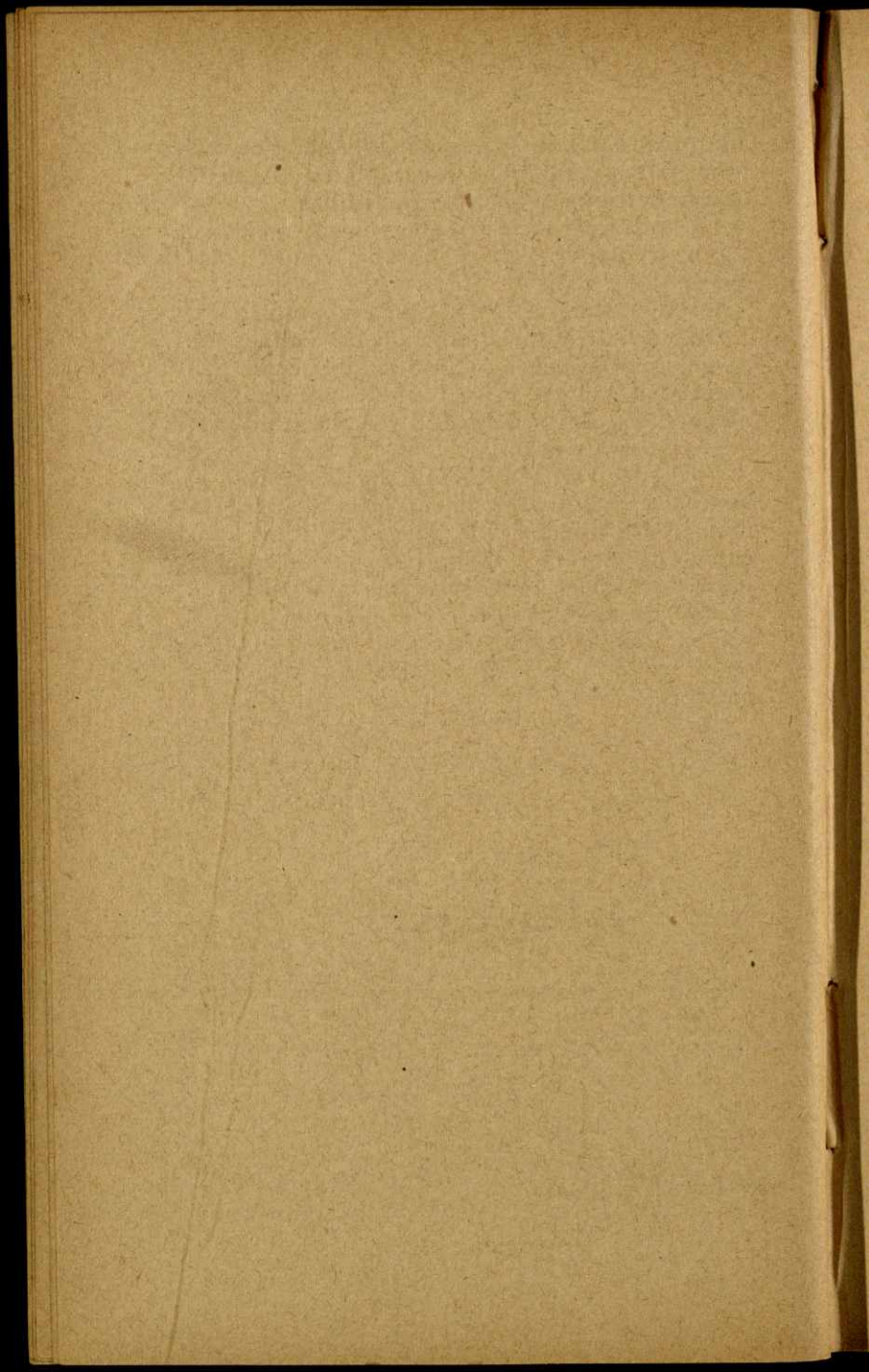
El emisario vencido vuelve junto á la madre. La madre antes asistía y lloraba: ahora solamente llora.

La niña se agita en las últimas convulsiones.

Cuando el emisario explica el resultado de su gestión, la madre se abraza al cuerpo frío de la hija, maldice la suerte y la pobreza; reniega, fuera de sí, del sabio y de la sabiduría, y grita como una furia:

—¿Es decir que el talento puede realizar el horrendo milagro de hacer injusta hasta la muerte? No puede ser el talento un don concedido al hombre, sino una gracia con que la naturaleza hace á unos hombres más útiles que otros. ¿Dónde está el dios que lo posee para negar sus beneficios á nadie? ¿Quién es el malvado que se ha atrevido á ponerle precio?





Los Ilegítimos

Qué forjas, forjador?

—Forjo una daga para partir el corazón de mi hermano. Ya que peno sin razón, quiero penar con ella. Háganme propios crímenes olvidar los ajenos por que se me castiga.

Así cantaba el forjador mientras forjaba una daga.

*
* *

—¿Vas á partir el corazón de tu hermano porque no quiere que le molestes? Sólo suyo es cuanto dejó su padre. Es su solo continuador, suyo es su nombre, suyos sus bienes.

—Un mismo padre nos engendró á los dos. Al amparo de su paternidad vive y medra mi hermano, y esa misma paternidad es para mí un estigma. ¿Cómo una misma causa puede producir efectos tan distintos?

Tú eres el hijo ilegítimo; el legítimo, él. Nació de un matrimonio regular; tú de un adulterio. Manchado vienes desde la cuna. La ley no es igual para los dos.

—¡Injusta ley! ¿Qué participación tuve yo más que él en el hecho de nuestro nacimiento? ¿Qué culpa me alcanza por faltas que no cometí? ¿Fué mi padre culpable? Haberle castigado. Si lo fué, un culpable, al cabo, es el padre de los dos. Y si han de pagar los que vienen por los que se fueron, si es aplicable aquí una absurda ley de herencia, ¿por qué se

exime á mi hermano de esa ley y se la hace pesar sólo sobre mí?

—El fué fruto de bendición, tú fruto de un crimen.

—Una misma voluntad ajena nos puso á los dos en el mundo. De que esa voluntad se ajustase más ó menos á la ley, ¿qué responsabilidad puede cabernos? Tan culpable soy yo de ser fruto de crimen como él de ser fruto de bendición. La iniquidad de la ley aumenta aquel crimen, no lo remedia. Borremos esa iniquidad y aquel crimen.

—Se ofendió á su madre, la esposa legítima.

—¿Se ofendió acaso menos á la mía? Si se manchó el lecho de la suya, ve si el de la mía se manchó menos que hasta se maldijeron sus frutos.

—A la ley se atiene tu hermano.

—No á la de la razón y la de la justicia. Borremos la iniquidad y el crimen, ya que ni de una ni de otro somos responsables. Reparta conmigo sus bienes, abracémonos y vivamos juntos. Hermanos son todos los hombres. ¿Lo seremos menos con vínculo tan próximo?

—¡El hijo adulterino y el legítimo juntos! ¡Qué infamia!

—Pues que hace suya la iniquidad ajena, quiero imitarle perseverando en el ajeno crimen. Mío será el que ahora cometa.

*
**

Y el forjador siguió forjando, y forjando cantaba.

—¿Qué forjas, forjador?

—Forjo una daga para partir el corazón de mi hermano. Ya que peno sin razón, quiero penar con ella. Háganme propios crímenes olvidar los ajenos por que se me castiga.

La Pedrea

Cómo esperáis bondades del corazón del hombre si sólo sembráis odios en el corazón del niño?

*
**

Acaba el día, y al tiempo que de bien montada escuela salen alegres y retozones, como pajarillos á que se abrió la jaula, cien muchachos, de la vecina inmensa fábrica salen otros ciento, tristes, fatigados y sucios.

Pasaron los unos la tarde sometidos á la benévola disciplina del maestro: los otros á la estrecha y dura del capataz. Tuvieron los unos tiempo de bromear y reir, de pintar á escondidas la silueta del profesor con su bonete y de tirarse la pelota de papel hecha con las planas inservibles: pasaron la tarde los otros agotando sus fuerzas junto á la máquina, que, al dar impulso á cien volantes, produce monótono y ensordecedor ruido. Vuelven los unos á sus hogares con el caudal del alma enriquecido: tornan los otros abatido el espíritu y el cuerpo. A los unos aguarda cena abundante, blando lecho, dulces caricias: á los otros, cena escasa, lecho duro; su madre, también como ellos rendida por el trabajo, se dormirá sin tener tiempo de acariciarles. Los unos van acompañados por deudos ó sirvientes junto á los cuales retozan como cachorros que ven de nuevo al guardián cariñoso: los otros van so-

los, solos y más tristes que nunca, porque aumenta su tristeza el recuerdo del compañero á quien aquella tarde, al finalizar el trabajo, destrozó la rueda de una máquina.

Miran, los atolondrados felices, con desdén á los desventurados: los desventurados, con despecho á los felices. No se odian, pero un malsano instinto les dice que deben odiarse.

Puso alguien, entre unos y otros, un abismo. Conocen unos y otros que no son iguales, aunque ignoran por qué.

Aman los felices la vida, y, sobre amarla, están más acostumbrados á ejercitar el entendimiento que las fuerzas: deben ser cobardes.

El peligro ha acostumbrado á los sin ventura á no temer la muerte, y están por su trabajo acostumbrados á ejercitar más las fuerzas que el entendimiento: deben ser valientes.

*
**

—¿Qué secreta voz hace adivinar al pobre que lo que disfruta el rico es su sudor, es también suyo? ¿Qué secreta voz le hace adivinar desde niño no sé qué de injusto en el bienestar ajeno?

Quizá confundimos con la innata justicia la artificial que crearon en nosotros costumbres y hábitos ajenos.

¿Por qué, desde que nacen, tienen unos derecho á la felicidad, y otros sólo á la desgracia?

¿Por qué son desiguales sin culpa suya los hombres desde que se forman en el vientre de su madre?

*
**

—Aprovechaos de lo único en que sois superiores,—grita á los desdichados su despecho.

¿Puede la injusticia dar justos frutos?

El menos fatigado se agacha, coge una piedra, endereza el cuerpo y la lanza con furia contra los infelices, contra los señoritos.

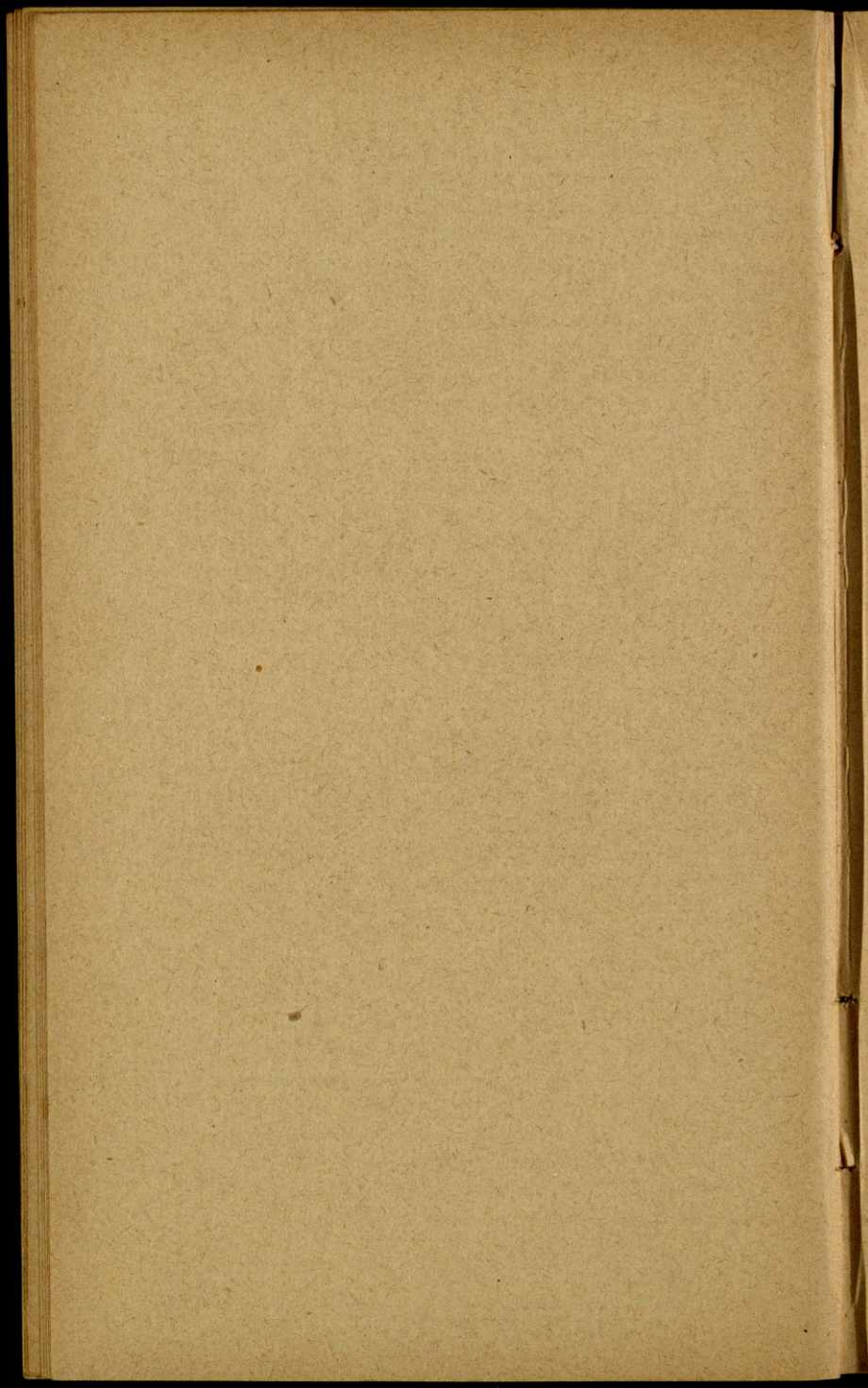
Corre al fin por las venas de todos sangre joven, y la piedra es contestada con otra piedra; y, sin que la mediación de encargados, deudos y sirvientes pueda impedirlo, la pelea se generaliza.

Huyen de uno y otro bando los tímidos; pero los más coléricos y los más fuertes se defienden con arrojo, y siguen cruzando los aires piedras y más piedras.

La aparición de un solo guardia pone fin al combate. Se dispersan los combatientes al verle; y aquella noche las madres de los unos y de los otros curan á granel heridas y golpes; y mientras la de un feliz, vendando la cabeza de su hijo, maldice de los granujas sin crianza, la de un desdichado, al poner hilas en la herida del suyo, exclama:

—¿Cómo esperáis bondades del corazón del hombre si sólo sembráis odios en el corazón del niño?





De Viaje

Ay, el camino más largo es el que conduce al corazón hombre!

Dejando á un lado retortas y alambiques, cables y pilas, orgulloso de su poder y de sus victorias, emprende el Progreso, al finalizar un siglo, un viaje de recreo por todo el mundo. Quiere admirar su obra. No ha salido durante cien años de su inmenso taller.

*
* *

—¡Qué grande es mi obra!—exclama montado en la máquina de un ferrocarril al atravesar un túnel.

—¡Qué grande es mi poder!—dice al pasar sobre un largo y esbelto puente.

Cruza un campo, y se estremece la tierra bajo las ruedas del tren que agitan el aire y levantan y esparcen el aroma de las flores. A un lado y otro del camino los postes telegráficos se levantan como flacos gigantes.

—¡Qué grande es mi obra!—repite entusiasmado.

Un hombre sudoroso y fatigado sube penosamente la cuesta cargado con un hatillo.

—¿A dónde vas?—le pregunta.

—Voy á ver si recojo el último suspiro de mi madre moribunda.

—¡Torpe!—grita el Progreso.—¿Para qué he aprisionado el vapor en estas calderas? ¿No ves que yendo á pie te cansarás y llegarás tarde? ¿Para qué es el tren?

—Para que suban en él y lo aprovechen los que tengan con qué pagar el precio del viaje.

Silba la máquina, y, en un momento, el hombre, fatigado, se queda atrás, muy atrás, hasta perderse de vista.

El Progreso sigue su camino sin atreverse á preguntar nada á los muchos que ve pasar.

Pero distingue de pronto á una infinidad de hombres y mujeres que trabajan bajo los ardorosos rayos del sol en cien operaciones agrícolas, y sin poder contenerse les grita indignado:

—¡Imbéciles! ¿Para eso he inventado soberbias máquinas que lo hagan todo por vosotros? ¿Por qué os tomáis tanto trabajo? ¿No sabéis que hay máquinas aradoras, trilladoras, agavilladoras, apisonadoras?...

La muchedumbre aquella no le entiende; pero con sólo oír la palabra *máquinas* se subleva y le apedrea.

—¿Quieres que nos muramos de hambre?—le dice.—¡Máquinas! ¡Máquinas! ¡Para que nosotros no hagamos falta!

El amo del campo, que le ha entendido, quiere darle una satisfacción.

—Todos los que ves—murmura—salen más baratos que una máquina.

La locomotora vuelve á silbar, y el campo se queda atrás, muy atrás, hasta perderse de vista.

*
**

Llega al fin el Progreso á una ciudad. Está espléndidamente alumbrada con luz eléctrica. El Progreso ve allí la pública exposición de

toda su obra. Lucen los escaparates cuanto de notable se ha inventado. El arte, la ciencia, la industria y el comercio, en sus más perfectas manifestaciones, se muestran por todas partes. Ve allí el viajero cómo el hombre, aprovechando sus enseñanzas, ha sabido darles mil diversas aplicaciones.

Pero en todas las calles ve hombres armados y vestidos de una manera especial.

—¿Qué misión cumplís vosotros?—les pregunta.

—Guardamos el orden y garantimos la propiedad. Si no estuviésemos aquí con nuestras armas, y no hubiese cerca cuarteles donde un numeroso ejército vela día y noche por la paz, los que nada tienen se arrojarían sobre todo lo que ves y de todo se apoderarían. Aun estando aquí les agujonea no pocas veces el hambre, el deseo ó la envidia, y cometen serios desafueros.

—Pero ¿no es todo de todos?

—No.

—¿Y tantos son los que nada tienen?

—La mayoría.

—¿De modo que mi obra no aprovecha sino á unos pocos?—exclama el Progreso con desesperación.

El guardia le deja para correr tras un desarrapado que huye de una fonda donde ha satisfecho su apetito sin tener con qué pagar el gasto.

Y el Progreso huye también en dirección contraria, y, convertido en ráfaga de viento, atraviesa de un golpe medio globo.

Cruza naciones, estepas, desiertos, mares.

Ve aquí el patíbulo, allí la horca, más allá dos ejércitos que se despedazan, vapores que se embisten, fuerzas por él encadenadas puestas al servicio de la destrucción y la muerte,

mercados de esclavos, tribus salvajes, pueblos oprimidos.

Avergonzado, torna á su inmenso laboratorio, y lleno de furor despedaza cuanto hay en él.

*
* *

La noche vuelve y el Progreso llora.

El vértigo del movimiento le enloquece, y se le antoja que el mundo se queda atrás, muy atrás, hasta perderse de vista.

Desesperado exclama:

—¡Ay, el camino más largo es el que conduce al corazón del hombre!

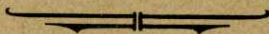
Protestamos una vez más contra este pensamiento.

El Progreso, solución racional á cuantos problemas se plantean, no es una entidad susceptible de sentir los pesimismos del ignorante.

Triunfante siempre, lo que parecen fracasos del progreso no son otra cosa que nuevos problemas que solicitan resolución con urgencia.

Si hay una clase privilegiada que monopoliza el patrimonio universal y usurpa la riqueza social, claro es que mientras eso suceda los desheredados no pueden aprovechar los beneficios del Progreso; pero ese mismo Progreso, iluminando las inteligencias, determinando las voluntades y robusteciendo la acción de los despojados romperá las vallas de la propiedad y dará á todos sin tasa lo que de todos es y nadie tiene derecho á disfrutar exclusivamente.

Nota editorial



¿Una Virtud?

Dí que eres el egoísmo disfrazado.

—

—Me devora la sed, mi camino ha sido largo, los rayos del sol queman. Dame de beber.

—Perdona, hermano. Nada puedo darte.

—Desde aquí veo, por la entrada de tu bodega, llenos los odres del rico zumo de la uva.

—Cierto es que están llenos los odres de mi bodega; pero faltaría á una virtud si los vaciase para cuantos como tú necesitan de lo que contienen.

*
**

—Me consume el hambre; mi camino ha sido largo. No podré pagar tu generosidad, pero dame de comer.

—Perdona, hermano. Nada puedo darte.

—Desde aquí veo, por la entrada de tu despensa, apilados los panes.

—Cierto es que mi despensa está llena; pero faltaría á una virtud si la vaciase para cuantos como tú necesitan de lo que contiene.

*
**

—La miseria me aniquila. Carezco de todo. Quiero vivir. Dame una parte de tus riquezas.

—Perdona, hermano. Nada puedo darte.

Desde aquí veo abierta tu arca y en ella montones de oro.

—Cierto es que mi arca está llena; pero faltaría á una virtud si la vaciase para cuantos como tú necesitan de lo que contiene.

—¿Quién eres que en todas partes te veo y, con duro corazón, todo me lo niegas?

—Soy la virtud del ahorro.

—Dí que eres el egoísmo disfrazado.



Nobles, Doctores y Aldeanos

Probaremos antes qué tal cavan los duques y los sabios la tierra y muelen los príncipes la harina de nuestro pan.

*
* *

Para celebrar la entrada de un nuevo siglo quiso el rey dar una gran fiesta. Mandó contratar músicos que tocasen escogidos bailables, adornar espléndidamente los salones de su palacio y preparar en un amplio comedor un opíparo festín compuesto de los más ricos manjares.

—Quiero—dijo á sus criados—que disfruten de la fiesta los más posible. Permitid, pues, la entrada en mi palacio no sólo á mis nobles, sino también á todos los doctores, sabios y demás hombres útiles de mi reino.

Vestidos con sus mejores prendas acudieron los hombres más ilustres de la nación, acompañados de sus esposas: príncipes, duques, marqueses y varones, licenciados en todas las ciencias, catedráticos de todas las facultades y altos empleados de todas las oficinas.

¡Deslumbrante fiesta! La luz de mil lámparas centelleaba en los brillantes y topacios que lucían en el peinado muchas hermosas mujeres, y arrancaba de sedas y brocados destellos de múltiples colores. Llenaban el aire delicadas armonías.

*
**

Un pastor, un labrador y un molinero pasaron cerca del palacio, y al oír la música decidieron tomar parte en la fiesta.

Iban con sus mejores trajes porque era domingo; pero, á pesar de ello, cuando estaban ya á las puertas del gran salón, detuviéronles los criados.

—No podemos dejaros pasar—les dijeron.

—Pues ¿quiénes son los que hay dentro?—preguntaron los aldeanos.

—Son nobles y hombres de ciencia y demás de reconocida utilidad en el reino.

—¿Quién nos ganará á útiles?—contestaron los tres compañeros.

—Pues no entraréis.

—Pues entraremos.

Y tal fué el alboroto que armaron, que el rey quiso enterarse personalmente de lo que ocurría; y, cuando fueron los aldeanos llevados á su presencia, les dijo:

—¿Cómo os atrevéis á querer tomar parte en esta fiesta con esos trajes?

—Señor, no tenemos otros. Pero ¿dejaríamos de ser lo que somos si nos vistiéramos de otra manera?—repuso el molinero, que era el más atrevido.

—¿Pretenderéis ser iguales á las gentes que tengo aquí reunidas?—gritó el rey.

—¿Por qué no?—replicó el labrador.

—Parecéis atrevidos. ¿No habrá entre tantos—exclamó el rey dirigiéndose á sus invitados—quien convenza á estos simples de que este no es su puesto?

Un príncipe se adelantó y dijo á los aldeanos.

—Somos nobles.

—Y ¿por qué lo sois?—preguntó el pastor.

—Porque nacimos tales. Nuestra nobleza es el premio otorgado por los reyes á los servicios ó las heroicidades de alguno de nuestros antepasados.

—Más servicios que nuestros abuelos no prestarían los vuestros—dijo el labrador.—Todos fueron labradores. Y, en cuanto á heroicidades, todos fueron soldados y á ninguno se fusiló por cobarde; vivieron muchos años, y todos trabajaron por lo menos más de medio siglo sin otro premio que el pan de cada día.

Disgustó al príncipe la respuesta del aldeano, y dejó su puesto á un ilustrado doctor, que comenzó diciendo:

—*Nosce te ipsum*. Conócete á ti mismo. Somos doctores.

—Y ¿por qué sois doctores?—dijo el pastor.

—*Labor improbus omnia vincit*. El esfuerzo del trabajo todo lo vence. Hemos estudiado mucho. Nuestros padres gastaron un capital en instruirnos.

—Señal de que lo tenían—replicó el molinero.—Los nuestros no pudieron enseñarnos ni á leer. Sois doctores por suerte, como nosotros aldeanos.

—*Non omnia possumus omnes*. No todos podemos todas las cosas. Hay una ley que se llama de división del trabajo.

—Que consiste en que yo siembre y tú te comas lo que salga. ¿Quién te ha pedido que seas doctor? Tú has podido escoger y nosotros no; hé aquí todo—contestó vivamente el molinero.

—*Stultorum numerus est infinitus*. El número de tontos es infinito—dijo amoscado el sabio.

—Pues es extraño—replicó el labrador—habiendo tantos notables como tú. ¿Para qué servís sino es para desentontecernos? Hacéis los

ignorantes y luego los rechazáis de vuestro lado porque lo son.

—*Tarde venientibus ossa*. Los que llegan tarde no encuentran más que los huesos—gritó el doctor volviendo la espalda á los aldeanos.

Y echaron á los tres compañeros del baile sin más razones.

*
**

—*Ora pro nobis*: yo no sé latín,—exclamó saliendo el molinero;—pero recuerdo que el cura ha dicho alguna vez, *memento quia pulvis es...* que viene á querer decir que somos polvo. Polvo son como nosotros los que de ahí nos han echado. Venguémonos. Cuida tú de que los pastores abandonen desde mañana el ganado,—dijo al pastor,—y tú de que los labradores de la comarca no labren más la tierra ni recojan desde mañana los frutos ni los cuiden; que de que los molineros no muelan me encargo yo.

No tenemos la boca delicada, y ya nos arreglaremos. No volveremos á trabajar que no nos den el mismo jornal que ellos ganan con el latín y la nobleza.

*
**

Y á los pocos días todo el ganado de la comarca moría de hambre, y los panaderos no tenían harina para hacer pan, y á la ciudad no iba ni una col.

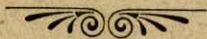
*
**

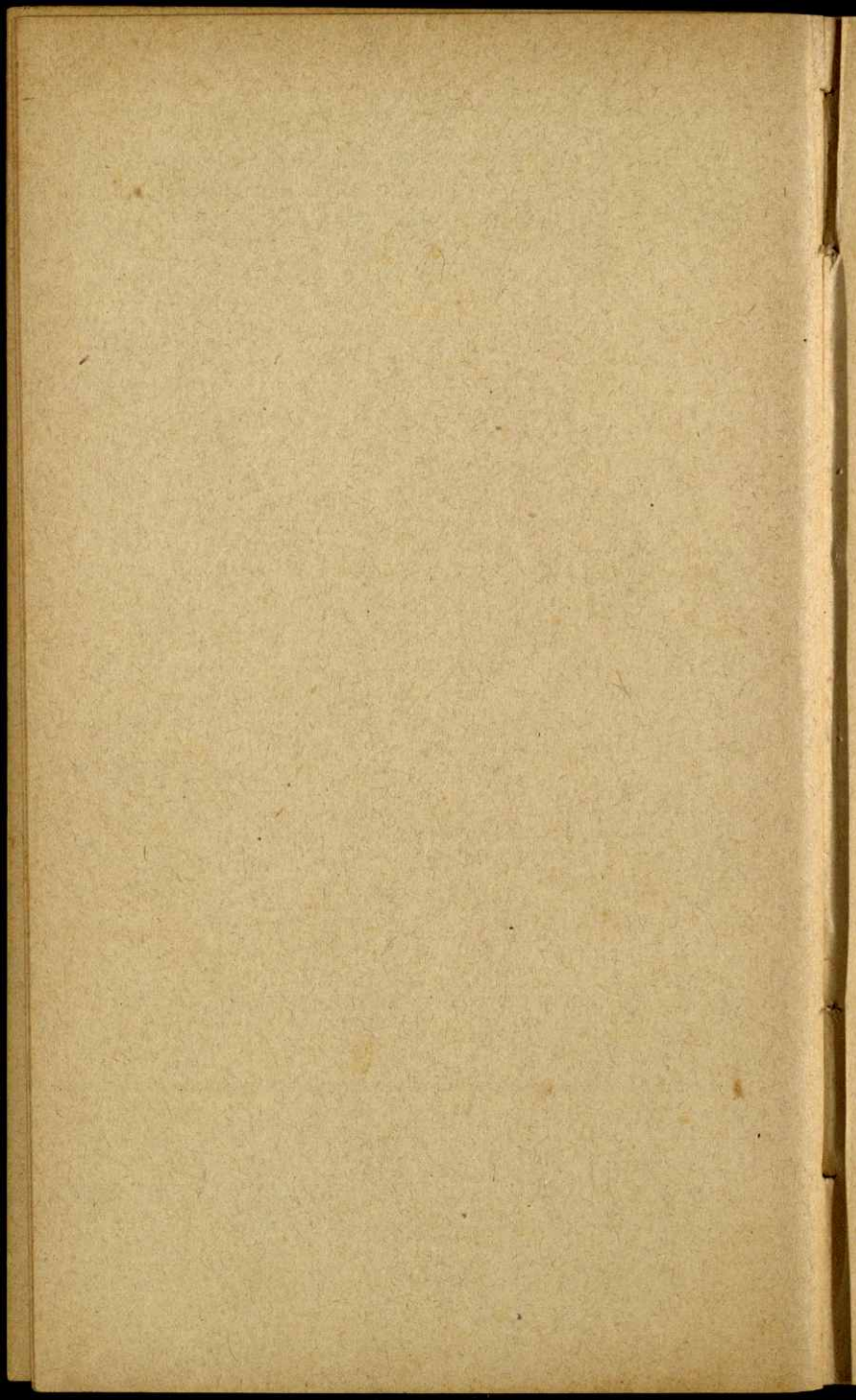
Sabida la causa, los nobles y doctores buscaron al pastor, al labrador y al molinero, y llorando les dijeron:

—Volved, volved al trabajo, que sin vosotros nos es la vida imposible, hombres útiles, hermanos queridos!

Y ellos contestaron:

—No trabajaremos sin probar antes qué tal cavan los duques y los sabios la tierra y muelen los príncipes la harina de nuestro pan.





Las Leyes

Mientras su bondad no las escriba en el corazón del hombre, en vano las escribirá la tiranía en los códigos.

*
**

—Ya veo, tirano, que soy culpable y he faltado á tu ley; pero ¿cómo podía cumplirla si la ignoraba?

Esto dijo el infeliz preso cuando le presentaron al rey.

Pero el rey, sin admitir su excusa, replicó:

—¿No sabes que mis leyes obligan aún á los que las ignoran desde que las publico en las hojas del órgano oficial de mi gobierno? El no conocer una ley no excusa que se la cumpla. Para los que no conocen mis órdenes, letrados tengo en todo el reino que no hacen otra cosa que estudiarlas é interpretarlas.

—Y ¿cómo acudiré á tus letrados antes de ejecutar cada acto de mi vida? ¿Deberé partir con ellos el producto de mi trabajo? ¿Deberé abandonar á todas horas mis faenas para pedirles opinión?

—Lee las leyes por tí mismo.

—Has consentido que viva en la mayor ignorancia y no sé leer: ¿cómo podré leer tus leyes?

—Cumple, desgraciado, la pena que te impongan mis jueces por tu falta. Si aceptase tu excusa debería aceptar la de todos. A cada

paso se falta á las leyes. He de darlas incesantemente nuevas para que se cumplan las anteriores. No parece sino que halla el hombre placer en contravenirlas y que, aún ignorándolas, presiente el mejor modo de burlarlas. Hasta del castigo que impongo por no haberlas cumplido, procuran los hombres eximirse. Sirva tu dolor de ejemplo á todos los que, ignorándolas ó no, las conculquen.

—Cumpliré, tirano, la pena que me impongan tus jueces si no puedo librarme de ella; pues sabe ¡oh rey! que, mientras su bondad no las escriba en el corazón de los hombres, en vano las escribirá la tiranía en los códigos.



El Gallo

Para aprovechar tan mal la inteligencia casi no tenerla es preferible.

*
**

Asoma el sol apenas por detrás de la cresta de la montaña, y el gallo despierta en su corral; pero no sube, como otros días á la más elevada prominencia, como otros no se yergue orgulloso, como otros no lanza al viento las estridentes notas de su saludo al día.

Un águila pasa volandô. Gallo amigo,—le pregunta—¿qué tienes que no cantas? ¿qué tienes que no avisas, como de costumbre, al hombre, que el sol va á dorar los campos y la azada le espera?

—¡Ay!—contesta el gallo.—No quiero que despierte: le tengo envidia y quiero vengarme

—¡Envidia al hombre!—dice el águila.—¿Quieres serlo? Tengo poder sobrado para convertirte en el más apuesto varón.

—Sí, quiero ser hombre,—responde el gallo.

—Lo serás, pero antes has de decirme el por qué de ese deseo.

—Es más feliz que yo.

El águila, que se había colocado junto al gallo, puso al gallo sobre su lomo y alzó el vuelo.

Por la rendija del roto vidrio de una guardilla le mostró un hombre. El hombre trabajaba medio desnudo, tiritando de frío.

—¿Qué hace ese hombre?—preguntó el gallo.

—Trabaja para sí y los suyos. Tú ya te has despertado: él no ha dormido todavía. Trabaja para procurarse mañana la comida que á ti te darán sin que la pidas; para abrigar sus desnudas carnes, que se cuida en ti de cubrir la naturaleza, más generosa que con él, con esas plumas que luces; trabaja para que le dejen seguir viviendo en ese cuchitril menos holgado que tu corral.

—Sí; pero el hombre es más libre que yo.

El águila le llevó á la torre de un presidio, y le enseñó desde allí los calabozos en que multitud de hombres cargados de cadenas maldecían su destino.

—Por qué están ahí esos hombres?—preguntó el gallo.

—Unos porque han reñido con otros hombres, como tú riñes con otros gallos, otros porque se han apoderado de lo ajeno, como tú te apoderas de cuanto te apetece y hallas á tu alcance.

—Sí,—repuso el gallo—pero de todos modos el hombre es envidiable por su inteligencia.

El águila le llevó á una casa de juego, á una casa de banca, á un comercio y á un ministerio. Los jugadores miraban lívidos la carta que salía; el banquero, el comerciante y el ministro velaban haciendo ansiosamente apuntes y planes.

—¿Qué hacen todos esos hombres?

—Aprovechar su inteligencia para arruinarse mutuamente, para hacer quebrar al vecino y para apoderarse de la fortuna y de la libertad de otros pueblos.

—Sí,—repuso el gallo—pero de todos modos el hombre no está, como yo, condenado á que le maten violentamente.

El águila llevó al gallo á presenciar todas

las muertes que producen mil arriesgados trabajos, y luego le enseñó ejecuciones de muerte por todos los procedimientos: el fusilamiento, el garrote, la horca, la guillotina, el hacha, el alfanje, la espada, la electricidad; le llevó, en fin, á un campo de batalla, donde dos ejércitos se destrozaban despiadadamente.

El gallo le suplicó que le apartase pronto de espectáculos tan horrendos.

—¿Aun quieres ser hombre?—preguntó el águila.

—Sí,—dijo el gallo. Aún le queda al hombre una ventaja sobre mí: la gloria.

El águila le llevó á ver las ruinas de los grandes imperios y de las grandes civilizaciones indias y egipcias.

—Del naufragio—le dijo—de esas civilizaciones, apenas si queda el nombre borroso de algunos reyes. De otras de que separan al hombre de hoy menos número de siglos, sólo unos cuantos nombres. El número de los genios olvidados es infinito; el de los que se olvidarán aún, incalculable.

—Pero aún te queda algo por ver,—añadió el águila.—Mira.—Y le enseñó todos los suicidas que en aquel instante se arrancaban la existencia.

—¡Tontos!—murmuró el gallo.—¿Tanto les pesa vivir?

—Ve si les será agradable. ¿Quieres que te cuente sus tormentos?

—No. Sería muy largo. Dime sólo por qué aquel joven tan hermoso apura el veneno que tiene en un vaso en la mano.

—Es un enamorado: amaba y le amaban; pero tantos son los obstáculos que la ley y los parientes ponen á las uniones de los hombres, que se dió tiempo para que ella muriese de tristeza, y él no quiere sobrevivirla.

El gallo quedó pensativo.

El águila se paró á descansar en una loma y dijo al gallo:

—Bien: ¿te has decidido? ¿te convierto en hombre? ¿dónde te llevo?

—Al corral, —contestó filosóficamente el gallo.

*
* *

Al siguiente día, cuando el sol asomaba apenas por detrás de la cresta de la montaña, despertó el gallo en su corral, subió á la más elevada prominencia, se sacudió las plumas, se irguió orgulloso, y lanzó al viento las estridentes notas de su saludo al día, pensando al mismo tiempo:

—Para aprovechar tan mal la inteligencia, casi no tenerla es preferible.

Olvidó aquella águila cicerone mostrar al gallo los precursores que, desligados moralmente de los errores é intereses del pasado y del presente, preparan la sociedad futura dando aplicación racional y justa á la manera de ser de la naturaleza humana.

Si el gallo tenía buen concepto de lo que ha de ser el hombre, y su guía le enseña el antropopiteca todavía sometido á la animalidad primitiva, no es extraño que prefiriera su corral y despreciara una inteligencia todavía en estado embrionario.

Nota editorial



La Balada del Siglo

EL SIGLO.—Un nuevo período de cien años acaba de pasar. Convencionales y todo, por períodos de centenares de años se cuenta la Historia. Muy pocos de los que me veis nacer me veréis morir.

Salúdame, hombre.

EL HOMBRE.—¡Oh nuevo siglo, yo te saludo!

Por períodos de cien años se cuenta en verdad la Historia. Yo, que te he visto nacer, no espero verte morir. No sin cierto recogimiento he oído sonar la hora que señalaba el último instante del siglo que fué. Yo te saludo. Pero oye cómo conmigo te saludan con sus lenguas de hierro las campanas que mueve la superstición; oye como dicen:

—¡Oh tiempo! ¡Aún eres mío, aún eres mío!

*
**

EL SIGLO.—No soy yo quien va despacio, sino tú, que necesitas cientos y cientos de años para todo. Compárate, sin embargo, con los hombres de otros siglos. En el seno de mis hermanos has ido transformándote poco á poco hasta llegar á mí.

EL HOMBRE.—Cierto es. Pero oye cómo te saluda el cañón que el rencor de los hombres enciende; oye cómo dice:

—¡Oh tiempo! ¡Aún eres mío, aún eres mío!

*
**

EL SIGLO.—Soy el tiempo, y el tiempo es evolución, y la evolución perfeccionamiento progreso.

EL HOMBRE.—Cierto es. Pero no me culpes si no corro como tú y pongo á tu paso el mío: me lo impiden los que te saludan á campanadas y á cañonazos. Oye desde aquí como ahogan los gritos de los oprimidos y los ayes de los humildes olvidados el cañón y la campana, que te dicen:

—¡Oh tiempo! ¡Aún eres mío, aún eres mío!



Los doce

—Hijo, ¿traes algo?

—Nada, madre. He recorrido inútilmente durante la mañana la ciudad. Los comerciantes tienen mancebos de sobra, á las puertas de las fábricas se aglomeran miles de jornaleros como yo sin trabajo, la vega está cubierta de nieve y los colonos lloran por perdidos sus frutos. He suplicado y nadie me ha atendido, he pedido limosna y no me ha socorrido nadie.

—Bien, no te apures, hijo mío; moriré resignada.

—No, no madre. Aún queda un remedio. Hay una plaza en la ciudad que no tiene ningún pretendiente y proporciona buen salario. Repugnaba pedirla; pero la pediré, y la muerte de muchos me asegurará tu vida y tu cariño.

—¿Qué plaza es esa?

—La de verdugo.

—No, hijo mío, no. No te dí ojos para que mirases con odio; no te dí manos para que las manchases de sangre. Una y mil veces no. Ya me siento bien; ya no estoy enferma; ya no tengo ni hambre ni sed. ¡Abrázame, hijo mío! ¡Abrázame, y jura que no serás verdugo!

*
**

—¡Madre, madre! Han concluído nuestras penas. Ya soy soldado. Cuanto me entreguen será para ti. El cuartel está cerca, y cuando

menos podré partir contigo mi rancho. Luego, ascenderé, tendré sueldo, seré oficial, y verás brillar en mi manga, como tres soles, tres estrellas relucientes.

—¡Pobre hijo!

*
* *

—¿De dónde vienes, hijo? Estás pálido. ¿Qué es eso? ¡Manchas de sangre!

—Sí. La ley se ha cumplido. Aquel sargento que me acompañaba tantas veces, mató por celos al coronel de su batallón. El consejo de guerra le condenó á muerte. Hoy le hemos fusilado.

—¿Tú también?

—También. La suerte, mi mala suerte me designó con otros once para dar cumplimiento á la sentencia.

—¿No podías negarte?

—La ordenanza es dura.

—Y flaco el corazón

—¿Me riñes?... ¿Por qué no respondes? Estás pálida, estás fría, estás muerta. Venciste la miseria y venciste el hambre. El dolor te ha vencido.



Interview con un bandido

Perdíme yendo de caza en un monte. Anocheció, y cuando, fatigado, me resignaba á esperar que el nuevo día me mostrase con su luz camino que me devolviera al pueblo, adiviné, más que ví, entre los brazales algo con apariencias de vivienda humana. Con la imprevisión natural en el caso, me dirigí á la, más que puerta, boca de la casucha, cabaña ó cueva, que no se qué nombre darle, entre los brezales vista ó adivinada.

Denunciaba allí la existencia de personas un tablón colocado perpendicularmente, como para resguardar la entrada, y un botijo puesto al fresco entre unas piedras.

Dí con el puño algunos golpes con el tablón y una voz me preguntó ásperamente en seguida quién era. Repuse que un cazador perdido que buscaba en vano la dirección del pueblo. Contestóme la voz áspera que tomase la dirección que quisiese, pues por todas, andando más ó menos, hallaría lo que buscaba.

Renegando de la poca amabilidad de mi áspero interlocutor me disponía á seguir su poco galante consejo, cuando, al mismo tiempo que un hombre ladeaba el tablón, sentí otra voz que sonó más dulcemente en mi oído.

—A nadie debe negarse hospitalidad,—dijo aquella voz como regañando al primero que había hablado.—Pase usted, caballero.

Ganas tenía de sentarme. Acepté sin más

preámbulos la invitación, y pasé. Encendieron los hombres aquellos una vela y halléme frente á dos sujetos medio desnudos—hacia bastante calor—y en una habitación no tan mala como el exterior hacía presumir.

Dejé mi escopeta arrimada á la pared y sentéme en una silla, pues había en la habitación cinco ó seis. Hice los cumplidos de ordenanza, pinté mi situación apurada y terminé, prometiendo pagar el gasto que hiciese. El más agradable de los dos hombres, que podría tener hasta 36 ó 40 años, respondió discretamente á mis cumplidos, y después de lamentar no poder ofrecerme grandes comodidades, me anticipó que nada tenía que pagarle, y que al amanecer ó más tarde, si no quería madrugar, me acompañaría hasta la salida del bosque.

Dió luego orden al otro de que preparase la cena, y así lo hizo. Vi aparecer sucesivamente en la mesa, á que á los dos acercamos nuestras sillas, una ensalada de lechuga con tomate y aceitunas aliñadas, cebolla y pimiento; una fuente de lonchas de jamón crudo y un cacerolillo de metal en que había enterrados, en buena manteca, algunas docenas de excelentes chorizos. Diéronme pan no muy blando y fresco vino del de Arganda.

El que lo había sacado todo, sentóse y tomó puesto en la mesa; luego fueron llegando nuevos huéspedes, y á mitad de la cena éramos seis los comensales.

Noté que los que iban entrando me miraban con gran curiosidad.

Hízome el más amable de todos muchas preguntas á las que contesté sin recelo al principio; pero pareciéndome luego observar que mi interlocutor no contestaba á las mías con sinceridad igual, caí, ya más reposado y dueño

de mí con la cena y el descanso, en que no era muy natural la presencia de aquellos hombres en tan escondido y abrupto lugar, y confieso que sentí miedo.

Debió el que me había brindado tan generosa hospitalidad darse cuenta del estado de mi espíritu, pues dando una chupada del cigarro puro que le había tocado en el reparto que, acabada la cena, hice entre mis casuales compañeros de aquella noche, me dijo adoptando una actitud grave y casi como si de pronto se hubiese decidido á confiarme un secreto:

—Caballero, no se asuste usted de lo que voy á decirle; está usted entre los Juanillones. No tema usted, sin embargo, al encontrarse entre bandidos, correr peligro alguno. Nos hacemos cargo de su situación y esperamos que usted se lo hará de la nuestra. ¡Cuántas veces,—añadió con amargura,—habrá usted corrido sin presumirlo mayor peligro entre personas que suponía decentes!

Abrí con exceso ojos y boca; pero haciéndome rápidamente la reflexión de que no me quedaba otro recurso que hacerme lo más grato posible á mis huéspedes, procuré serenarme, y adoptando el tono más natural del mundo, respondí:

—No he de negar á ustedes que me contrista que la casualidad me haya puesto tan cerca de gente á quien considero tan desventurada. Nada temo, pues no debo temer de quien tan amablemente me ha acogido; que el mal inútil no es grato á nadie, y no hay quien pudiendo hacer desde luego daño, se complazca en comenzar siendo generoso para hacer su crueldad mayor. Nada teman ustedes tampoco de mí. La hospitalidad que les debo sellará mis labios y á nadie comunicaré jamás

ni el lugar aproximado de esta aventura. Y permítanme ustedes ahora, que de puro curioso les haga algunas preguntas. Jamás me he explicado cómo es posible que haya gentes que adopten el género de vida por ustedes adoptado: vivir en perpetua zozobra, siempre perseguidos. El ladrón vulgar vive al cabo en las ciudades, goza de sus ventajas, escapa más fácilmente á la vigilancia de la justicia y puede en cualquier momento variar de sistema de vida. Ustedes viven como fieras acorraladas, y nunca pueden considerar segura la existencia.

—Tiene usted razón; somos muy desgraciados,—dijo el único que siempre hablaba, seguramente el más instruído de todos, y, por tanto su jefe. Pero usted exagera. Somos rebeldes ideales. Reyes sin corona, ejercemos nuestro poder sin *Gaceta* desde donde dar nuestros decretos y sin más fuerza que la nuestra, escasísima para hacernos respetar. ¿Qué es un rey, qué es un tirano? Un hombre que vive también fuera de la ley, con esta sola diferencia: que por estar reconocido el ponerse fuera de la ley, se coloca sobre ella, mientras que nosotros estamos sólo fuera de la ley pero sin dominarla del todo, y por tanto expuestos á que algún día se nos aplique. Antes de ser lo que somos, trabajábamos. El patrono nos arrebatava la mayor parte del producto de nuestro trabajo. Producíamos por diez y cobrábamos por uno. Nuestro trabajo le permitía arrastrar coche, lucir alhajas, habitar palacios; á nosotros sólo comer mal y vivir peor. Pero ¡ay! no era sólo el patrono; venía luego el fisco, que nos abrumaba á fuerza de contribuciones; que pesaban sobre nosotros todas. Había el tendero que las pagaba, pero en realidad salían de nuestro bolsillo. Nuestro ali-

mento, nuestro vestido, valía por dos; pero el propietario repartía la contribución que pagaba entre sus inquilinos, y el comerciante aumentaba el valor de los géneros por una cantidad igual á la del precio total de su inquilinato. No se detenía aquí: aumentaba además sus géneros repartiendo en su valor los derechos de aduanas, la contribución industrial, el impuesto de consumos y los beneficios que se proponía obtener; y como ya el almacenista había hecho otro tanto, y el fabricante lo mismo, venía á resultar que nosotros éramos los que lo pagábamos todo. Lo pagábamos todo para vestir peor que nadie, para comer peor que nadie, para vivir peor que nadie. Perseguidos, no lo estábamos menos que nadie.

Sobre que la misma amenaza que hoy pesaba sobre nosotros, la condición era aún más dura. De que fuéramos holgazanes, de que estuviéramos enfermos, de que fuésemos orgullosos, de que nos gustara el vino, de que nos entregáramos al más insignificante de los vicios, pendía nuestra existencia.

El deshonor no era ya un castigo, sino nuestro medio ordinario de vida. Las fórmulas sociales no eran entonces menos corteses que ahora para nosotros. Por levantarse tarde, por estar de mal humor y contestar mal al amo, por hombrearse simplemente con él, se nos dejaba sin trabajo, se nos condenaba á la más terrible de las penas, á la de muerte por hambre. Y esto era aún poco.

Las leyes penales no regían como hoy sino para nosotros. Una simple infracción municipal, perdonada á todos, no se nos perdonaba, y aún se agravaba su pena legal con un ilegal mal trato. Por no dar el voto en época electoral á un candidato amigo del amo se nos dejó

sin jornal muchas veces, por pedir trabajo, por declararnos en huelga, por manifestarnos colectivamente, se nos apaleaba siempre, cuando no se nos encarcelaba ó disparaba contra nosotros la guardia civil.

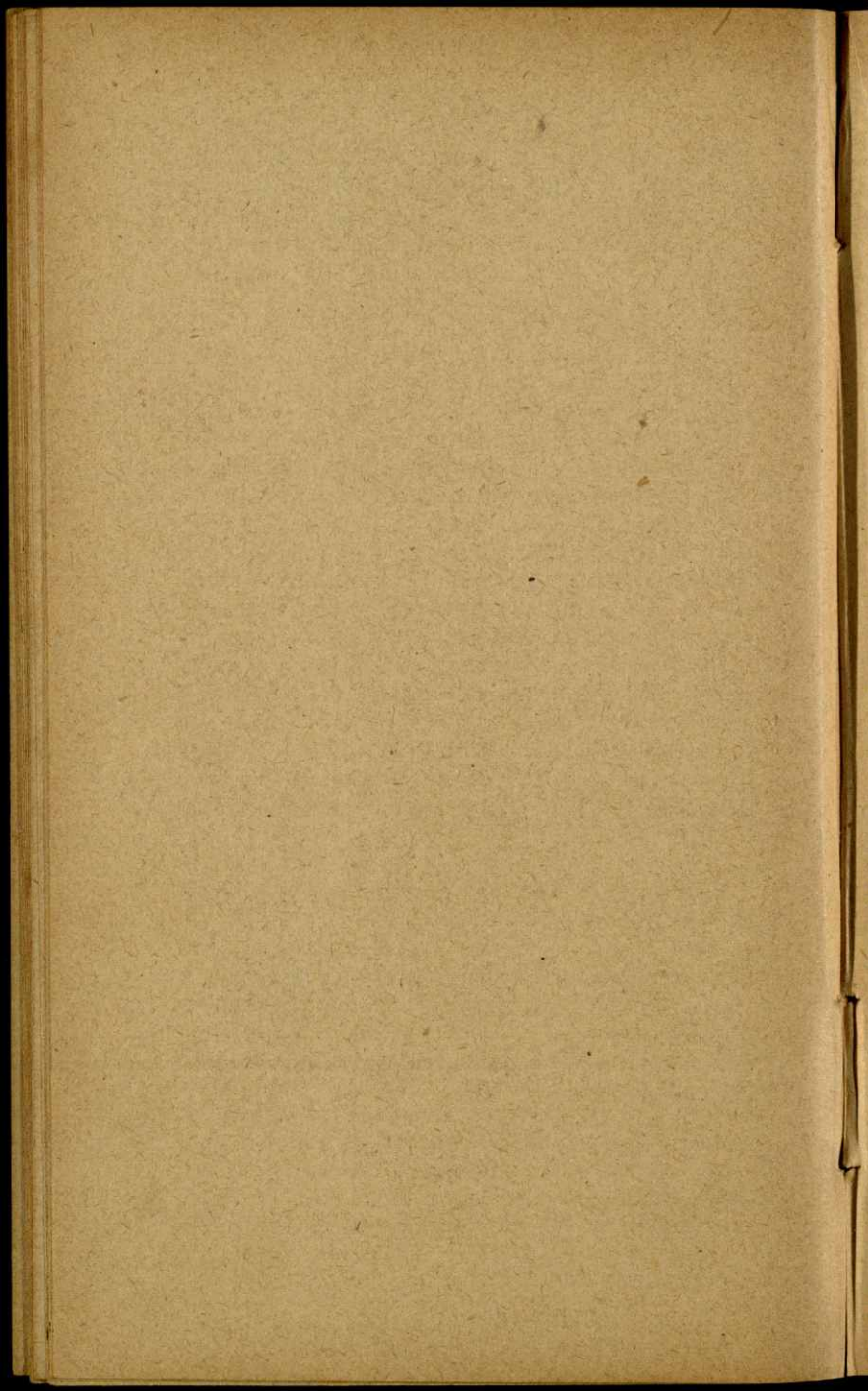
¿Estábamos más dentro de la ley que ahora? Tan fuera de ella entonces como hoy, arrastrábamos una vida de servidumbre que ninguna satisfacción compensaba. De padres á hijos heredábamos la degeneración y el envilecimiento.

Alzamos un día la vista y observamos que arriba ocurría todo lo contrario. El supremo poder sostenido sobre nosotros, inocentes borregos, era irresponsable, podía encarcelar, herir y matar; nada había sagrado para él, ni la vida, ni la hacienda. Impune por su inviolabilidad, no se le exigía para el ejercicio de tan arbitrario poder ni la garantía de una instrucción esmerada, ni de una instrucción sólida.

El poder inviolable é irresponsable podía residir en cualquiera, fueren las que fueren su edad, su desarrollo, su inteligencia.

Nos declaramos monarcas, y en prueba de que no somos soberbios, establecimos nuestro reinado sobre media docena de carreteras y nuestra capital en este enmarañado monte.

Acaso no hubiéramos llegado ni tan lejos, si no se nos hubiese mirado desde el primer momento más como rivales que como extraviados; pero apenas cometimos la primera calaverada, se nos declaró la guerra con todos sus honores, no se pidió menos que nuestra cabeza y se puso para alcanzarla numerosas fuerzas en movimiento. ¿Qué diferencia hay entre nosotros y los dos bandos que se disputan en guerra civil una corona? El cobro de las contribuciones, impuestas arbitrariamente según las necesidades del que las pide, se cobran con



Los Miserables

Por todas partes el espectáculo de la miseria. ¿A qué capital, á qué ciudad, á qué villorrio iremos donde el fantasma no nos persiga? En todas partes caras escuálidas, ojos hundidos, destrozada indumentaria.

En casa llama á la puerta el pedigüeño contando lástimas; en la calle pordiosean pobres, se arrastran mustios y silenciosos los miserables resignados; venden periódicos mujeres ancianas y niños minúsculos; duermen arrimados á las puertas, en montón siempre repugnante, seres infelices. El lacerado enseña sus llagas, el tullido sus paralizados y macilentos miembros, el ciego lleva un cartel en el pecho para que nos fijemos en sus ojos vacíos. En el café nos cosquillea las piernas el menudo colillero que rastrea los bancos, colgada como lúgubre cascabel la mugrienta cajilla de lata en que guarda las puntas de cigarro.

¡Quiero divertirme, quiero gozar, quiero reir, apartar los ojos de la miseria que me rodea! ¿Dónde iré? ¿A los toros? Una treintena de hombres se juegan allí la vida. Defienden su pan. ¡Infelices! Vámonos de aquí. ¡Esta es aún la miseria disfrazada! ¿Circo? Sí, vámonos al circo. Desarrugarán mi ceño los grotescos clowns con sus ridiculeces. Ahí veo uno la cara pintarrajeada, enpolvado el pelo. ¿Y la dignidad humana? Se ha vendido por un pedazo de pan. Pero empiezan ya los trabajos

de equilibrio y de fuerza. Un acróbata se encarama gallardamente al más alto de los trapecios, da mil vueltas sobre sí mismo y salta á las manos de otro compañero que en otro distante trapecio le aguarda y le recoge con serenidad. En tanto en la pista, mientras salta una mujer sobre un caballo en libertad, un hércules juega á la pelota con tres mozalbetes, otro con todos los miembros dislocados se pasea como una lagartija por entre los palos de dos escaleras. ¡Qué prodigios de fuerza, de dislocación, de habilidad, de paciencia! Una equivocación levísima en medir el tiempo y las distancias, y se estrellan los acróbatas, la mujer del caballo, el hércules, los mozalbetes, el hombre dislocado...

Esto es todavía la miseria. Huyamos de aquí. Otro espectáculo será más digno. ¡Un drama! He aquí otra cosa. ¿Pero qué veo? ¿No es aquel racionista el amigo Ruipérez? Sí, es él. Estudiaba conmigo. Es un vencido. Está, sin vocación por el arte, dispuesto á reír ó á llorar, según se lo manden, por dos pesetas. Corro á verle. ¡Ah! No puedo pasar, la gente se aglomera en un pasillo. Quizá sea mejor; si desde fuera del escenario me enseña su cara la miseria, ¿qué no veré dentro? Pero ¿qué ha ocasionado el tumulto? Las mujeres gritan, alzan los hombres los bastones, suena el ruido de mil golpes sobre un cuerpo humano. ¿Qué es? Nada, un carterista sorprendido infraganti. ¿El vicio? No, la miseria, siempre la miseria.

A casa. El sueño devolverá á mi espíritu su equilibrio. Vamos, aquí está ya el periódico de la noche. ¿Quién no lo lee para esperar mejor á que el sueño cierre sus ojos? «Crimen», «Robo», «Suicidio».

La miseria parece que se ríe de mí sentada

al borde de mi cama. ¡Miseria física, miseria moral, todo miseria!

Tiro el periódico, apago de un soplo la luz, y me cubro la cabeza con las sábanas. El espectro me persigue; cuando me rinde el cansancio y siento llegar el sueño, medito vagamente.

No he visto durante la jornada más que miserables. ¿Es todo en ellos vicio? ¿Odia el trabajo el pobre que con llagas reales ó pintadas permanece diez ó doce horas á la intemperie en incómoda postura, el que ha descoyuntado sus miembros, el que ha ejercitado sus fuerzas hasta jugar con quintales de peso, bailar sobre un potro desbocado, hacer inverosímiles equilibrios en un trapecio, ó rodar como una pelota sobre la baranda de la pista, el que se arroja con temeridad sobre los pitones de un toro, el que ejercita su destreza en apoderarse de lo ajeno, exponiendo vida y libertad, el que se independiza de la sociedad en que vive é impone y cobra sus contribuciones en los caminos desafiando las inclemencias del cielo y los ataques de la guardia civil?

Todo eso es movimiento, todo eso es actividad, todo eso es energía, fluído social desviado, malgastado y perdido.

Se necesita ser ciego para no descubrir que una sociedad en que todas esas cosas suceden es una sociedad mal constituída, es una sociedad viciosa, en que todo eso pasa porque puede pasar. El saltimbanquis, el que pasea sin esconder la cara su levita cosida de anuncios, el que mata toros, el que finge llagas, el que roba, el que en esferas más altas ejecuta actos que él mismo reputa ilícitos, no hacen todo eso impulsados por el medio.

En la confusión de mi vago meditar, mezclo cosas que parecen diversas; pero es que en el

fondo de todas veo la misma sombra, un móvil idéntico, matar al enemigo, matar la miseria.

Llenan las cárceles miles de delincuentes contra la propiedad, y no veo entre ellos un solo acaudalado. De ello deduzco que los delincuentes no lo son *per se*, sino *per accidens*. Móvil: ¿la ambición? Por cada delincuente que pueda ser calificado de ambicioso, veo mil que han robado insignificancias. ¡Qué pocos pueden pagarse todos los días de sus rentas el almuerzo! La ambición, además, no es un delito, es una enfermedad. Si Rothschild me robase el reloj, no le metería en la cárcel, le llevaría á la clínica.

Engendra el delito la mayor parte de las veces la incompatibilidad de la felicidad ajena con la propia, incompatibilidad nacida de un vicio de organización social que la hace en tantos casos posible.

He leído en el periódico suicidios. Los suicidas son en su noventa por ciento gentes que renuncian á una lucha para que no se sienten fuertes. En la mayoría de los casos, pobres de espíritu que no hallan para salvarse caminos fáciles y no se sienten con ánimo para entrar en los tortuosos.

En cuanto á la virtud del trabajo, ¿con qué derecho se llamará al trabajo útil á los miserables, cuando hay sin trabajar tantos acaudalados inútiles?

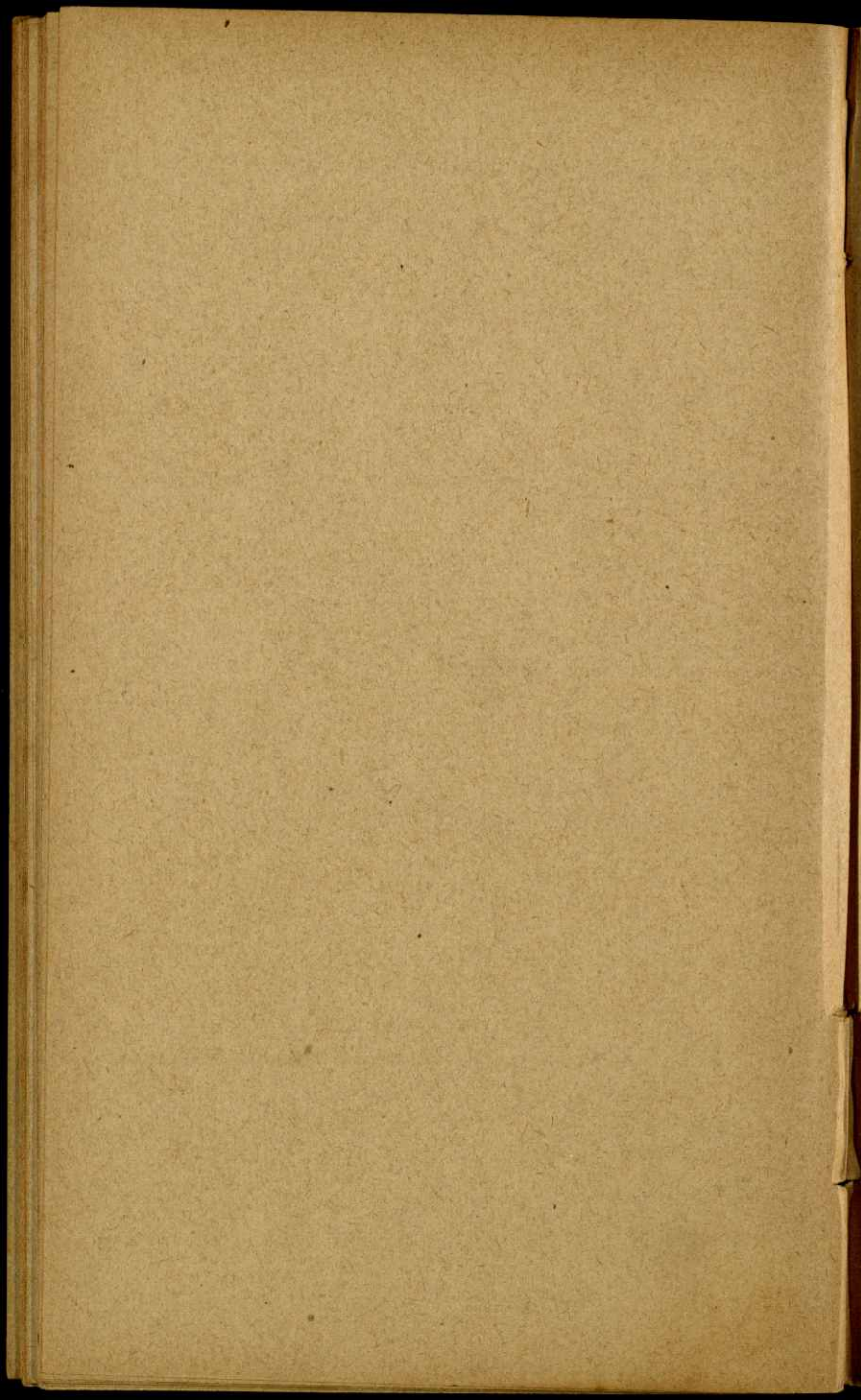
Y entre sueños ya, desfilan por mi mente otras ideas. Garantías del derecho de la vida... instrucción... cauces por donde el río de la riqueza reparta mejor sus beneficios y apague la sed de millares de hombres... el trabajo como único productor... el capital acumulado reducido á la impotencia del agua estancada, ó bebérsela ó dejar que se descomponga y se

evapore... la dignidad fortalecida... el hombre
dueño de sí mismo...

¿Y habrá quien no vea aquello y no sueñe
en todo eso?

¡Malvado!





Hambre

Todos, ó casi todos los periódicos publican la noticia.

Dice así:

«El gobernador civil ha recibido un oficio de la delegación ... comunicándole que este centro de vigilancia ha intervenido en un suceso lastimoso.

Trátase de una familia habitante en la calle de ..., número ..., que, presa de la más espantosa miseria y sintiendo ya los terribles efectos del hambre, fué hallada á punto de perecer cuando el delegado, avisado por un vecino, se presentó en la mencionada casa.

En el cuarto, totalmente desprovisto de muebles, hallábanse echados por el suelo Vicente ..., de cuarenta años, albañil sin trabajo; su mujer Dolores y dos niños de nueve y once años.

Todos los individuos de esta desgraciada familia encontrábanse medio desnudos.

En los primeros momentos fueron socorridos con caldo, pan y leche, que los niños devolvieron dolorosamente, por no encontrarse en condiciones de digerir. Tal era el estrago que el hambre había causado en las pobres criaturas.

El gobernador se propone socorrer á la desgraciada familia, compuesta, según nuestros informes, de honradísimas personas.»

Aparto los ojos del suelto y miro instintivamente al calendario.

1900.—4.—Miércoles.—Febrero.

1900.—Siglo XX de cristianismo.

¡Siglo XXI!... ¡Cuántos progresos en el andar de centenares de años!

La imprenta ha perpetuado el pensamiento; el vapor ha cercado todos los pueblos; el telégrafo y el teléfono transmiten la palabra á través de inmensos espacios.

La medicina hace maravillas, la cirugía realiza prodigios.

¿Hombres, para qué tantos esfuerzos, para qué los desvelos y las luchas que todo eso representa, sino para garantizar la vida?

¡Vivir, vivir! Esa es la finalidad de todo.

Si no es el progreso fuente de vida, no es nada.

Guarda la imprenta el secreto de lo que fué, para que aprendamos en ello á huir de lo que en otros tiempos hizo la vida amarga ó la secó en flor.

Acerca el vapor los pueblos para que se acerquen con ellos los medios de vida, y la abundancia de los unos compense la escasez de los otros.

Transmite el telégrafo y el teléfono el pensamiento para avisarse más rápidamente las necesidades, y más rápidamente procurarse los remedios.

La medicina, la cirugía, la ciencia toda, ¿qué son sino el perpetuo requerimiento á la vida, la repulsa constante de la muerte?

Pero aún, ¡ay!, el pan no llega á todos; pero aún, ¡ay!, mientras el agiotista suspende la circulación del grano, procurando la carestía de lo que en realidad sobra, mueren de hambre familias enteras; pero aún, ¡ay!, corren desigualmente las aguas de riqueza,

que encharcan el palacio y dejan seca la cabaña.

¿Cómo es posible que os tengáis por dignos hijos de vuestro siglo, cuando no maldecís la desigualdad que subsiste, á pesar de los esfuerzos realizados por la humanidad para destruirla?

El hecho de que puedan aún morir en las ciudades, en medio de la vida, familias hambrientas, ¿no significa que se os ha olvidado lo principal?

La persistencia de mal tan grave ha de bastar á la historia del porvenir, para confundir vuestro siglo entre los siglos bárbaros.

Hay un tema de discusión que está antes que todos, y es el tema del hambre.

Parlamentarios, académicos, ateneístas, cuantos decís preocuparos del progreso humano, ahí tenéis la primera preocupación, ahí tenéis la primera labor, ahí tenéis la obra más urgente: hacer imposible el hambre.

Un trabajador honrado, una mujer honesta, unos niños inocentes, pueden morir de hambre en nuestra sociedad tan bien organizada, con instituciones fastuosas, con ejércitos que luchan y ejércitos que rezan, con administración complicada, con tribunales que velan por la justicia.

No me digáis que la familia no ha muerto, que ha sido socorrida. Basta que haya sentido hambre, basta que deba á la limosna la vida á que le dió la naturaleza indiscutible derecho.

Habéis formado la sociedad reduciendo al hombre á la impotencia. Un salvaje no muere de hambre, porque tiene el derecho de apropiación y todo es suyo.

En buena hora que hayáis despojado al hombre del imperio omnímodo de su voluntad y de su fuerza. Pero si no habéis hecho eso en

beneficio de todos los despojados y en nombre de la equidad, ¿con qué derecho pedís sumisión?

Ese padre que se deja morir y deja morir á los suyos sin protesta, es un envenenado por vuestros principios, es un amedrentado por vuestras amenazas.

Si no lo fuera, le habríais encerrado ya en vuestros presidios, porque os hubiera parecido un insulto su insubordinación á vuestras ineficaces leyes.

Yo tenía una libertad, os puede decir el hombre hambriento, era mío en otras edades cuanto alcanzaba mi brazo y aseguraba mi fuerza. Se ha formado la gran sociedad de la civilización y del derecho, y he renunciado á mis bosques con todos sus peligros, pero también con toda su caza y todos sus frutos; he renunciado á mi vida sin leyes y he tirado mi maza de piedra, mi espada de granito, mi honda, mi arco y mi flecha, y mi pica de hierro, y hasta las propias armas del moderno arte. Vivo desarmado. He renunciado á mi poder. He dado á la inactividad de esa civilización mis energías físicas y quizá hasta mis virtudes morales; pero lo he dado, lo he cedido todo, me he entregado su prisionero á cambio de algo, á cambio de mayor bienestar, á cambio de mayor seguridad de mi vida y la de los míos.

Donde se enmarañaba el bosque, se levantan hileras de palacios. No son míos. Las fieras no me acometen; pero el hambre llama á mis puertas y no puedo defenderme de ella, porque me lo habéis prohibido. Todas las ventajas de vuestra civilización son para unos pocos, que á título de dirigirme sólo me explotan. Rompo el trato, devolvedme la libertad que me habéis arrebatado, volvedme al bosque de que me sacasteis.

Vuestra civilización no me permite esperar al porvenir. Es tan desigual, que me hace tornar con envidia los ojos al pasado.

Esto podría decir el hambriento, y habrían de bajar la cabeza avergonzados, obispos, generales, legisladores y déspotas.

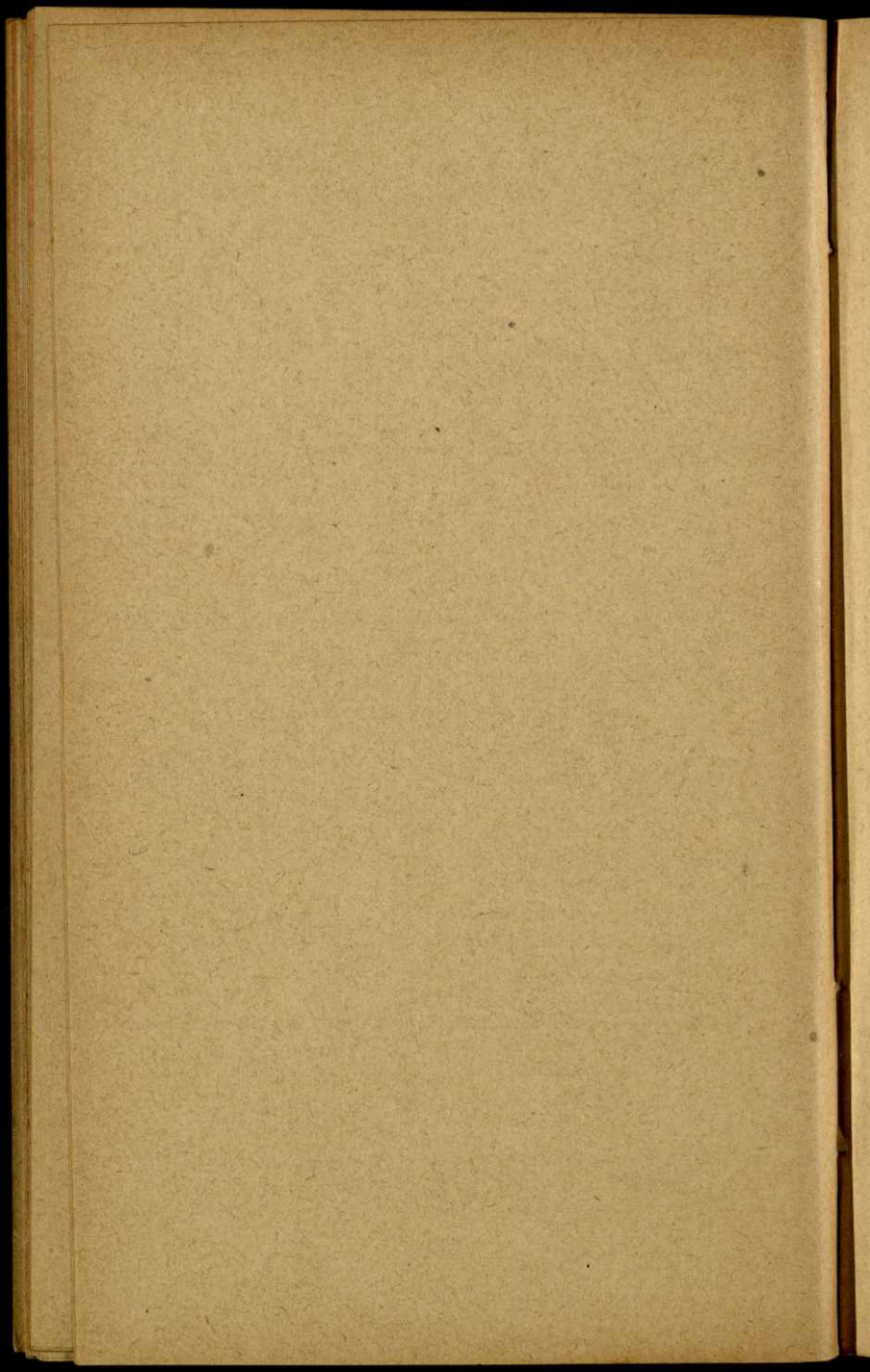
En una de las obras científicas más importantes de nuestros días, *Los Enigmas del Universo*, se lee: «Comparados á nuestros admirables progresos en las ciencias físicas y sus aplicaciones prácticas, nuestro sistema de gobierno, nuestra justicia administrativa, nuestra educación nacional y toda nuestra organización social y moral han quedado en estado de barbarie.»

Hæckel, con todo su saber, puede también decir con el autor: «Si no es el progreso fuente de vida, no es nada.»

Al leer aquella declaración no pudimos menos de exclamar: sabios que han desentrañado profundos secretos naturales, que no han temido la excomuni6n en la hoguera llevando con noble orgullo el dictado de *hereje*, temen ser declarados *rebeldes* si dicen la verdad respecto de la usurpaci6n propietaria, respetada por los privilegiados, y por ese temor, que es una debilidad si no es una traici6n, se perpetúa ese desequilibrio progresivo, que ocasiona tantas declamaciones irracionales contra el progreso.

Nota editorial.





El Lavatorio

Le dijeron que había sido elegido con otros once pobres para la ceremonia del lavatorio que se celebraría en palacio el jueves santo.

¡Qué suerte! El pobre ciego se estremeció de júbilo. La piadosa soberana le iba, en prueba de cristiana humildad, á lavar los pies. Y no sólo eso; acabado el acto, le entregarían una bolsa con dinero y un cesto lleno de abundantes y sabrosos manjares. Y aún más: para presentarle á la soberana lo vestirían de nuevo de pies á cabeza.

El ciego apretó convulsivamente la manecita de la muchacha que le servía de lazarillo. Iban á ser felices. ¡Se engañan los desheredados con tan poco!

¡Qué lástima ser ciego! se decía el infeliz, pensando en las magnificencias, que no podría admirar, del soberbio palacio.

Llegó al fin el bendito jueves. La rapazuela reía dentro de sus andrajos. ¡Ella sí que lo vería todo, y de todo disfrutaría!

Mucho antes de la hora de la ceremonia ya estaban ciego y lazarillo en la puerta del alcázar. Sólo él entró, la rapazuela quedó en la calle. Pero la esperanza de una dicha próxima desarrugó pronto el entrecejo de la muchacha. Su padre saldría de allí rico y venturoso.

El ciego fué sometido á una serie de operaciones preparatorias: se le bañó; se lavó el mismo los sucios pies, maltratados cien veces

por el barro y las piedras de la calle; se le peinó y perfumó como á una dama; se le vistió de nuevo de arriba abajo, y después de algunas horas de espera, fué guiado al lugar de la ceremonia. La mirra y el incienso hirieron su olfato con perfumado efluvio. Un rumor sordo de respetuosos cuchicheos, le indicó que estaba ante el concurso. Bajó la cabeza, como si las miradas que presentía representasen un peso. Se creyó quizá héroe y era sólo accidente de la fiesta... Luego... ya no sabe lo que pasó... Acordes celestiales, de músicas para él invisibles, mal contenidas exclamaciones de acaso fingida admiración, latines y conceptos que no entendía, un crugir de seda que pasó á su lado como el aleteo de una inmensa mariposa, el contacto en un pie de una finísima y perfumada tohalla humedecida... y cuando todo hubo concluído y el aire y el sol acariciaron su rostro halló en los bolsillos de su traje nuevo algunas monedas.

La rapazuela volvió á darle la mano, y á guiarle por las calles. ¡Pobres ilusiones!

¿Y aquel inmenso cesto de apetitosos manjares?

Eso es lo que más preocupaba á la niña. El ciego le mostró las monedas en que el cesto se había convertido, y contestó así de una vez á todas las preguntas.

La niña pudo exclamar como el árabe en la estepa:

—¡Sólo es dinero!

*
**

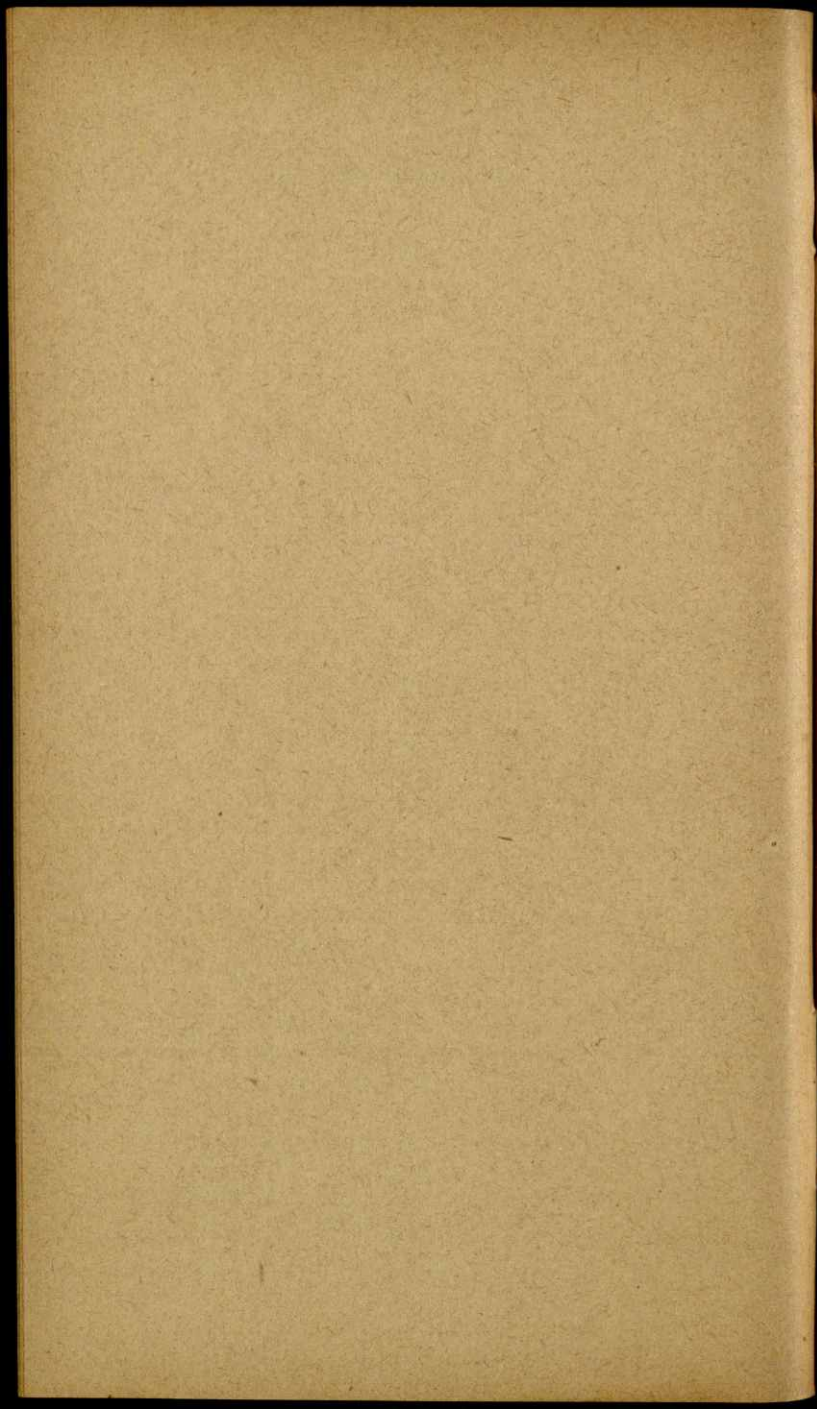
El día de jueves santo se perdió en la memoria, como un recuerdo.

El ciego sigue pidiendo limosna, y la niña jugando con los guijarros de la calle.

Por las noches duermen juntos en el quicio de alguna puerta.

Y mientras la nieve cae sobre ellos silenciosa; sueña el ciego con mariposas de seda que le acarician los pies, y la rapaza que corre sin alcanzarlos, tras cestos repletos de golosinas.





La Virtud y el Crimen

Un procesado de quien era defensor, me suplicó que le visitase. Fui á verle. Estaba en la vieja cárcel de Barcelona, un caserón con apariencias de una casa de vecindad, construído quíen sabe cuando y sin condición alguna para el objeto á que se lo destina. Entré en una sala que me indicaron y aguardé á que el preso compareciera.

Una ancha ventana defendida por fuerte verja de hierro, me invitó á curiosear. Miré por ella. Daba á uno de los patios de la misma cárcel. Era un patio grande, y en uno de sus extremos había construídos á lo largo de la mitad inferior del alto muro como ocho ó diez fogones; la mitad restante estaba ocupada por otros tantos retretes. Todo sin tejadillo ni cubierta alguna.

Habría en aquel momento en el patio hasta unos 60 presos. Unos estaban tendidos indolentemente sobre sus petates, otros conversaban en corro, algunos paseaban en parejas. Dos mocetones de 20 á 25 años jugaban á la pelota sobre el muro de la izquierda de la ventana, el de enfrente al que ocupaban retretes y cocinas. Un negro parecía entregado á tristes reflexiones sentado al sol sobre un poyo. Un anciano, también al sol, fumaba en su pipa. Los dos buscaban el calor del sol; el uno recordando acaso el de su patria, el otro pensando quizá en el de la juventud y la vida.

La mayor paz reinaba entre toda aquella gente. De cuando en cuando la pelota con que jugaban los muchachos amenazaba desviada la cabeza de algún preso ajeno al juego, ó caía lejos de la improvisada cancha, en medio de un corro. Nadie protestaba de tales inconveniencias. El que veía la pelota más próxima la recogía y se la echaba á los jugadores ó se la entregaba al que de ellos venía á buscarla.

Flotaba sobre aquel patio sucio, entre aquella gente mal vestida, desarrapada, cierto espíritu de benevolencia, de cortesía.

La solidaridad de la desgracia unía sin duda voluntades y corazones, que una educación abandonada, una instrucción deficiente, la miseria, errores de todos géneros, había fuera de allí separado por abismos de odio, de envidia, de malas pasiones.

Ví al negro acercarse al anciano y departir con él primero, y con otros después, amigablemente.

El espectáculo de tanto desgraciado me sugirió reflexiones amargas.

Todos aquellos hombres que veía eran malvados, ladrones, homicidas, asesinos. Me acordé de muchas causas que se incoan por hurto, lesiones, juego, riñas, coacciones, amenazas, y pensé que probablemente la mayoría de aquellos infelices pagaría delitos de este género.

Y aquellos hombres departían con corrección, y cediendo al espíritu de sociabilidad, se juntaban, se consolaban, se aconsejaban, sin que el delito del uno apartase al otro, confundándose voluntariamente en un mismo ambiente de pecado, como si á todos los purificase en aquel instante un mismo sentimiento, un mismo amor, el deseo de comunicar las penas, el sentimiento de una común desgra-

cia, el amor á la libertad perdida, la libertad, el máspreciado de los dones.

Correspondían, seguramente, á diversas clases, hasta á diversas razas. La ley había necesitado traspasar las rejas de la cárcel para igualarlos á todos.

Entre ellos vivía y con ellos departía un negro, un negro que encontraba tras aquellos espesos muros pruebas de solidaridad humana que otros blancos, en apariencia menos culpables, le habían negado en más honrados sitios en muchas ocasiones.

Miraba yo las caras de aquellos presos queriendo adivinar en ellas el delito que allí los tenía. Caras como todas. Yo, por un esfuerzo de imaginación, les instruía, les cambiaba sus trajes sucios, transformaba el patio en salón, y me preguntaba luego si no había algo de fatal en la desgracia de tantas gentes, si todos señoritos, si todos con lo suficiente para cubrir sus necesidades, habrían hecho igualmente méritos para ocupar aquel patio.

La voz del carcelero que me advertía la presencia de mi defendido, me volvió á la realidad.

A la media hora, terminada la conferencia, atravesaba los corredores de la cárcel bajaba la escalera, me encontraba en la calle.

El sol me llenó de luz, el aire ensanchó mis pulmones. Me indemnizaban de la hora que había estado en aquella sala, en que por ser de cárcel, parecía que faltaba todo.

Atravesé las callejuelas sucias de los alrededores de la prisión; chiquillos descalzos jugaban alegremente al toro; algunos pobres me alargaban su mano en demanda de limosna; pilluelos grandullones tiraban á lo alto la moneda de cobre ó á la pared estampas de cajas de cerillas, murmurando unos, cara, otros cruz, y mirando luego ansiosamente; mujer-

zuelas provocativas atisbaban la salida de la guardia de algún soldado.

Salí al fin á las grandes calles, á las Ramblas animadas.

Y me detuve frente á los escaparates lujosos recreando mi vista con mil bellísimos objetos señalados con precios que sólo representan el doble de su valor, y ví lucir en algunos balcones doradas letras en que se leía «Préstamos», correspondiente á casas regentadas por honorables industriales que socorren la miseria al 60 por 100 anual, y pasé junto á elegantes casas de banca en que respetabilísimos caballeros contrabandean el oro y explotan las alegrías y las desventuras nacionales.

Y pasaron junto á mí, salpicándome con el barro de sus ruedas, los lujosos trenes en que arrastran briosos caballos el vicio que seduce y el orgullo que insulta.

Y como el inglés del cuento ante la horca, exclamé yo ante el dorado mundo: «Gracias á Dios que ya estoy entre la gente honrada!»



El Teniente X.

—¿Qué quieres ser, niño?

—Quiero ser soldado.

—¡Soldado! Es oficio peligroso. Puedes morir en el campo de batalla.

—Quiero ser soldado. Venceré en los combates, mataré á mis enemigos.

El niño ingresa en una Academia militar, y con más ó menos esfuerzos sigue el curso de sus estudios. Ya es alférez... ya es teniente.

¡Qué apostura la suya, con qué elegancia lleva el uniforme, con qué marcialidad arrastra el sable! Marca el ruido de las espuelas el compás de su paso. Aumenta el plateado casco la hermosura de su rostro.

Brilla el joven en los salones.

Los periódicos anuncian un día que el bizarro teniente X. ha contraído matrimonio con la hermosa señorita de C. La iglesia estaba hecha una ascua de oro. Ha apadrinado la boda el conde de A. y la condesa de T.

Al año los mismos periódicos anuncian que la distinguida esposa de X. ha dado á luz un robusto infante.

Pasan años.

Estalla una guerra. El teniente X., que se ha distinguido por su dulzura de carácter y por la bondad de su corazón, es destinado al lugar de la lucha.

Los periódicos anuncian su partida y le despiden con encomiásticos sueltos.

X., ya en el ensangrentado terreno de la contienda, sale con algunos hombres á una excursión exploradora. Es la primera vez que entra en combate.

Al poco tiempo es sorprendido por la fuerza enemiga. Se halla rodeado de contrarios. Los contrarios son muchos, los amigos pocos. Intenta resistir pero todo es inútil.

—Las armas ó la vida, dícenle los más.

X. reflexiona un instante. Ama la vida y le inspira interés la de sus compañeros. El sacrificio es estéril. Entrega las armas.

X. ha librado la vida de sus camaradas; pero ha perdido su honor.

Cuando vuelve otra vez entre los suyos, le prenden y le encausan.

Los periódicos dan cuenta del suceso, primero tímidamente; luego piden la cabeza de X.

El honor nacional exige imperiosamente la sangre de una víctima.

X., siempre dulce y siempre blando de corazón, es condenado á la última pena, y se deja matar como un cordero.

La madre de X. se vuelve loca y grita en sus constantes delirios.

—¡Yo quiero ser soldado! ¡Pobre hijo mío! ¡Qué bien le sienta el uniforme, con qué marcialidad arrastra el sable, como marca el ruido de las espuelas el compás de su paso, cómo aumenta el plateado casco la hermosura de su rostro!

Los periódicos, siempre diligentes, relatan la locura de la madre, como relataron la boda, el nacimiento del hijo, la desgraciada acción en que X. se dejó vencer, y los detalles de su causa y de su fusilamiento.

Al lado de tan interesante noticia, publican la de la apertura de una Universidad, y entonan himnos á la civilización y al progreso.

Los Feudales

Creaba el rey los feudos premiando con ellos méritos más ó menos relevantes, servicios más ó menos dignos de galardón. El señor era otro rey, y á su vez podía dar en feudo tierras á otros nobles vasallos suyos.

El régimen feudal era un régimen de casta, era la conquista del egoísmo de unos pocos. La tierra constituía su base; los hombres entraban también en feudo, pero eran lo accesorio. El rebaño cedía á la tierra que lo sustentaba.

A cambio de todas las preeminencias, el señor tenía algunas obligaciones. Acudía á su rey con hombres, con dinero ó con frutos. Feudos había libres de toda carga.

La institución parece á simple vista monstruosa, y se ha escrito y hablado mucho alabando su muerte.

Su muerte, ¡y vive todavía!

El feudalismo contemporáneo tiene otro Dios y otro rey. Ha sustituido la voluntad movедiza del poder real por la consagración de una base más segura. Hay un Dios de la tierra como un Dios del cielo; inviolable, inmutable, sagrado; la propiedad. Del derecho de propiedad elevado á divino, ha nacido su único hijo; el capital. Los ambiciosos modernos no han querido depender de un Dios ni de un rey cuyo cielo y cuyo reino parecen concluidos. Más prácticos, han preferido un

Dios y un rey menos zarandeados y cuya autoridad se deje sentir sin sacerdotes ni altares. Ese Dios y ese rey pueden gobernar aún el mundo muchos años con aparente justicia.

El hombre necesita indispensablemente de la apropiación para subsistir. No hay más que extender el principio y resulta la apropiación un dogma indiscutible.

El señor feudal del día no necesita condición alguna. Puede ser noble ó villano, militar ó civil, religioso ó ateo. Así, ese feudalismo tiene hasta su fisonomía democrática. Recibe del capital su título de señor; el derecho de propiedad se lo consagra y se lo defiende. No necesita como el antiguo de potestad penal; las leyes todas del reino están hechas para que nadie le moleste en el disfrute de lo que es suyo. Su feudo no tiene límite. No se aumentan las pragmáticas ni las concesiones de los reyes. El mismo feudo, por virtud de los ingeniosos principios en que tienen base, va extendiéndose solo sin deber nada á la humillación. No tiene más carga que la de pagar una contribución que se llama territorial. A veces su grandeza le permite sustraerse casi del todo á tan penosa carga.

Puede también el señor dar á su vez en feudo otras tierras con onerosas condiciones.

El capital adquiere para su dueño tierras; con las tierras entran los ganados y los hombres. Señor de una comarca no limita su dominio á los que la pueblan. Vienen á prestarle sus servicios los de todas partes, sin más obligación que la de reconocerles el derecho de tenerse en pie. Humano este señor, no los llama vasallos. Se ha convencido de que el nombre no hace á la cosa, y prescinde con buen acuerdo de epítetos mortificantes.

A veces el feudo comienza en un cortijo y

acaba en todo un pueblo. El Estado se encarga de ayudar al señor proveyéndole de todos los servicios que demanda el progreso de la política moderna. Un Concejo de que es el señor naturalmente soberano le administra la gente menuda, un médico municipal le cura los gañanes enfermos, un veterinario le reconoce las reses, un cura le bautiza, le casa y le entierra los súbditos, un juez los castiga, y si alguien se atreve á entrar en sus dominios sin autorización ó en ellos caza, ó de ellos arranca algún fruto, da con sus huesos en la cárcel, si libra el pellejo de las caricias de los perros ó de los guardas del señor.

Es el del capital un feudalismo más cómodo y más positivo que el de los siglos medios.

El señor es omnipotente, gran cacique, le basta para estar siempre bien con la justicia su dinero y los votos de sus pobres vasallos, que nunca le desobedecen si no quieren sufrir el tormento del hambre, único que el piadoso señor acepta como legítimo.

El vasallo trabaja; el señor huelga. Goza con todo el señor de buena fama y es hasta querido de sus mesnadas.

Tiene el feudalismo actual algo de santo. No quiero entretenerme en revisar las sagradas escrituras para probarlo.

Me basta recordar que su génesis coincide con la del catolicismo.

El misterio de la trinidad se repite.

Propiedad, capital, propietario. Tres en uno y uno en tres, y cada uno es á la vez padre é hijo, causa y efecto de los otros.

No hay propiedad sin propietario, ni propietario sin propiedad, ni propietario ni propiedad sin capital, ni capital sin propiedad ni propietario.

En fin, un galimatías por el estilo del otro.

¡Y aún hablamos del mudar de los tiempos!

En esta balada, como en otras de esta colección, resulta un efecto para el lector que no puede ser el propósito del autor: la negación; no, la inutilidad; peor aún, el perjuicio del progreso.— «¡Mejor se estaba antes!» se saca en consecuencia de esa exposición y razonamiento, sin contar que progreso es perfeccionamiento y justificación, y que si así no resulta siempre en la práctica, es porque no se progresa de conjunto, sino parcialmente en objeto, tiempo y espacio, en virtud de leyes naturales cuyo conocimiento á todos interesa como medio seguro de generalizar los beneficios del progreso.

Nota editorial.



Fraternidad

(IMPRESIONES DE VIAJE)

A instancia de nuestros correligionarios de Villanueva y Geltrú, emprendí el último sábado, á las cuatro de la tarde, el viaje hacia la culta y pintoresca ciudad del litoral mediterráneo.

Salí de Barcelona en un coche á que nadie subió.

Hizo en Sans el tren una de esas interminables paradas á que estamos acostumbrados los viajeros en España.

Confiaba en continuar el viaje solo, cuando subieron á mi departamento un cabo de la guardia civil y un número del mismo instituto. Saludáronme cortesmente, y cortesmente respondí á su saludo.

El tren siguió al fin su marcha.

Cuando paró de nuevo habíamos llegado á Gavá.

Los guardias conversaban con su mauser apoyado en las piernas, y yo pensaba, no recuerdo en qué, probablemente en las elecciones municipales á que con tanto entusiasmo parecían proponerse acudir nuestros amigos de Villanueva.

Se abrió otra vez la portezuela del coche y entró en él un cura. Saludó, se quitó el manto y el sombrero de teja y se puso desde luego á leer en un libro que llevaba.

Sonó un pito y después una campana, y el tren se puso de nuevo en movimiento.

Los guardias seguían su charla, yo mi meditación y el sacerdote su lectura. De cuando en cuando apartaba los ojos del libro y murmuraba durante largo rato no sé qué, de seguro oraciones.

El tren no me atrevo á decir que corría, pero sí que avanzaba.

Otra parada en Castell-de-Fels.

¡Qué aburrimiento!

Había visto á mis compañeros de viaje; pero no se me había ocurrido hasta entonces pensar en ellos.

Miré sucesivamente al cabo, al guardia, al cura.

Estábamos allí representados los tres estados: el militar, el civil y el eclesiástico.

Yo llevaba dentro de mí un discurso político lleno de invitaciones á la demolición del régimen vigente, el cura su breviario plagado de santas máximas y de ridículas fórmulas, los guardias su mauser.

Todos pacíficos, tranquilos, inactivos, éramos, sin embargo, soldados que acudíamos á nuestro puesto. Aquel viaje no era sino un incidente de la lucha.

Dentro de unas pocas horas nos separaríamos.

Sólo el coche de un tren podía tenernos juntos y casi amigos un instante. La pasajera comunidad del tren nos imponía una fraternidad efímera. La civilización unía un instante á los irreconciliables y su poderosa máquina los arrastraba juntos.

A las nueve de aquella misma noche estaría yo ya ante el numeroso concurso de mis correligionarios, defendería con calor las libertades municipales, execraría el imperio de

la fuerza, enardecería, ya que no con elocuencia, con sinceridad, el corazón de los desheredados para lanzarlos al camino de sus reivindicaciones, mis palabras no serían de paz, sino de guerra, los poderosos tenían en mí un enemigo.

¿Y mis otros compañeros de viaje?

¿Irían también á Villanueva?

¿Iría el cura á predicar, fulminando los rayos de la cólera divina contra los descreídos y los liberales, contra mí, contra los míos?

¿Iría acaso bajo el mismo cielo que yo á predicar todo lo contrario, á envolverme en su anatema, á maldecirme?

¿Y los guardias, iban á Villanueva á *mantener el orden* con sus mausers? ¿Producirían las pasiones y los odios algún tumulto en que creyeran cumplir un deber disparándolos contra mí ó mis amigos?

El cura seguía leyendo, á veces levantaba los ojos y se cruzaban nuestras miradas. El cura me miraba sin odio.

Los guardias seguían hablando, y á veces también nuestras miradas indiferentes se cambiaban.

Sólo yo les conocí á todos por su traje, y por su traje podía medir el grado de fraternidad entre nosotros.

Mi pensamiento se hizo doloroso, molesto.

Sentí como impulsos de retarlos, de decir á mis compañeros que me eran antipáticos, que se engañaban al mirarme sin recelo.

Me asomé á la ventanilla del coche. La máquina, jadeando, nos arrastraba hacia Sitges. La pintoresca costa iba desplegándose á nuestro paso; el mar, azul y sereno, se extendía á nuestros pies. Parecía como que quisiesen sus olas jugar con aquel monstruo de hierro que corría.

De trecho en trecho nos hundíamos en la negra boca de alguno de los innumerables túneles en la montaña. Sucedian las tinieblas á la luz; pero resoplando victorioso, salía otra vez el tren de su agujero, para que las olas jugaran con sus ruedas, y el aire fresco de la campiña esparciese el humo con sus dedos invisibles, como un niño cariñoso descarga con sus deditos el ceño de un viejo regañón.

Sitges, la hermosa Sitges, se dibujaba ya con sus casas de paredes blancas, cuando me retiré de la ventanilla y volví á mi asiento.

—Sí, somos hermanos, somos hermanos, pensé mirando á mis compañeros; pero tú, negro cura, me arrojarías á gusto en la hoguera porque no participo de tu fe; somos hermanos, pero vosotros, guardias inconscientes, hombres sin voluntad, dispararíais á una orden vuestros mausers contra mí, sin saber siquiera por qué; somos hermanos, y yo azuzaré el pueblo contra vosotros, vuestro poder y vuestras supercherías. Mirad el mar y el cielo, son las dos cosas más grandes que á simple vista podemos apreciar, semejan dos abismos invertidos que amenazan tragarnos. En el fondo guarda el uno lo mismo la humilde barca de los pescadores que el soberbio acorazado, flotante fortaleza del moderno feudalismo; ruedan en el otro desconocidos mundos. Nos hablan los dos de nuestra pequeñez, los dos afean nuestras luchas. Desgarra tu sotana, sacerdote, renuncia á tu intransigencia, y tú, rudo soldado, rompe tu mauser. Dejaré yo de hablar entonces contra vosotros, y podremos todos abrazarnos sin recelo, mientras el sol parece hundirse en esas montañas, sumergirse en ese mar, negarse á todos á un tiempo, lo mismo que á un tiempo para todos brilla y para todos luce.

El Fruto del Trabajo

No sin dificultades se va abriendo paso la idea de que la tierra es el elemento natural inherente á la existencia humana, y, por lo tanto, imposible en justicia de apropiación particular. La propiedad de la tierra como principio de derecho va de día en día perdiendo eficacia. La subordinación de su disfrute á los intereses generales, y la afirmación de que sólo el que por sí la cultiva puede alegar preferencias en su favor respecto de ese disfrute, son verdades que no todos se atreven ya á negar.

Consecuencia lógica en el orden de estas ideas, es la de que el trabajo debe seguir con más rigor la misma ley.

El trabajo es el primer instrumento de producción, el único; sólo él tiene virtud fecundante, creadora. Todo lo que no se debe al espontáneo trabajo de la Naturaleza, á la espontánea combinación de sus elementos, se debe al trabajo del hombre.

No hay, pues, que tener en cuenta para el estudio del desenvolvimiento y adelanto de las sociedades dos factores, capital y trabajo, sino uno solo: trabajo.

El capital es un término de convención que sólo tiene valor accidental, en cuanto es forma, y forma por cierto imperfecta, de desenvolverse y organizarse el trabajo. Es convención por el trabajo creada, que el trabajo formó y

á que el trabajo dió valor. Sin el trabajo el capital no sería. El trabajo es, pues, anterior al capital, y el capital no es sino el trabajo transformado, paralizado, cristalizado, que sólo puede por el mismo trabajo convertirse de nuevo en algo utilizable.

Es preciso destruir prejuicios y vaciar el derecho del porvenir en moldes que no son nuevos porque su esencialidad es tan antigua como el mundo, pero que están desconocidos y hasta negados por la maldad y el egoísmo de los hombres.

Lo que produce el trabajo es en primer término del trabajador.

El que hace trabajar no es más que un intermediario entre el productor y el consumidor, intermediario que no tiene derecho como hoy, llámese industrial, llámese agricultor, llámese comerciante, á la parte del león, sino sólo y simplemente á la parte equitativa que por su personal trabajo le corresponde.

Cuando defendemos la industria, el comercio, la agricultura, los defendemos en su esencia como indispensables modos de actividad. No defendemos al industrial que nada produce, al comerciante que nada comercia, al agricultor que nada cultiva.

Llámase hoy generalmente con esos nombres á explotadores de sumas de trabajo que fué ó que es completamente ajeno; es decir, á los que explotan el trabajo en sus dos formas: capital (trabajo acumulado) y trabajo propiamente dicho (trabajo actual).

Preténdense hoy clases productoras, clases que no son tales sino en cuanto hacen producir á otras que tienen por inferiores.

La cooperación será indudablemente uno de los caminos por el que las clases trabajadoras reivindican para sí el fruto de su trabajo.

La ficción capital, ó desaparecerá, ó quedará reducida á mero signo que facilite el cambio.

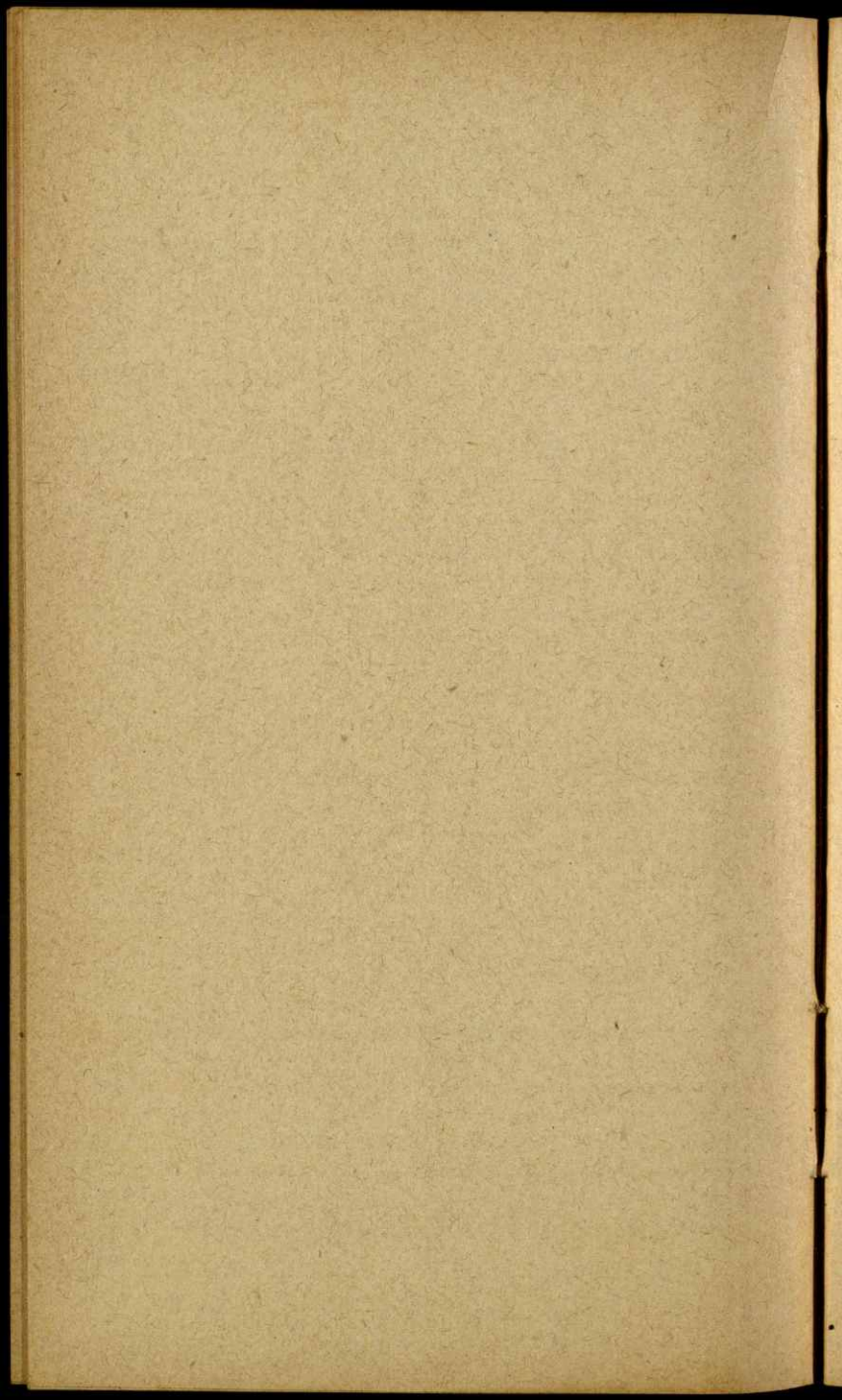
Se quejan hoy los explotadores del ajeno trabajo en todas sus formas de que se les merma el producto de su explotación.

Tienen razón, en cuanto esa merma venga á dificultar el desenvolvimiento de la riqueza pública, siquiera la actual organización sea tan imperfecta.

No tienen razón en cuanto no es la estricta equidad principio en que pueden apoyar sus adquisiciones.

La ignorancia oculta hoy estas verdades á las clases trabajadoras. Instrúyanse y adquirirán la conciencia de su poder. Cuando la hayan adquirido deberá á su esfuerzo el progreso, el más gigante de sus pasos.





La Iglesia

La reacción avanza, el espíritu clerical lo invade todo. La Iglesia se nos come. Se apodera de los pueblos y con los pueblos de sus habitantes. Miles de conventos dominan todas las alturas de España. No hay aldea donde el clericalismo no tenga su monumento.

España es la mejor finca de la Iglesia. La Iglesia es nuestra soberana y señora. Todo es suyo. Viven las instituciones de su benevolencia. Ante ella doblan el rey y el general la rodilla. No es un poder determinado, un poder más, es el poder mismo, único, avasallador, despótico.

La cruz ha dejado de ser para ella símbolo de redención; es sencillamente un instrumento de tortura. Cuantos se opongan á los desig-nios clericales sentirán su peso. La cruz de Cristo ó la de la espada, ¡qué más da! todo sòn cruces.

Se la acusa de hipócrita. No lo es ya. Obra como conquistadora en país de su dominio. No necesita fingirse pobre, y cobra sus tributos desde templos lujosos y aloja en palacios á sus obispos; no necesita fingirse humilde, y exige con soberbia al Estado su prenda de vasallaje; no necesita ni parecer buena: niega sepultura al pobre, y acusa y persigue á sus enemigos.

Prevarica á la luz del día y vende sus ben-

diciones y sus sacramentos, y saca ánimas del purgatorio á tanto la pieza.

Cristo no es ya su inspirador. Era un huésped incómodo y lo ha desahuciado. Los huecos que dejó en sus altares los han llenado con ventaja santos y santas, creados como etiquetas de específico, para acreditar éste ó el otro remedio contra dolencias especiales.

Cada gremio tiene un santo; cada enfermedad su médico celestial.

Todos los santos son abogados de algo. No hay más que pagarle la consulta y esperar en casa la solución.

Ha hecho más abogados la Iglesia que todas las Universidades juntas. ¡El cielo lleno de abogados! ¡Uf! ¡Qué horror!

Las santas son también abogadas, lo que prueba que todas son bachilleras.

La Iglesia es antifeminista en la tierra y feminista en el cielo.

De Cristo, según decía, apenas si se acuerda, como no sea para hacerle la disección y explotar alguna de sus vísceras. Entero no lo quiere.

Arrojó á los mercaderes del templo, y los mercaderes se han vengado. Le han arrancado el corazón.

Nada se sustrae al poder de la Iglesia. Explota la beneficencia, tiene acaparada la instrucción, se sirve de los monumentos nacionales, y en muchos de ellos habitan sus frailes ó sus curas.

Bautiza, casa, entierra, fabrica licores, chocolates, dulces, medicamentos. Confecciona camisas y otras prendas valiéndose de las asiladas de sus establecimientos, y hace así competencia ruinosa á las trabajadoras que no hallan labor en los principales almacenes porque las monjas trabajan á precios inverosímiles.

Las cuestiones dogmáticas son ya cosa secundaria para la Iglesia. Acepta sin escrúpulo el oro de todos, beatos y herejes. Nada le importa que os llaméis republicanos ó monárquicos, carlistas ó liberales. Con tal de que vayáis alguna vez á misa, *guardéis las formas* y paguéis algunas misas ú otras funciones religiosas, os mirará con benevolencia, y hasta si sois generosos, tendrá por vosotros más simpatías que por muchos santurrones molestos que no dan nada ó dan con tacañería.

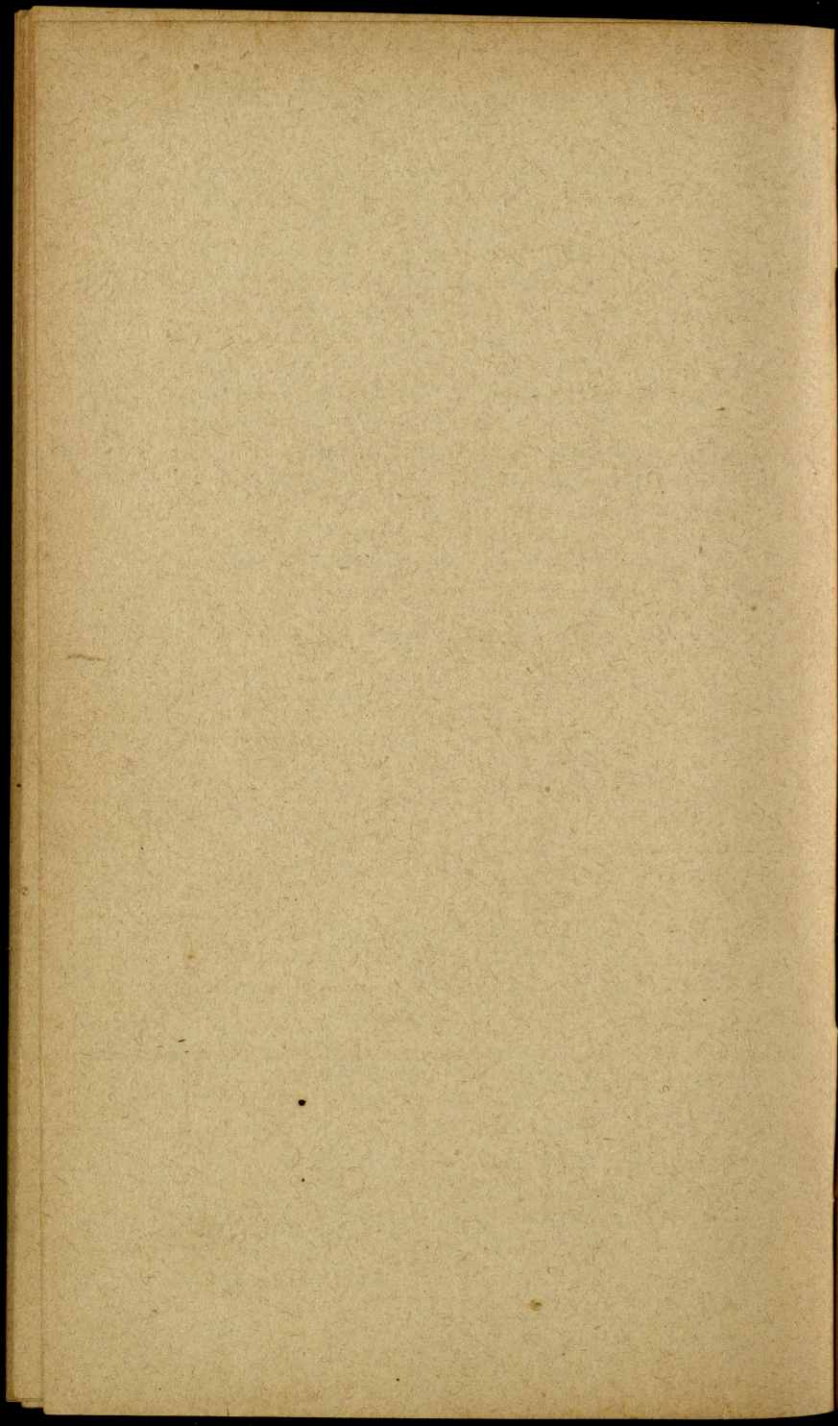
Combatamos á la Iglesia. Combatirla es la más patriótica de las obras.

No por patriótico, sino por racional ha de emprenderse ese combate.

Lo patriótico se reduce al estrecho círculo de las fronteras, lo racional abarca el universo y se atreve á penetrar en las inmensidades del infinito.

Nota editorial





Los Hipócritas

La hipocresía es casi nuestro vicio, el vicio nacional por excelencia. Forma el fondo de nuestro carácter. ¡Como que constituye la base de nuestra educación. Se nos fuerza desde niños á dar por entendido lo que no entendemos, á alardear de conocer lo que nos es desconocido, á fingir amor á lo que no amamos, á ser devotos sin devoción.

—Todo lo sabéis, se nos dice.

El más profundo problema, la X eterna que viene buscando ansiosamente la humana sabiduría desde los más remotos siglos, la cuestión que ha costado más sangre, se nos da resuelta en las primeras líneas de un librejo, que nos parecería ridículo si se nos entregara por primera vez á los veinte años.

—Joven, no te afanes por aprender, no busques, no inquietes, no escudriñes. Eres poseedor de la verdad. ¿Ves todo lo que te rodea? Mira el cielo cuajado de luceros, el mar que extiende sus olas más allá de donde tu vista alcanza, la tierra con sus altas montañas y sus floridos valles. ¿Te admira todo eso? Contémplo, recreate. Eres aún niño y sabes ya lo que todo eso es, como todo eso ha nacido, como todo eso vive. ¿Serás tan soberbio que aún quieras saber más? ¡Si parece mentira que en tu cabeza de niño quepa tanto! Para ti, rey de la creación se hizo el universo. Dios lo creó con su divino soplo.

Con lógica infantil pregunta el niño que quién es Dios y quién creó á Dios.

—¡Ah! se le contesta ¡Dios! Dios es un ser infinitamente sabio, infinitamente bueno y todopoderoso. No se mueve la hoja del árbol sin que le plazca. ¿Qué quién lo creó? Dios no tiene principio ni tiene fin.

Esto no es claro; pero en cambio es cómodo. El niño firma su pacto con la hipocresía y finge creer en un Dios que no comprende y hasta amarle. Su conciencia virgen le acusen alguna vez, alguna vez se le rebela; pero ¿no dicen todos lo mismo? Padres, maestros, amigos, todos ven á Dios en sus oraciones, todos creen en su justicia implacable, todos le amenazan con los castigos eternos ó le deleitan con la promesa de conquistar la gloria, una cosa que nadie sabe tampoco lo que es, pero cuya bondad afirman todos.

Embustero desde los seis años, hipócrita desde que abre los ojos á la luz, como se aceptó á Dios y alardeó de adorarle, se acepta todo lo demás en cuanto no significa una mortificación. Se hace que se estudia, se finge saber, se finge virtud, y al golpe de pecho, ó á la sentencia moral, se acompaña siempre el picaresco guiño del ojo de la conciencia, pensando que, ó todos son unos grandísimos necios, ó son unos grandísimos pillos, exactamente lo mismo que nosotros. Tomando por escabel esas bellas convicciones de los semejantes, se aspira á las comodidades del obispo, al sueldo del magistrado, á las cruces y los galones del general, sin creer en Dios, en la justicia, ni en los valientes.

Y la vida, en todas sus manifestaciones, resulta un poema cantado á la hipocresía.

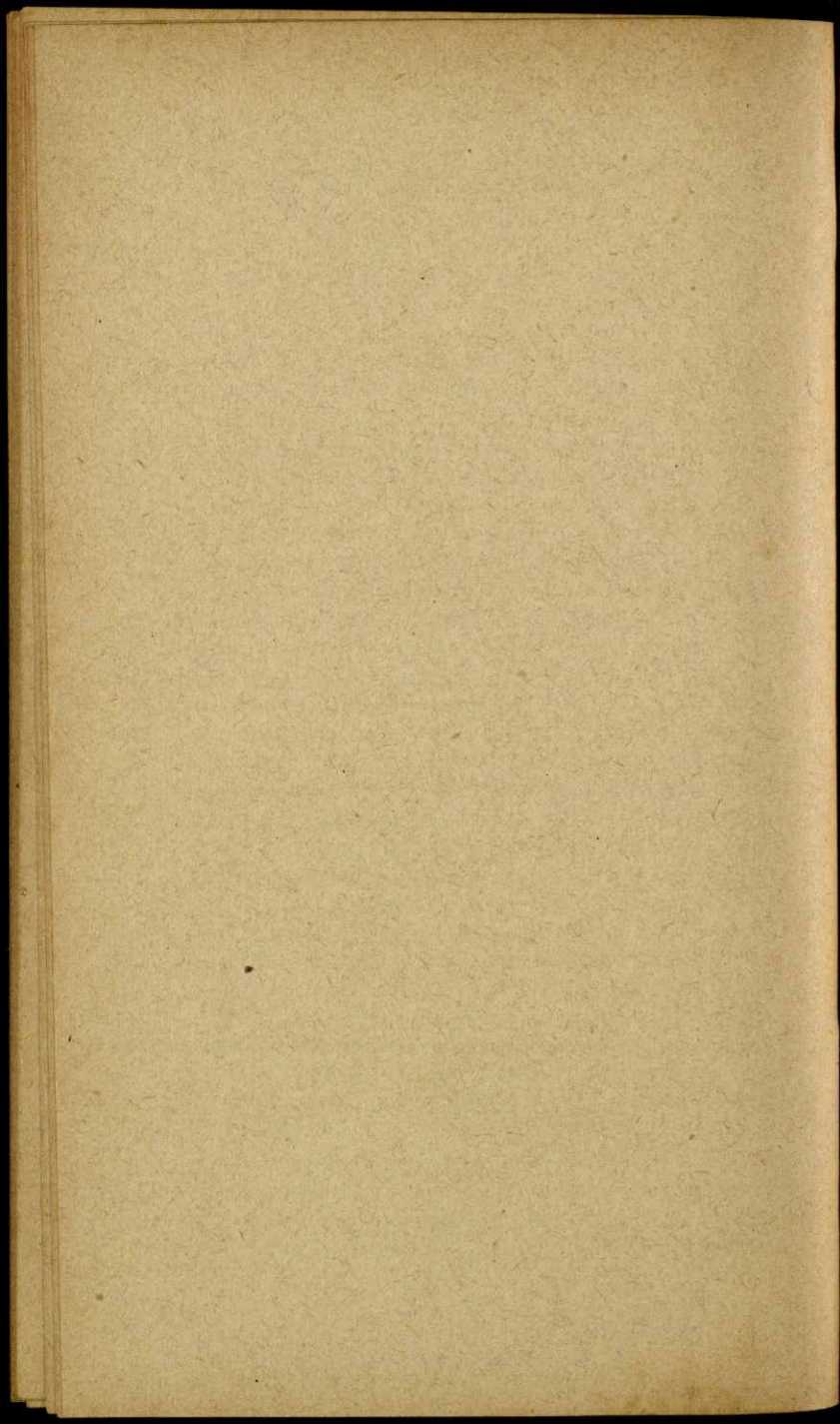
¿De dónde queremos que salgan los hombres de Estado sinceros, los políticos formales,

los legisladores honrados? Para creer lo que dicen, para conocerlos, sería preciso espiarlos, sorprenderlos en esos mudos diálogos de su pensamiento, de su razón, en la hora en que se entregan á sí mismos, y se dicen: «No siento nada de lo que digo; pero es preciso que siga callando todo lo que siento.» ¡La verdad! La verdad es muchas veces un veneno para nosotros. ¡Claro, como que no está el espíritu acostumbrado á ella!

El que consigue sacudir sus preocupaciones; el que cara á cara, con la hipocresía que le han dado por compañera, la despide como á criada sisona, ese parece un orate. Los axiomas semejan en su boca blasfemias, y los hipócritas, los que por tales han prosperado y pasan por sabios, por justos y por valerosos, se dicen: «Este nos ha conocido; este hombre nos pierde; este hombre dice la verdad. ¡Maldita sea la verdad!»; y gritan luego á sus conciudadanos, señalando al curado de hipocresía: ¡No lo véis? Ese hombre está loco. Duda de lo que nadie duda. Niega lo que no niega nadie. Ya véis, desconoce las mayores verdades, Dios. Dios mismo, no es nada para él.»

Y la muchedumbre estúpida no puede entender que un solo hombre acierte más que todos y consuma la obra de los hipócritas apedreando al apóstol de la verdad, creyendo que es el único que miente.





La Educación Moral

Yo no sé si los hombres de todas las épocas han sido como los de ahora, como los del día. Temo que sí. El estudio de la historia me parece insuficiente para llegar en este punto á formar opinión concreta. Al fin y al cabo, historiados é historiadores son de ordinario los mismos. Y antes más que hoy, porque hoy los contradictorios juicios de la prensa, son tamiz de toda reputación, piedra de toque de toda gloria. Aun con esta garantía, ¡cuántos hechos no sustraen sus móviles á la crítica diaria! Conocemos el detalle, la manifestación exterior al minuto; la honda política, la *alta* política de los pueblos, enterrada queda en sus cancillerías si á sus cancillerías se la confía, que en más de una ocasión un solo hombre logra enterrar consigo todo un período histórico de su pueblo. Inútil será que se den luego á pensar los críticos en la génesis de muchos acontecimientos.

«No creo en la historia antigua desde que he visto escribir la moderna,» ha dicho Campoamor. Bien pudiera parodiarse la frase, diciendo: «no creo en los hombres antiguos desde que he conocido á los modernos.»

Nos quejamos á menudo de la falta de virilidad de nuestros hombres. Sí, es verdad; son poco viriles. Decididamente hay que *hacer* hombres. He ahí el problema.

El distingo eterno, la vacilación constan-

te, la apostasía, todo eso ha llegado á ser entre nosotros corriente, sin que nos choque, sin que nos repugne. Vemos impasibles á un hombre atacar hoy lo que defendió ayer. Ni nos admira que sea la conveniencia personal el móvil único de la mayor parte de esos cambios de postura. Cuando es la falta de carácter la que los provoca, los disculpamos siempre. Y no ya en los individuos, en las mismas naciones, la inconsecuencia es enfermedad crónica. Hay naciones más ó menos civilizadas; no hay naciones lógicas ni consecuentes.

La humanidad carece de ideal.

¿De qué sirve todo su progreso á los pueblos más adelantados, si no son dueños ni aún de las más elementales verdades del derecho natural?

Los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia, grandes y prósperas naciones, que no han encontrado aún en su sabiduría remedio á su orgullo, cura á su afán de rapiña. ¡Cuánta contradicción entre sus palabras y sus hechos!

¿A qué atribuiremos tan general fenómeno? A la falta de base moral. La razón ha triunfado en este siglo lo bastante para que no seamos religiosos; pero no ha conseguido aún hacernos morales. No lo éramos antes, porque la superstición era nuestra madre. No lo somos hoy, porque hemos perdido toda idealidad.

La filosofía no nos ha dado todo lo que nos ha quitado. Nuestra vida carece de finalidad, y puestos á dudar, dudamos de nosotros mismos. Así, tan pronto nos inclinamos á lo tradicional como á lo desconocido, sin perjuicio de despreciar lo uno y temer lo otro.

Se habla ahora mucho en España de la educación íntegra. ¡Buena falta nos hace! Pero ¡ay! no á nosotros sólo. Les hace falta á los

mismos que suponen tenerla establecida. Porque ¿qué tiene de integral esa educación que aún permite á los hombres sentirse soldados, carceleros y verdugos?

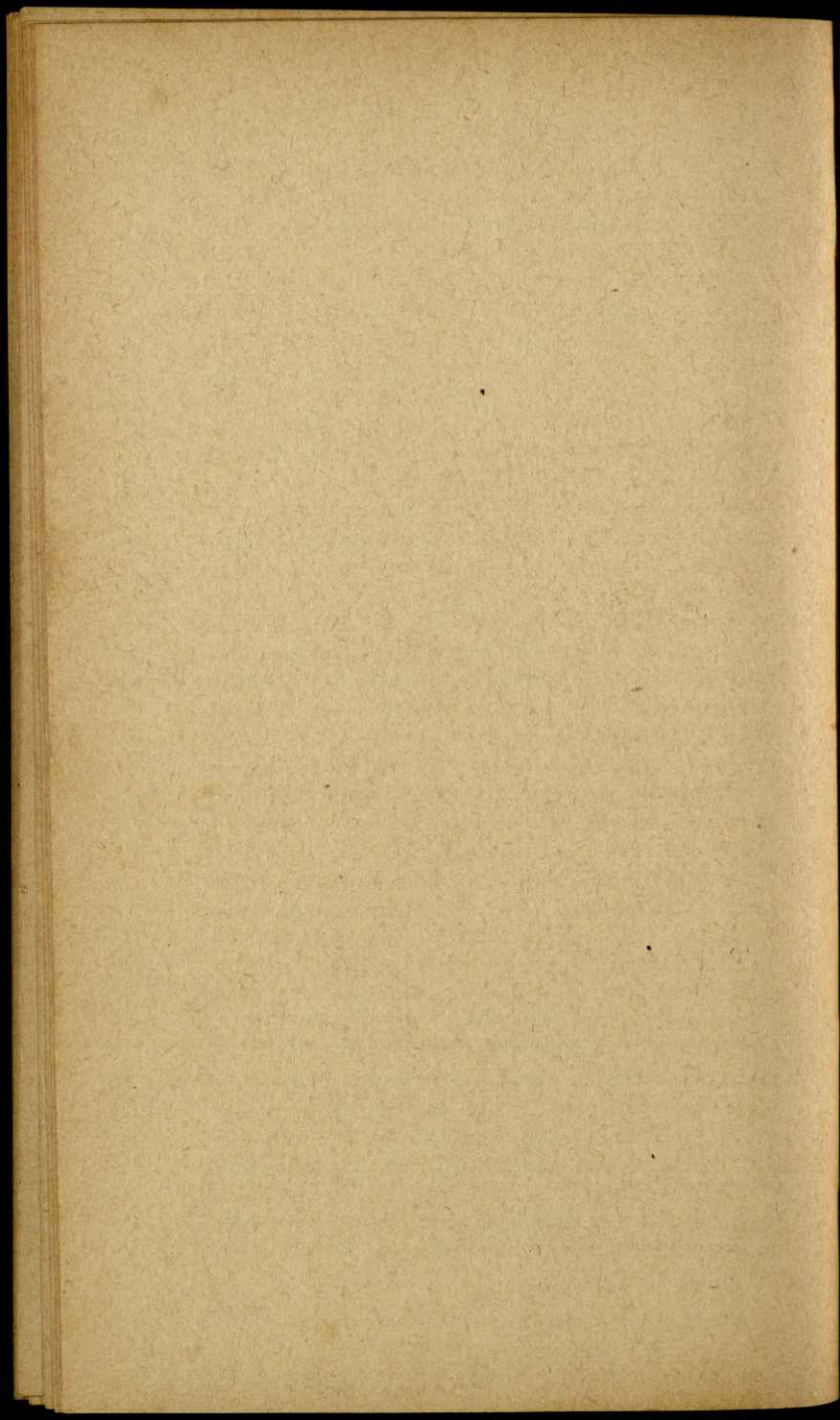
Bien está que cuidemos de la salud del cuerpo á la par que cultivamos la inteligencia; pero no olvidemos que está por crear la higiene de la razón, que es tan precisa como la otra.

El escepticismo nos devora, porque nuestra razón está enferma. ¡Claro, como que no la hemos sujetado jamás á un régimen, como que jamás nos han enseñado á pensar! Hemos hallado en astronomía, en matemáticas, en química, en botánica muchas verdades que nuestra razón no ha podido siquiera poner en duda. En moral, ¿qué verdad, qué axioma no hemos visto contradicho cien veces?

Principios firmes de moral que con la edad y las vicisitudes de la vida no varien, ¿dónde encontrarlos? Por virtudes hemos tenido durante siglos muchas cosas que ya no nos lo parecen, y por maldad otras que han dejado de serlo. Ni el derecho á nuestra propia vida deja de ser un principio que á fuer de infringirlo se ha convertido en excepcional.

Es indispensable que creemos siquiera para otras generaciones un absoluto moral que pueda servirles de guía y de consuelo.

La misma movediza condición de los principios morales, nos obliga á procurar que los pocos que adoptemos se graben indeleblemente en el corazón de otras juventudes. La educación moral está tan abandonada como la física. Cortemos pronto al escepticismo el paso, si queremos salvar las futuras generaciones de la atonía que nos consume ó de la maldad que nos envilece. Urge que demos al niño en la escuela una idea ó un ideal que le haga amar la vida hasta después de la muerte.



El Hombre libre

¡Qué de veces no se ha cantado ya las glorias del siglo XIX, y cuántas no nos hemos envanecido de haber visto la luz en un tiempo en que el sol de la libertad nos alumbra á todos!

Somos libres, nos hemos dicho con júbilo, y como si al decirlo sintiésemos, allá en el fondo de la conciencia, que en algo nos repugna nuestra afirmación, nos hemos apresurado á buscar en el libro de la historia datos y argumentos que nos convenzan de que no mentimos.

Los desventurados de todos los tiempos, los parias de la India, los ilotas de Grecia, los esclavos de Roma, los siervos de la Edad Media, todos nos han servido de término de comparación. La virtud que sólo el argumento evidencia, no es virtud; la libertad que necesita demostración, no es libertad.

Somos hoy, si bien se mira, tan esclavos como todos aquellos infelices cuya suerte se nos antoja tan distinta de la nuestra. No ha cambiado más que la cifra: en los tiempos antiguos los hombres esclavos eran los menos y los libres los más, y en los modernos son los menos los libres y los más los esclavos.

¿Qué hemos de entender por libertad? ¿En qué consiste la libertad? Consiste, decimos, en el voluntario ejercicio de todos los derechos

indispensables para el cumplimiento del fin de la vida.

¿Gozamos de esos derechos?

Tengo el de vivir contra todo y contra todos. Me dió la naturaleza la vida, y sólo ella puede quitármela. No me la dió para que se consumiera estérilmente; me dió con ella todos los medios de ampararla y defenderla. Debo á la decantada civilización el escamoteo de esos medios. La tierra que piso es de otro que no soy yo. ¿Dónde está el pedazo de suelo en que, puesto que vivo, debo sostenerme sin debérselo á nadie?

Unos cuantos amantes de la moralidad y del orden se repartieron la tierra sin contar conmigo. Eso sí; me arrendarán un pedazo. Vivo, pues, gracias á la amabilidad de esos caballeros que, como el personaje de Moliere, me ceden por un pequeño estipendio un pedazo de su mundo. De su mundo sí, porque como todo es suyo, yo no podré ni matar mi hambre sin el permiso del amo. La caza que corre por los montes, los frutos que nacen en los árboles, suyos son.

¿Qué haré, pobre paria, ilota desgraciado? trabajar para que el amo descanse perpetuamente. Yo le labraré sus tierras, le levantaré esas ciudades donde ha de explotar á mis hermanos, lo estudiaré y lo sabré todo por él; en su solo obsequio no detendré un sólo instante la rueda del progreso, y las ciencias y las artes le harán cómoda y alegre la vida. A cambio de todos mis servicios recibiré con una mano el signo convencional del valor, y se lo devolveré con la otra para pagarle los frutos que tomo de su campo, el alquiler del piso quinto de la casa que levánté; y en fin, todo lo que, si debiera ser de alguien, debiera ser más mío que suyo.

¡Qué! ¿Os rebeláis contra condición tan dura?
¡Ah! no le importa, tiene dispuesta toda una red de vengadores; da sus migas á una porción de hermanos vuestros que os detendrán y os juzgarán, y os matarán si es preciso.

El patíbulo simboliza en estos hermosos tiempos la cantidad de derecho á la vida de que goza el hombre.

Se es libre ó no se es libre; la libertad es una. No se puede ser libre en parte y en parte esclavo.

¿Dónde está el hombre libre del siglo xx?

Ya véis á lo que queda reducido su decantado derecho á la vida; pero por si con eso no estuviera dicho todo, examinad uno por uno los demás derechos y libertades de que se le supone en posesión.

Libertad de trabajo. El que quiera dedicarse á la ciencia, se ve obligado á veces á ser cochero, y el que ni para cochero sirve, rompe pantalones en una Universidad y alcanza un título.

Libertad de pensamiento. Piensa lo que quieras, pero obedece al fabricante que te hace el favor de explotar tu trabajo, ó al casero á quien no pagaste el último mes por falta de recursos. Si ejerces el derecho electoral sin tener en cuenta estás reglas, ¡pobres de tus hijos!

¡Tus hijos! Tampoco son tuyos. El capitalista los necesita para que defiendan sus intereses ó lo que él llama la patria, que es lo mismo. Te los arrebatarán en cuanto sean fuertes, y te los devolverán inútiles, ya de cuerpo, ya de alma, en caso de que te los devuelvan.

El derecho á crear una familia, el más grande y el más sagrado de todos, se ha convertido en un lazo. Los moralistas más severos lo proclaman á cada paso: «No debe crearse una fa-

pos de batalla los que corren riesgo de perder algo si el enemigo se enseñoera de su pueblo.

Eran más lógicos que nosotros; pero nosotros, en cambio, somos más prácticos. Un régimen de castas más suave que el de la India, permite entre los hombres de un mismo país desigualdades inmensas. Colocamos á un lado nobles más ó menos auténticos, pues ya se sabe que los hay cuya nobleza de sangre recuerda aquellos versos tan celebrados que dicen:

Que el blanco y el carmín de Doña Elvira
no tienen de ella más, si bien se mira,
que el haberle costado su dinero;

á otro, banqueros ilustres, cuya principal ocupación consiste en operar en bolsa, que viene á ser lo mismo que apuntar al caballo de bastos ó al rey de espadas; á otro lado, políticos vividores, eminencias de campanario, alguna vez destronados, pero tronados nunca; á otro, en fin, enjambre infinito de medianías encumbradas, sabios de profesión y de real orden, con títulos flamantes y ciencia más que escasa, pero aún lucrativa en los despachos de los Ministerios y las dependencias todas del Estado; y allá, ya en la sombra, sabios de veras, rara vez premiados, humildes hormigas intelectuales, trabajadores de la tierra, mineros, gente industriosa, jornaleros de todas clases y mendigos haraposos.

La intriga es el medio en que los primeros viven; el trabajo el único socorro de los últimos. Las ventajas todas serán, sin embargo, para los de esas primeras categorías. Si se hace leyes, se procura siempre no molestarlos en lo más mínimo; forman lo que se llama clases conservadoras. Oiréis hablar constantemente de leyes sobre ascensos, de orfanidades y pensiones, de propiedad, de impor-

tantes cuestiones de clase, nunca de protección al desvalido, de egoísmos sacrificados, de mejoras para los más. Especie de parias, no tendrán los menesterosos, sean quienes fueren, ni derecho á la consideración de nadie. El que no vaya bien acicalado ó no tenga sombrero de copa, no podrá entrar en el palacio de la representación nacional; el que no sea distinguido, no tendrá derecho al Don y se oirá llamar en todas partes á secas por su nombre. Leed los periódicos, revisad los folios de los procesos, ved simples listas formadas con diversos nombres. Las personas que tengan visos de *decentes* serán D. Fulano de Tal, ó D. Mengano de Cual; los otros, Fulano y Mengano. Tropieza cualquiera en la calle, y se dice al día siguiente:

«Ayer tuvo la desgracia D. Zutano de causarse una lesión, etc.» Si se trata de uno no distinguido, se dirá sólo: «Ayer en la obra de la calle de tantos, se cayó desde un piso tercero á la calle el obrero Perengano.»

Ya sé, ya sé que todas estas son nimiedades en que no es casi ni serio fijarse. Las cito sólo en comprobación de que aun en los más insignificantes detalles se revela un régimen de diferencias de clases con distinta consideración social y hasta con distintos derechos.

Hasta hace poco no era elegible para cargos públicos quien no pagase alguna contribución industrial ó territorial.

Es punto menos que imposible que un obrero llegue á representar en Cortes á su clase.

Se trata, sin embargo, de prestar un servicio penoso como el militar, y la ley, previsora siempre, lo arregla de modo que la defensa de los intereses de las clases privilegiadas corresponda exclusivamente á las menesterosas. El rico no paga siquiera ese servicio. Da sí una

cantidad como precio de redención; pero esa cantidad no es para mejorar la situación del pobre; es para aliviar la del Estado, que ha de atender por fuerza al vestuario y armamento de las tropas. El soldado vuelve á su casa después de los años de servicio, si vuelve, pobre como salió de ella, digo mal, más pobre todavía, porque no pudo durante ese tiempo prestar á su familia el auxilio de su brazo.

No incurriré en la vulgaridad de abogar por el servicio obligatorio. Las diferencias de posición y de cultura se sobreponen á las leyes, y el servicio obligatorio no pasa de ser, donde se lo ha establecido, una solemne farsa.

¿Es, por desgracia, indispensable aún la milicia? Hágase de ella una verdadera profesión, una verdadera manera de vivir. Los ejércitos voluntarios darían frutos excelentes. Bien retribuído el soldado, no faltaría quienes corriesen á alistarse en las filas. La rigurosa disciplina se aplicaría entonces sólo á los que voluntariamente la aceptasen, y el militar sin graduación dejaría de ser un forzado que cumple con el disgusto natural una verdadera pena que se le impone con el nombre de sagrado deber.

Deber, sí, y muy alto será el de la defensa de la integridad de la patria, hoy aún reducida á mezquinos límites; pero para esa defensa, á que ningún ciudadano tiene derecho á negarse, no son preciso ejércitos permanentes ni obligatorios. Bastaría cuando más que se atendiese con mayor preferencia que hasta ahora la educación física en nuestros centros de enseñanza, y aun si esto no era suficiente, que se incluyese como ejercicios auxiliares de la gimnástica el manejo de las armas y hasta reglas de táctica general.

El régimen militar actual resulta injusto, y

el sorteo y redención á metálico antipáticos y odiosos. Son la rifa de la carne y la venta de los hombres.

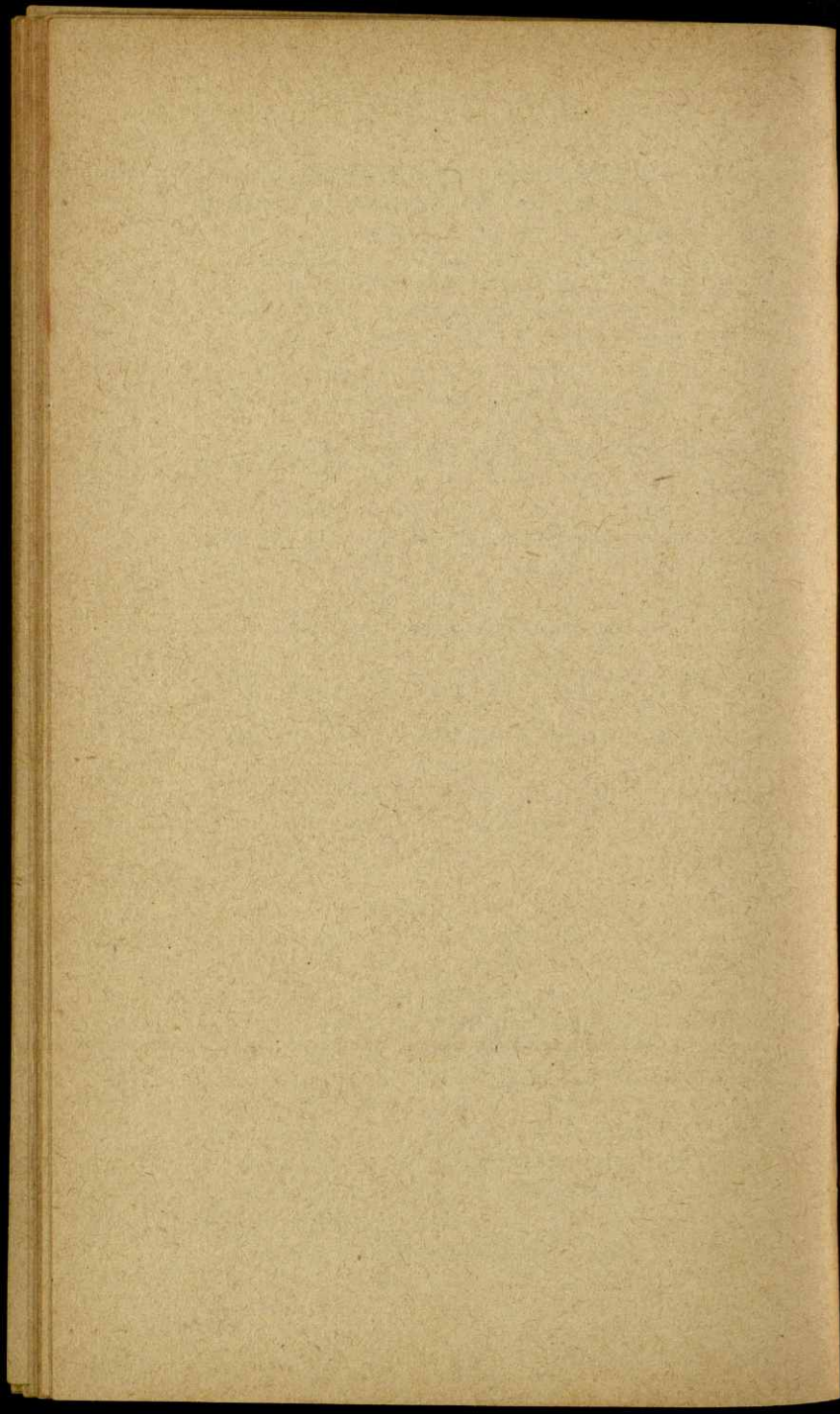
Compréndese que se dude de la eficacia del progreso para la realización social de la justicia cuando se reconoce la necesidad de un ejército para la defensa de la integridad de la patria.

Ni voluntario ni forzoso un ejército puede ser otra cosa que una multitud de degenerados inconscientes convertidos por la disciplina en instrumento puesto al servicio de un dogma contra toda razón, de un privilegio contra toda innovación justificada, de una frontera contra la universalidad del patriotismo humano.

Y no se atenúa el mal de esa supuesta necesidad con la extensión de la educación física en los centros de enseñanza, constituyendo una especie de milicia de reserva para un caso de necesidad, porque en este punto no cabe aspirar más que á la paz imperturbable por la práctica generalizada del derecho. Si cada agrupación humana ha de desconfiar eternamente de las otras agrupaciones vecinas, proclámese francamente esta enormidad que aceptan como lógica los estadistas: *Si vis pacem para bellum* (si quieres la paz prepara la guerra) y preparémonos para repetir brutalmente la exclamación victoriosa de Breno: ¡Ay de los vencidos!

Nota editorial





Vigilantes y Vigilados

Cuestiones relacionadas con el trabajo y su retribución soliviantaron recientemente á los cargadores del puerto de Barcelona. Hubo huelga durante pocos días, y, ya terminada, en previsión de que pudieran ocurrir disturbios, fuerzas de la Guardia civil acudieron al muelle.

No recuerdo si por necesidad ó por capricho fuí al muelle una tarde de esas en que la Guardia civil vigilaba á los trabajadores; lo que sí recuerdo bien es que el espectáculo que ofrecían vigilantes y vigilados me sugirió consideraciones, que, á falta de otro asunto, me servirán hoy para llenar algunas cuartillas.

En el muelle se trabajaba de firme. Aquí funcionaban las enormes grúas levantando sin cesar fardos y fardos. A los ganchos de las unas sujetaban algunos obreros, desde el fondo de los barcos, sacos y cajones que recogían otros colocados en el muelle y en otros puntos; la labor de las grúas y de los obreros era inversa. Cruzaban por todas partes trabajadores conduciendo carretillas cargadas ó transportando al hombro pesados bultos. Más allá descargaban carbón. De unos lanchones, provistos del rico mineral y puestos en comunicación con el muelle por medio de largas tablas, transportaban el carbón hombres, mujeres y niños, cubierta la cabeza con un saco puesto á modo de caperuza. Sacos y hombres

eran de un mismo color: negros como la mercancía objeto de la faena. Subían y bajaban por las estrechas tablas, ya cargados, ya de vacío, como demonios equilibristas. Me parecía imposible que no cayeran al agua en aquellas rápidas excursiones de la lancha al muelle y del muelle á la lancha. No se veía en sus caras más blanco que el de los ojos, y el color de carne sólo se descubría en el camino recorrido en frentes y mejillas por chorretones de sudor que arrastraban el negro polvillo, y sin dejar limpio su paso, acababan de aumentar el rarísimo aspecto de aquellas fisonomías. De las manos no hablemos. Parecían de ébano.

En las proximidades del muelle hacían entretanto caracolear sus hermosos caballos individuos de la benemérita. En el muelle mismo, parejas de este cuerpo paseaban con su maüssoner al brazo. Jinetes é infantes iban limpios y bien vestidos. El flamante uniforme y el brillo de las armas los embellecía, tenían todos el continente grave, y miraban con arrogancia y hasta con desdén á los simples mortales. Se reflejaba en sus rostros la conciencia de su superioridad.

Y yo, mirando á uno y otro lado, consideraba que los obreros trabajaban mucho y útilmente, que los guardias civiles holgaban paseando y sin provecho notable.

Las mercancías que los obreros removían y trasladaban, el carbón que sacaban de las barcasas representaban la riqueza y la vida. Veía yo el cambio de productos promovido por aquellas cargas y descargas, me figuraba las poderosas máquinas de vapor moviendo, gracias á aquel carbón, telares, impulsando mecanismos diversos, arrastrando trenes, revolucionando las hélices de enormes trasatlánticos, y sentía en el fondo de mi alma agradecimiento

inmenso hacia todos aquellos trabajadores sucios, sudosos, fatigados. Los miraba con la simpatía con que se ve á productores á quienes se debe positivos beneficios. Consumo, me caliento, viajo, gracias á todos esos hombres que sudan y se ennegrecen.

Los tricornios y los *maüser* de los otros producían en mi espíritu cierta impresión dolorosa.

Aquéllos se ensucian las manos con cosas que dan vida; éstos van limpios, pero cuanto llevan encima es signo de despotismo y de muerte. Ellos mismos, ¿qué son sino autómatas sin personalidad? Todos parecen iguales. Me recuerdan mis cajas de soldados de niño. Sin voluntad salían también aquéllos de su encierro. Yo los mandaba, yo los formaba, evolucionaban al impulso de mi capricho infantil. Yo era su general, su amo. Cuando me cansaba de ellos los metía en su caja cuartel, cuando algunos no se sostenían de pie por viejos ó por estropeados, los abandonaba ó los hacia pedazos, una equivalencia del fusilamiento con que á estos otros de carne se los castiga si no sirven.

Aquéllos, los obreros, se sostienen penosamente, ganan un jornal exiguo, cuando se retiran muertos de cansancio hallan en su hogar un poco de carbón de ese que á toneladas han descargado.

Estos otros, los guardias civiles, aun siendo soldados rasos, no han de preocuparse de la vida. El Estado vela por ellos, tiene regladas las horas de descanso, se los alimenta, se los viste.

Un socialismo que haría con algunas modificaciones la felicidad del género humano, es el régimen de esos soldados. ¡Y pensar que odian el socialismo y tienen por una de sus

misiones combatirlo con la espada y con la pólvora!

Gracias á aquellos miserables que trabajan, viven estos otros que los vigilan y los combaten al primer toque del clarín de mando.

Estos obreros, sostienen sobre sus robustos hombros las industrias todas, y por si contribuyeran poco á las cargas del Estado, aún el impuesto de consumos les merma el alimento de cada día.

A esos otros, á los soldados, el Estado les paga el impuesto, no han de preocuparse de nada.

Por eso precisamente el problema es más difícil para los obreros. Si la carga inmensa que representan para las sociedades los gastos de guerra y otros de igual utilidad, la riqueza pública se distribuiría más equitativamente. Matan los unos á los otros sin necesidad de su maüsser; el maüsser no es muchas veces más que un modo de acortar la agonía.

Y sin embargo, concluía diciéndome, los vigilantes son los que consumen, los vigilados los que producen.

Estos han de temer á aquéllos, en vez de ser aquéllos los que teman á éstos.

¿No es verdad que el contraste es desconsolador?



E pur si muove

(Antes de la última Exposición Universal de París.)

Me sigue pareciendo un sueño la idea del paro general; pero un sueño delicioso, un sueño de esos de que no quisiera despertarse jamás.

Los obreros, los trabajadores, hoy de toda España, mañana de todo el mundo, se cruzan en un momento de brazos. La vida se suspende, se para. Las fábricas dejan de producir, las industrias, desde las más modestas á las más lujosas, quedan estancadas, el labrador no recoge, el dependiente de comercio no abre la tienda, el carretero no lleva al mercado los productos ni los géneros, los coches, los tranvías, las diligencias, los ferrocarriles, los vapores no circulan, los carteros no reparten cartas, los telegrafistas no circulan telegramas, los barrenderos no barren, los encargados del alumbrado no encienden las luces. ¡Qué día tan largo! ¡Qué noche tan eterna! La nación, si el fenómeno es nacional; el mundo, si es universal, ha muerto, sufre por lo menos un ataque de catalepsia. Sus brazos no se mueven, sus piernas no andan.

Una huelga así sólo puede compararse á un eclipse total de sol.

Veinticuatro horas, nada más que veinticua-

tro horas de paro general, y el capital transige ó la más grandiosa de las revoluciones queda consagrada.

Porque si el paro se prolonga, los poderosos de la tierra han de arrojar sus brillantes y sus acciones bancarias á modo de flores que alfombren la senda porque hayan de tornar á Roma los plebeyos que subieron al monte Aventino.

La más pavorosa huelga de nuestros tiempos es nada junto al paro general. El 1.º de Mayo es una fiesta de niños al lado de esa colosal fiesta.

¡Y pensar que con parecer tan difícil podría ser tan fácil celebrarla!

Sí, menesterosos de la tierra, siervos eternos, eternos parias, vosotros sois los emperadores y los reyes, vosotros los únicos capitalistas, el mundo es vuestro. Dioses modestos, que no habéis comprendido vuestra omnipotencia, os dejáis flagelar las espaldas con el látigo de vuestra ignorancia misma.

Sobre vuestros hombros se alzarón los palacios de los reyes, la más alta piedra de las gigantes pirámides sobre vosotros subió á su cumbre. Cristo es pequeño á vuestro lado. Vosotros sois el Cristo redentor de todos los días; vuestro Calvario es un Calvario de todas las horas. Por ser más constantes que Cristo venís condenados á eterna vida. Vosotros no habéis muerto como él. Hubiera cesado vuestra labor y con ella la vida del mundo. Sois para recibir desdeñes Cristo, y para caminar y para sufrir el castigo Ahasvérus. Se juntan en vosotros el pecado y su redención, todo en beneficio de los demás.

Creáis, y nada os pertenece. Quered, y el príncipe os pedirá un poco de trigo para hacerse su pan.

Si todos comprendiérais lo que el paro significa, el paro general, universal, sería un hecho.

Se celebra en estos momentos en París un grandioso certamen. Dentro de algunos meses á granel, se repartirán títulos y medallas y distinciones. Los obtendrán brillantes los que os hicieron trabajar, no vosotros. Al pie de la obra de vuestras manos, de la labor á que consagrasteis horas de tiempo y tesoros de paciencia, habrá escrito un nombre, no será el vuestro.

Mientras la prensa del mundo celebra las conquistas del progreso y sus industrias, consumid las dos pesetas de vuestro jornal, miserables.

El czar de Rusia, un hombre como nosotros, compra para su país la amistad de la republicana Francia con atenciones y regalos. Es un déspota que puede hacer magníficos obsequios. Acaba de enviar á su amigo el presidente de la República un mapa de Francia trazado todo con ricos minerales y piedras preciosas. El fondo es de mármol. Las fronteras francesas son de jaspe. Las ciudades están señaladas con piedras preciosas. París es un brillante, el Havre una esmeralda, Ruan un záfiro. Las ciudades así indicadas pasan de ciento. Las indicaciones geográficas están incrustadas en riquísimas piedras; las letras de los nombres de las ciudades son de oro, los ríos son de platino. En toda la extensión del plano brillan topacios y amatistas, que representan accidentes del terreno. Pesa el mapa 350 kilos.

De la Siberia, regada con tantas lágrimas por el déspota hechas verter, son la mayor parte de los topacios. De arenales, por negreiros explotados, son los diamantes. Deshere-

dados de la fortuna han liquidado el oro entre
envenenados vapores de mercurio.

¡Qué espléndido es el czar!

¿Y no os cruzáis de brazos todavía?



INDICE

	Páginas
Prólogo editorial.	v
A vosotros.	ix
Los Amos.	13
El Cuervo.	17
El Abismo.	21
Los Ancianos.	27
El Pueblo.	31
El Anillo.	35
Virtus post nummum.. . . .	39
La Caridad.	43
La Ramera.	47
La Disciplina.	51
El Suicida.	55
La Violencia y el Poder.. . . .	59
El Testamento.. . . .	61
El Talento.	63
Los Ilegítimos.	67
La Pedrea.	69
De Viaje	73
¿Una Virtud?	77
Nobles, Doctores y Aldeanos.	79
Las Leyes.	85
El Gallo.	87
La Balada del Siglo.	91
Los doce.	93
Interview con un bandido.	95
Los Miserables.	103
Hambre.	109
El Lavatorio.	115
La Virtud y el Crimen.	119
El Teniente X.	123
Los Feudales.	125
Fraternidad	129
El Fruto del Trabajo	133
La Iglesia.	137
Los Hipócritas	141
La Educación Moral.	145
El Hombre Libre.	149
Redenciones.	153
Vigilantes y Vigilados.. . . .	159
E pur si muove.	163

PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

La enseñanza libre resultará estéril mientras los programas no tengan por fundamento una biblioteca formada expresamente.

Atendiendo á esta importantísima consideración, la **Escuela Moderna**, tanto para sí como con el propósito de ayudar á las que se establezcan con análogo propósito, ha fundado su biblioteca, para lo cual ha publicado ya las obras siguientes:

OBRAS PUBLICADAS

Cartilla. Primer libro de lectura.

Aventuras de Nono. Segundo libro de lectura, por J. Grave.

León Martín, otro segundo libro de lectura, por C. Malato.

El Niño, otro segundo libro de lectura, por M. Petit.

Preludios de la Lucha, otro segundo libro de lectura, por F. Pi y Arsuaga.

Primer manuscrito: correspondencia escolar.

Segundo manuscrito: pensamientos humanitarios.

Patriotismo y Colonización. Tercer libro de lectura.

Origen del Cristianismo. Cuarto libro de lectura.

Elementos de Aritmética, por Paraf-Javal. Dos tomos.

Epítome de Gramática Española, por Fabián Palasí.

Resumen de Historia de España, por Nicolás Estévez.

Compendio de Historia Universal, por Clemencia Jacquinet.

Tomo I. Tiempos prehistóricos hasta el Imperio Romano.

Tomo II. Edad Media y Tiempos Modernos.

Tomo III. De la Revolución francesa hasta nuestros días.

Nociones de Idioma Francés, por Leopoldina Bonnard.

Geografía Física, por el Dr. De Buen. Prefacio de Eliseo Reclus

Pequeña Historia Natural, por Odón de Buen. Dos tomos.

Mineralogía, por Odón de Buen.

Nociones sobre las primeras edades de la humanidad, por Georges Engerrand.

Psicología Etnica, por Ch. Letourneau. Cuatro tomos.

Evolución super-orgánica, por Enrique Lloria.

La Substancia Universal, por A. Bloch y Paraf-Javal.

Botiquín Escolar, por A. Martínez Vargas.

Para cada volumen 2 pesetas. *Cartilla*, 1 peseta. *Botiquín Escolar*, 0'50. A los corresponsales 25 % descuento. A los envíos del exterior se carga el franqueo. A las escuelas descuento especial.

BOLETIN DE LA ESCUELA MODERNA. — Publicación mensual á excepción de Julio y Agosto, dedicada á la difusión de las novedades pedagógicas y al estudio de los importantes temas que abren amplia vía al progreso de la humanidad; utilísima á los profesores y á cuantas personas deseen estar al corriente de la moderna orientación del pensamiento.

Precio: 2 pesetas anuales; exterior, 2'50 pesetas

